



Julio Luis Fernández León

# El Padre Vílchez

Una mirada desde su biografía



Academia de Historia del estado Zulia



Julio Luis Fernández León

# EL PADRE VÍLCHEZ

Una mirada desde su biografía

Academia de Historia del estado Zulia

Ediciones Clío



Este libro es producto de investigación desarrollada por su autor. Fue arbitrado por un comité de expertos pertenecientes al Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia, Venezuela.

## El Padre Vilchez. Una mirada desde su biografía

2022, Julio Luis Fernández León

2da. Edición: abril de 2022

Hecho el depósito de ley:

ISBN: 978-980-7984-20-1

Depósito legal: ZUI2022000091



Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia

Director: Juan Carlos Morales Manzur

Ediciones Clío

Director: Jorge Fyrmark Vidovic López

Esta obra está avalada y catalogada en:



Portada: Julio García Delgado

Diagramación: Julio García Delgado

Maracaibo estado Zulia, Venezuela.

Esta obra está bajo licencia: Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



El Padre Vilchez. Una mirada desde su biografía. / Julio Luis Fernández León (autor).

—1era edición digital — Maracaibo (Venezuela): Ediciones Clío. 2022

118 p.; 24 cm

ISBN: 978-980-7984-20-1

1. Historia local. 2. Municipio San Francisco. 3. Crónicas. 4. Historia parroquial.

# Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia

El Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia, busca promover las publicaciones sobre Historia local y Regional e Historia venezolana, especialmente las investigaciones que aportan conocimientos inéditos o enriquezcan la producción científica sobre distintas temáticas de la Historia.

Se persigue que la Academia de Historia del estado Zulia, genere una producción editorial propia, desarrollada fundamentalmente por historiadores, con altos niveles de calidad e innovación, tendientes a satisfacer las necesidades de acceso al conocimiento y consolidar una producción editorial para ofrecer a la colectividad en general, como aporte a sus objetivos y fines institucionales.

El proyecto nace de la confluencia de dos circunstancias que justifican su carácter netamente académico: la convicción de que todavía es posible hacer un libro de calidad, tanto en contenidos como en presentación formal, y la participación de prestigiosos historiadores en el desarrollo del proyecto a fin de garantizar un marco de seriedad y rigor científico

**Juan Carlos Morales Manzur**

Director del Fondo Editorial

# **Dedicatoria**

A mi esposa, hijos, nietos y bisnietos

A la Universidad del Zulia

A los pueblos de El Caimito, Isla de Toas y San Francisco

# Agradecimientos

A la Academia de Historia del estado Zulia, por la oportunidad de reeditar este libro.

Al Vicerrectorado Académico de la Universidad del Zulia, en la persona de su titular, Dra. Judith Aular de Durán, al ofrecernos la oportunidad de publicar la primera edición de este libro.

Al prof. Ángel Madriz, Coordinador del Consejo de Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad del Zulia.

A Eneida y Eucaris Albornoz, Bianca Báez, Nelson Fuenmayor, Luis “Chubasquito” Soto, Alberto Vílchez, José Luis Castellano, Nelson Castellano y Leonerio Prieto, por la gentileza que tuvieron al contribuir con sus testimonios, para que este trabajo se hiciera realidad.

A Ailiana Castellano Fernández y Elena Hernández Sánchez, por sus aportes en la digitalización de la información.



# Índice

<b>Prefacio.....</b>	<b>11</b>
<b>Retrato preliminar .....</b>	<b>18</b>
<b>Introducción. <i>El laberinto de tres vidas</i>.....</b>	<b>22</b>
<b>Capítulo primero. <i>Nacimiento, crecimiento y ordenación sacerdotal</i>.....</b>	<b>26</b>
Nacimiento e infancia .....	26
No quiso ser pescador.....	28
Al principio fue un ser incomprendido.....	29
El Padre Vílchez y la patria chica .....	31
El camino hacia Dios.....	32
Se iniciaba la etapa consagratória del sacerdocio .....	33
Los estudios en el Seminario de Caracas .....	37
La llegada a Maracaibo y El Caimito .....	41
La Ordenación Sacerdotal .....	42
<b>Capítulo segundo. <i>Su permanencia en Isla de Toas</i> .....</b>	<b>44</b>
El viaje con destino a isla de Toas .....	46
Dos islas muy particulares .....	47
Los isleños lo esperaban con un gran entusiasmo.....	50
El deporte halló en él a un líder.....	54
<b>Capítulo tercero. <i>San Francisco, su segundo destino y su fin</i>.....</b>	<b>58</b>
Llegó en silencio.....	58
El San Francisco que el Padre Vílchez encontró .....	63

Testigo de la transformación de San Francisco .....	65
El San Francisco viejo de hoy.....	69
El nuevo cura. Un gran cultor gaitero .....	70
El conjunto San Francisco del Padre Vílchez.....	70
Los Zagalines del Padre Vílchez .....	75
Los Zagales del Padre Vílchez .....	77
Las Espiguitas del Padre Vílchez .....	80
El deporte, su pasión .....	86
El ejercicio del periodismo no le fue ajeno .....	93
La obra educativa sin precedentes .....	96
Precursor del teatro.....	99
<b>Capítulo cuarto. <i>Una vida y una obra apegada a la fe católica</i> .....</b>	<b>101</b>
<b>Epílogo .....</b>	<b>108</b>

## Prefacio

• ¿Qué es la fe? ¿Qué fuerza interior, sino la fe, sería capaz de mover a un niño de apenas diez años de edad a arrodillarse frente al altar de la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia y del cura párroco, y expresar estas palabras?: “Entonces Padre, yo seré sacerdote”, mientras por las mejillas bajaban lágrimas de eufórica alegría.

No existía un ascendiente inmediato en la familia incorporado activamente a la Iglesia católica, como para creer qué lo indujo a pensar de esa manera. El Caimito fue un pueblo triste, enclavado en el corazón del Distrito Miranda, en el que imperaba la pobreza. Sus pobladores vivían de la pesquería y niños, jóvenes y viejos madrugaban para recoger con sus redes y anzuelos, los peces más grandes. Sólo así podrían subsistir. ¿Sería el Pbro. Eliodoro Núñez, que al verse sólo en esa iglesia de Cristo, anhelaba que alguien siguiese sus pasos? pero, ¡si él fue el más sorprendido!

¿Por qué Luis Guillermo Vílchez Soto, el cuarto de los hermanos, no se hizo pescador al estilo de los antepasados remotos, recientes y de su propia familia? Él se resistió a seguir ese camino. En varias oportunidades se reunió con sus padres Desiderio Sebastián Vílchez, su madre Josefa Soto y hermanos para afirmar y reafirmar su voluntad de incorporarse al Seminario de Maracaibo y allí comenzar sus estudios eclesiásticos. ¿Por qué fue el único hijo de doña Josefa Soto que la ayudaba en las tareas pedagógicas y en varias ocasiones, aún imberbe, se hizo maestro de sus propios compañeros?

¿Fue acaso Luis Guillermo Vílchez Soto un ser superior? Sin duda, el don de su palabra limpia y fresca estremecía multitudes; calmaba el dolor físico y espiritual de los feligreses que lo seguían con la más sentida admiración y el más hondo respeto. ¿Por qué la gente aún lo ama? ¿Por qué se convirtió en líder durante los dos períodos de educación religiosa, y líder también de Isla de Toas, población creyente que no quería desprenderse de su amparo cuando el Obispo de Maracaibo, Marcos Sergio Godoy, lo envió para la Curia eclesiástica de San Francisco, para que continuara su hiperactiva labor cristiana?

Verdad es, que al llegar a esta población pocas personas lo recibieron por la conseja que se corrió como pólvora, que venía a relevar al Padre Ríos Carvajal; pero él no decidió venir a este Municipio, ni muchos menos a desplazar al sacerdote tan querido que fue el Padre Ríos. La decisión la tomaron otros. Sin embargo, fue tal su lealtad a sus obligaciones eclesiásticas, que, al día siguiente de su llegada a este municipio, se unió a la protesta de los pobladores, que solicitaban ante el régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez, un acueducto cónsono con las exigencias, cada vez más apremiantes, de esta parte del territorio zuliano.

¿Por qué el Padre Vilchez, en cuanto se posesionó de la Curia, convocó a la juventud a trabajar por el bien común, sin restringir su labor cristiana? Volcó todo su empeño para hacer de la gaita, del béisbol, de la educación y del periodismo su quehacer diario, responsable, que unido a la cristiandad fue el motor que impulsó la vida del Municipio durante sesenta años y catapultó su propia existencia. ¡El Padre Vilchez vive en el corazón del pueblo de San Francisco!

Comencemos a desmenuzar estas ideas que retratan al hombre y al cura, cuya vida y obra se funden con la historia del municipio desde el 23 de julio de 1953, fecha de su arribo a esta tierra, hasta el presente. A pesar de que hoy, por razones de salud, Monseñor Luis Guillermo Vilchez Soto no oficia misa, no asiste a un engramado en donde se juega béisbol, no va a su liceo, no dice una palabra coherente ni su imagen es vista por nadie a través de los medios de comunicación social, su nombre y el cuerpo que proyectó durante decenios están presentes en el sentir de los habitantes del Municipio San Francisco. Él pacientemente soporta en su lecho de enfermo el desenlace del mal que le arrebató, hace varios meses, la memoria. Espera, sin comprender nada y en un doloroso silencio, el llamado de la eternidad.

¿Qué fe impulsó al niño Luis Guillermo a atender el llamado del Creador? Sin duda la que San Pablo resumió en las célebres palabras: *La fe es la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos* (Hebreos XI, 1). Santo Tomás aclara estas palabras de San Pablo de la manera siguiente: *En cuanto se habla de convicción, se distingue la fe de la opinión, de la sospecha y de la duda, en cuyas cosas falta la firme adhesión del entendimiento a su objeto. En cuanto se habla de cosas que no vemos, se distingue la fe de la ciencia y del entendimiento, en los cuales algo es evidente. Y cuando se dice firme seguridad de lo que esperamos se distingue la virtud de la fe, de la fe en el significado común (o sea de la creencia en general) que no se dirige a la beatitud esperada*” (S. Th.. II. 2).

No nos atrevemos a aseverar que por alguna circunstancia afortunada, el niño estuviese en contacto con textos sagrados y que, leyéndolos y analizándolos, pudiese

comprender los alcances de estos pensamientos que luego, cuando se hizo ministro de Dios, le fueron tan familiares. Aunque desde temprana edad fue un acucioso lector, tanto de algunos libros importantes que su mamá y su maestra guardaban con celo, además de revistas y otros medios impresos a su alcance en el pueblo de El Caimito o por algún motivo, que jamás divulgó a quienes somos sus amigos y biógrafos, el Padre Eliodoro Núñez, cura párroco de su iglesia, le inculcara estas ideas tan avanzadas para su edad, pero no imposibles de asimilar por un imberbe tan dedicado a leer y repasar diversidad de materiales que llegaban a sus manos, sumando todo ello a su memoria e inteligencia, que eran reconocidas por propios y extraños.

Lo cierto fue que Luis Guillermo asistía los domingos a misa, se confesaba y comulgaba y era un niño muy atento a las homilías, que escuchaba con inusitada atención. Tampoco sabemos si fue monaguillo, lo cual le hubiese facilitado el contacto con los libros contentivos de materiales religiosos que eran vendidos a los feligreses y, además con la Biblia que el sacerdote mantenía cercana a sus habitaciones privadas. Sea lo que fuere el niño, que era muy despierto y de una sagacidad precoz, pudo asimilar en cualquier momento informaciones fehacientes que prepararon su ser para el servicio de la Iglesia Católica. No fue casual ni producto del momento la decisión tan firme de hacerse misionero de Cristo.

Las dificultades económicas por la que atravesaba su familia no le hizo jamás torcer el rumbo trazado desde su juramento frente al altar de la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, por lo contrario, su vocación indeclinable aumentaba con el correr de cuatro años que tardó en ser inscrito en el Seminario de Maracaibo. En varias ocasiones su debilidad física le restó fuerzas, pero él recordaba sus lecturas y el deseo manifiesto de vivir la fe de su iglesia. Y recordaba lo que sostuvo el filósofo Kierkegaard de que *el cristianismo había logrado invertir la relación entre fe y ciencia. En la antigüedad clásica la fe era algo inferior a la ciencia porque se relacionaba con lo verosímil*; y el futuro seminarista estaba convencido de todo lo contrario, sobre la creencia que el mismo filósofo interpretó posteriormente que: *en el cristianismo la fe es superior a la ciencia, porque indica la certidumbre más alta, una certidumbre que se relaciona con la conciencia de la eternidad, una certeza apasionada que lleva al hombre a sacrificar todo, incluso la vida.*

En su decisión apostó el joven seminarista la vida. Cuando estudiaba en el Seminario de Maracaibo, en donde era muy apreciado, falleció su padre, don Desiderio Sebastián, que al principio se opuso a que su hijo fuese sacerdote, pero que después su corazón abierto al diálogo y a la conversación afable con su familia, le brindó el

apoyo necesario y lo bendijo en diversas ocasiones. Este evento tan funesto que lo llevó a abandonar temporalmente su carrera, lo impulsó a dimensionar en todo su magnitud el sentido del perdón: esa acción positiva, a abrir surcos de comprensión a una falta cometida, a olvidar lo sucedido y esperar que esa acción no se repita; a entender las carencias ajenas; el perdón como acción humana, benefactora y auténticamente válida para entender que las acciones de los hombres no siempre conducen al orden o a la verdad, sino que son desviaciones de estos valores del espíritu. Pero que la conciencia divina puede comprender y ayudar a sanar.

Superada la crisis, Luis Guillermo regresa al Seminario de Maracaibo. Allí comprendió que su corazón estaba definitivamente ganado para la iglesia católica: la única que tiene verdadero poder, ya que los instrumentos de que se sirve para mover los ánimos le fueron dados por Jesucristo y tienen en sí eficacia infundida por Dios. Son los instrumentos de esta índole los únicos que pueden lograr que el hombre se muestre obediente al deber, que modere los impulsos del alma ambiciosa, que ame a Dios y al prójimo con singular y suma caridad y destruya animosamente cuanto obstaculice el sendero de la virtud.

Luis Guillermo Vélchez, era estudioso en extremo, que unido al temperamento nervioso, apremiaba su tiempo, lo que advino en serios desajustes físicos. El hacía correr las horas del día para cumplir con sus tareas. Su vocación continuaba firme y contaba las horas para cumplir los programas de estudios exigidos. Mientras tanto pensaba en los suyos y en su futuro

Un compañero le entrega esta nota una tarde: -Luis Guillermo lee esto, te interesará le dice: “No se ha de pensar que todos los desvelos de la Iglesia estén fijos en el cuidado de las almas, que se olvide de la vida mortal o terrena. En relación con los proletarios concretamente, quiere y se esfuerza en que salgan de su misérrimo estado y logren una mejor situación. Y a ello contribuye con su aportación no pequeña, llamando y guiando los hombres hacia la virtud. Dado que, dondequiera que se observen íntegramente, las virtudes cristianas aportan una parte de la propiedad a las cosas externas, en cuanto que aproximan a Dios, principio y fuente de todos los bienes; reprime esas dos plagas de la vida que hacen sumamente miserable al hombre incluso cuando nada en la abundancia, como son el exceso de ambición y la sed de placeres”. Los contenidos de aquella esquila los debió guardar muy profundo el joven seminarista porque él siempre observó y practicó esas dos bondades de la Iglesia de Cristo, que por una buena parte se preocupa por las salud de las almas de los fieles y por otro la Iglesia lo que vemos, lo que sentimos y que el Padre Vélchez, en

su ejercicio de sacerdote, practicó con tanto empeño. Esa ambivalencia de la Iglesia fue para el Pbro. Luis Guillermo Vilchez Soto una norma de vida personal y eclesiástica. Ante lecturas como ésta, la fe del nativo de El Caimito se acrecentaba. Sin embargo sus eminentes profesores, algunos exigentes en extremo, ponían a prueba la inclinación sacerdotal de sus discípulos. Luis Guillermo, jamás falló.

El tiempo pasó y Luis Guillermo egresa del Seminario de Maracaibo de 18 años de edad. Había ingresado a la Institución el 27 de septiembre de 1937, de 14 años. Experimentó una gran alegría. Su familia lo recibió en El Caimito, junto a su maestra y el cura que atendía a su pueblo en las actividades cristianas. Pasaría allí una corta temporada, mientras bregaba para ingresar al Seminario Interdiocesano de Caracas. Habían pasado dos etapas muy importantes en su corta existencia: la que va de los 10 años a los 14, en la que se despierta ese espíritu indomable y la vocación inalienable de seguir los senderos de la cristiandad. A los 14 años comienza la segunda, en que se concretan sus estudios en la capital del Zulia y logra cimentar su fortaleza espiritual. Esa fuerza emotiva y corporal que lo acompañará durante su prolongada vida. Fue fundamental para el joven procedente de una zona tan histórica como la del Municipio Miranda, sus estudios en el Seminario de Maracaibo porque se acrecentó su entereza espiritual, lo que estimuló el seguimiento de sus estudios en la capital del país.

El camino se hallaba expedito para el logro de sus ambiciones sacerdotales. Tal vez fue el momento en que mayor vuelo alcanzó su ansia de vivir y su inquebrantable fe en los dones de Dios. Había perdido a su padre, pero su familia, bajo la égida de doña Josefa Soto, vivía bien, aunque modestamente. Era la hora de partir hacia la capital de la República; la ciudad en donde se encontraba esperándolo un pupitre en el Seminario, que en esos años respiraba la paz espiritual que se vivía en todo el país por la terminación del régimen del General Gómez y la vigencia de un nuevo gobierno, presidido por Isaías Medina Angarita, que respetó las libertades públicas

El seminarista de 18 años de edad ingresa al Seminario Interdiocesano de Caracas, el 25 de septiembre de 1941. Su fortaleza moral y espiritual no se compadecía con la contextura de su cuerpo, siempre muy delgado. Se ayudaba para situarse en ese mundo maravilloso que empezaba a trillar, de unos lentes muy finos, enchapados en oro. Pero su cabeza pequeña y su cara huesuda, cubrían un cerebro cuyas neuronas estaban formadas de la substancia biológica capaz de mover el mundo si ello era preciso. Al observar este retrato de Luis Guillermo Vilchez, no escapa de mi mente un aserto de Ramiro A. Calle sobre la imagen física de *Mahatma (alma*

*grande*). Sin ánimo de hacer comparaciones leamos esto, extraído del libro *Gandhi: “Nada más anacrónico en nuestra época que su figura escualida...como salida de una viñeta de las antiguas literaturas sagradas”*.

El joven Luis Guillermo Vélchez, aunque de buen porte, sobresalía ante el tumulto de gente que siempre lo rodeaba, por ser un símil del pincel del afamado pintor Arturo Michelena, que estilizado como es, se immortalizó en el cuadro pictórico de la vida espiritual y física de tres municipios que supieron de sus huellas imborrables: Miranda, Almirante Padilla y San Francisco.

Tres cualidades innatas se fundieron en un solo objeto en su carismática personalidad, para hacer que Luis Guillermo Vélchez fuese lo que fue en el Seminario de la Capital de la República: inteligencia, conocimiento musical y pasión por el deporte. Su clara inteligencia se manifestó desde niño cuando discernía sobre diversas materias ajenas a su edad: en las escuelitas de El Caimito; cuando ayudaba a su madre, Doña Josefa Soto en las labores educativas o cuando resolvía en un abrir y cerrar de los ojos, cualquier problema matemático o de lenguaje. Pero la música, ¿dónde aprendió a tocar tan hábilmente el piano? Volvemos al padre Núñez a quién el niño admiraba tanto, no sólo por su bondad, sino porque de él pudo aprender a tocar el teclado de la antigua pianola de la iglesia vieja de Nuestra Señora de Altagracia. Después vino el Seminario de Maracaibo en el que su oído musical se puso de relieve. Al joven Vélchez nada le era ajeno; por eso fue lo que fue: un cura excepcional, un líder a quienes todos amamos y admiramos con el más grande respeto y afecto.

El deporte fue una de sus aficiones predilectas. Lo concibió no sólo como distracción o una actividad competitiva en la que se pone de manifiesto la fuerza, la habilidad y el desempeño de la mente. Para él era algo más: un medio fraternal, de compañerismo, de cooperación grupal, un vehículo para hermanar a los jugadores con su Dios, en el que siempre concibió como el inspirador de sus éxitos. Por ello en el Seminario de Caracas fue brillante al combinar armónicamente la capacidad intelectual, la música y el deporte. Aquí vuelve su liderazgo a manifestarse plenamente. Ese amor al prójimo, la bondad de su alma y su desprendimiento personal, lo rodearon de amigos, más que compañeros, sobre todo cuando competían con el equipo “Seminaristas BBC” frente a novenas muy bien adiestradas, de otros centros de educación superior.

El 26 de julio de 1948 terminó los estudios con notas sobresalientes en el Seminario Intediocesano de Caracas. Y el 26 de diciembre de ese mismo año, es ordenado sacerdote en la Santa Iglesia Catedral de Maracaibo de manos de Monseñor Marcos

Sergio Godoy, Obispo de la ciudad de Maracaibo. Su primera misión apostólica: Isla de Toas, en donde permaneció por cinco años. Luego es designado Cura Párroco de la Iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco.

El pueblo acudía presuroso a escuchar en la iglesia vieja del sector sureño, la palabra del Padre Luis Guillermo Vílchez Soto; yo me sentaba en primera fila para tratar de descubrir el sentido de la vida de este ser humano. En él se conjugaban tantos elementos importantes que era muy difícil saber cuál era el que más destacaba: para mí fue su oratoria. Su voz sonora como una campana, envolvía los oídos de los asistentes a sus oficios religiosos solo para escucharlo. La gente decía que ningún cura oficiaba una misa como la hacía el Padre Vílchez. ¿Qué singular gracia poseía para merecer tantos halagos? No olvidaré la tarde del 25 de julio de 1963, cuando recién se había inaugurado la Iglesia que sustituyó a la vetusta que encontró el Padre Vílchez al llegar a San Francisco en 1953, las siguientes palabras del prelado que me emocionaron tanto:

“La Iglesia tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma, tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor a sí misma si quiere vivir la propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y de salvación. Tiene necesidad de experimentar a Cristo en sí misma, según las palabras del apóstol Pablo: Habite Cristo por la fe en vuestros corazones. Es conocido, que la Iglesia está inmersa en la humanidad, forma parte de ella, de ella saca sus miembros, de ella deriva preciosos tesoros de cultura, sufre sus vicisitudes históricas, favorece sus éxitos. Ahora bien, es igualmente conocido que la humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, trastornos y desarrollos, que cambian profundamente no sólo sus maneras exteriores de vivir, sino también sus modos de pensar... ..”

Monseñor Vílchez, es un nombre para el recuerdo, para la esperanza y sobre todo para la Oración...

## Retrato preliminar

### *Estudios*

- Cursó primaria y educación media en las escasas escuelas que había en ese entonces, y en el liceo de su pueblo de origen. (El Caimito, Los Puertos de Altagracia. Edo. Zulia).
- A los diez años de edad, su corazón fue conquistado por la religión cristiana.
- Ingresó al Seminario Diocesano de Maracaibo el 27 de septiembre de 1937 y egresó algunos años después, luego de superar el dolor que la causó la muerte física de su padre. Obtuvo en ese Seminario óptimas calificaciones.
- El 25 de septiembre de 1941 ingresó al Seminario Interdiocesano de Caracas. Se ordena de sacerdote el 5 de diciembre de 1948, en la Santa Iglesia Catedral de Maracaibo; recibió la ordenación sacerdotal de manos de Monseñor Marcos Sergio Godoy. Ofició su primera misa en Los Puertos de Altagracia, el 26 de diciembre de 1948. Fue designado Párroco por cinco meses en Isla de Toas y allí permaneció hasta 1953.

### *El inicio como sacerdote*

- En Isla de Toas (hoy Municipio Almirante Padilla) inició su brillante apostolado. Durante cinco años se ganó el amor de la feligresía. Además de su entrega a la Santa Iglesia, el Padre Vílchez dio inicio aquí a las que serían dos de sus actividades existenciales más importantes: el deporte y la música. Creó dos equipos de béisbol: el Incas y el Círculo Rojo, que llegó a la categoría A. Fundó cuatro equipos infantiles de fútbol, e igualmente una escuela de música.

### *Su singular obra cristiana en San Francisco*

- El 23 de julio de 1953, en plena dictadura del General Marcos Pérez Jiménez, llegó a la parroquia eclesial del Santísimo Cristo de San Francisco.

Reemplazó al Pbro. Ángel Ríos Carvajal (1912-1974), que de 1939 a 1953 inculcó con mucha fe la religión católica en un pueblo atrasado y olvidado. Ríos Carvajal había sustituido al Padre Jesús María Zuleta (1860-1956) que dirigió, por última vez esta curia, de 1924 a 1938.

- Llegó a su futura iglesia montado sobre una bicicleta, estimulado por grandes proyectos. Escasas vías se hallaban asfaltadas. Se encontró con una población carente de los mínimos servicios públicos y la única arteria vial que lo unía a Maracaibo era una carretera angosta, pegada a las orillas del Lago de Maracaibo.
- Su quehacer era monótono, pero con grandes deseos de superación, lo cual vendría muy pronto.
- Las únicas escuelas de educación primaria eran: “El Gran Mariscal de Ayacucho” y “Juana de Ávila”. Funcionaba la Intendencia Municipal, la Medidatura, la Plaza de Urdaneta y otras construcciones. Sus primeras acciones fueron continuar y profundizar la labor apostólica de su predecesor, levantar el sentimiento de autoestima de sus pobladores; y proyectar y adelantar obras y actividades de bien público. Y así lo hizo.
- Al encontrarse con una iglesia casi desplomada por el tiempo construida muy probablemente entre 1919 y 1920 durante el apostolado del Pbro. Carmelo Valbuena y que tenía contigua la casa parroquial, se dio a la tarea de refaccionarla con la ayuda oficial y de los vecinos. Pero a mediados de 1960, esta iglesia se cayó en horas de la madrugada, sin causar daños a ninguna persona.
- Fue construida una iglesia nueva, de características más modernas, con la casa parroquial en la parte posterior de la nave.
- Los años pasaron, advino el progreso y lo que era anteriormente un municipio foráneo se convirtió el 22 de enero de 1995 en un municipio autónomo y con ello el levantamiento de la nueva iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco, que dada su belleza arquitectónica se ha dado en llamar la Basílica Menor de San Francisco, aunque en el fondo sigue siendo la iglesia del Padre Vílchez.
- El Pbro. Luis Guillermo Vílchez, el Padre, El Socio, El Curita, pseudónimos que se ha ganado por su popularidad, continuó la obra cristiana del Padre Ríos Carvajal, pero con algunas diferencias. Puertas adentro de la iglesia su verbo impecable y su don de gentes aumentó considerablemente el número

de feligreses, mantuvo y mejoró las sociedades religiosas: la Santísima Trinidad, Sociedad Hijas de María, Santa Teresita y Corazón de Jesús, y creó Las esclavas de María que cuenta hoy con más de 200 socias.

- El Padre Vilchez ha concebido su sacerdocio como una cátedra libre, en el sentido de extender la fe y ganar adeptos para su obra evangelizadora desde diversos escenarios, especialmente la educación, el deporte, la gaita y el periodismo; por ello ha sido siempre un hombre noticia, por lo que algunas personas lo han considerado un sacerdote excéntrico, pero en el fondo son formas inteligentes de ver la iglesia católica de otra manera: al servicio abierto de un pueblo con grandes ansias de progreso y de desarrollo.

#### *La educación: un acto de fe*

- Creó el Liceo Diocesano San Francisco, bajo la égida de la iglesia, en el año de 1959. Se trata del primer liceo en antigüedad en el municipio San Francisco.
- En él se han formado miles de jóvenes, subvencionados, al principio por el Estado y por algunas empresas privadas, tanto en el campo del magisterio como en el bachillerato. Antes de ser creado, la juventud del sur de Maracaibo seguía sus estudios en los liceos Rafael María Baralt o Udón Pérez o se quedaba sin abordar la educación media, o simplemente se dedicaba al desempeño de cualquier oficio.

#### *Atención a la juventud*

- Fundó el Frente Juvenil de San Francisco apoyado por un numeroso y destacado grupo de jóvenes de esta población, con el objeto de planificar y concretar proyectos de interés colectivo entre ellos la creación de medios de comunicación social que elevaran los reclamos de un municipio que apenas daba sus primeros pasos de progreso. Así nacen *Lumbre*, *El Municipal* y *Juventud en Marcha*, los dos primeros vehículos de difusión impresa y el último un programa de radio. Con otro grupo de jóvenes hace teatro a través del grupo *Sombras*, integrado por alumnos y profesores del Liceo San Francisco.

#### *La Gaita, un símbolo de esperanza*

- Fue un fiel cultor del género folklórico por excelencia del Zulia. Fundó y dirigió con maestría las agrupaciones gaiteras *San Francisco*, *Los Zagalines del Padre Vilchez*, *Los Zagales del Padre Vilchez* y *Las espiguitas del Padre Vilchez*. Se hizo famoso con las gaitas *La Bandera*, *Un Siglo de Amor*, *Rapsodia*

*Gaitera*, entre otras. La primera fue Gaita del Año, la segunda es un canto al amor de su progenitora cuando cumplía cien años de edad y la última, mereció el premio Virgilio Carruyo.

*El béisbol: su pasión*

- Fundó varios equipos de béisbol; los principales fueron Doble Punto AA, que llegó a conquistar el subcampeonato nacional de su categoría y El Frente Juvenil de San Francisco, categoría A. Era un pitcher de garra. El Padre Vílchez siempre fue un ser apasionado en todo lo que hacía, pero en el fondo fue un sacerdote que vio en el deporte, en la gaita, en la educación o en el periodismo válvulas de escape para el ejercicio físico y mental de sus feligreses. Pero además era un ganador de causas nobles, en especial de su San Francisco: su pueblo en el que permanece desde el año de 1953. Aquí vivió sus mejores momentos como hombre y como cura y aquí también oscurece su vida, víctima de la enfermedad de Alzheimer.

## Introducción

### *El laberinto de tres vidas*



El Padre Vílchez en su liceo, sentado, vigilante y pensativo...

Tres figuras, tres sombras, conviven en esa cómoda quinta adornada de vitrales y amplios ventanales; de arquitectura moderna, hermosos corredores, paredes limpias, jardines florecientes construida a comienzos de la década de 1960. Una mujer delgada, de facciones delicadas, de unos setenta y seis años de edad, muy atenta, se mueve diligente, de aquí para allá, cuidando de los dos hermanos que sobreviven de la familia Vílchez Soto: José Jesús, el esposo, que sufre de la enfermedad de Parkinson y el hombre singular, el cura indoblegable. Es Monseñor Luis Guillermo Vílchez Soto, que convaleciente en una silla de ruedas, mira al cielo con ojos borrosos que aún conservan tenues destellos de la ternura y el resplandor de los primeros años.

Estuvimos allí muchas veces; siempre nos atendió con extrema delicadeza ésta sencilla mujer que, como un rito, sostenía un cigarrillo entre sus labios todavía llamativos, que en cada bocanada de humo expulsaba el cansancio provocado por el trabajo agotador que ella voluntariamente se había impuesto. Evidenciaba, en cada gesto y en cada acción, la entereza del sacrificio; de ese apostolado que hace a excepcionales seres humanos entregar todo lo suyo por el bien ajeno. Aquel cuerpo golpeado por el tiempo, fue en su juventud carne y espíritu de las damas de San Francisco: Eneida Albornoz de Vílchez se llama y Eneida Albornoz de Vílchez morirá sin el reconocimiento merecido, tal como desaparecen de la órbita de la tierra las monjas de un hospital público, que en sus quehaceres cotidianos o en cada frase de bondad, desearían sacrificar la vida por la recuperación de la salud de sus pacientes.

En la casa, adornada de pinturas antiguas testigos de la historia de más de un siglo de la familia Vílchez Soto, se vive este cuadro de resignación. En una cama, escondido del mundo, se halla José Jesús: pálido, tembloroso y enjuto; mientras que frente a la puerta de la cocina, callado y macilento, más delgado y demacrado que nunca, pero dando la cara al mundo como siempre lo hizo desde el púlpito de la Iglesia, desde las aulas de su Liceo; desde la lomita de un terreno de béisbol, escribiendo en sus periódicos, hablando por la radio o en Catacumba, desde Niños Cantores Televisión; dirigiendo sus afamados grupos gaiteros, o desde la calle inhóspita, impartiendo la palabra de Dios está el Padre Vílchez; postrado, orando en silencio; quizás recordando aquellas homilías matizadas con su voz varonil, vibrante y contagiosa, que lo convirtió en un orador de la palabra santa de nuestro Dios y de los pueblos de El Caimito, su cuna; de Isla de Toas que marcó los inicios de su sacerdocio, y San Francisco, en donde dejará sembrada la parte más significativa de su quehacer terrenal y de su gloria.

Hasta los momentos en que los miembros inferiores soportaron el peso de sus escasas, pero duras carnes, *el Padre Vílchez, El Socio, El Curita* no caminaba: corría mostrando las condiciones del deportista nato, del atleta de garra, del ser que nace para no dejarse condicionar de su mundo, sino de moldearlo para hacerlo suelo fértil que le permitiría construir su dilatada obra cristiana, social, educativa, beisbolera, gaitera y periodística. En su mediana edad le fue extirpada la mitad del estómago lo cual redujo la cantidad de alimentos que ingería. Tal problema no varió para nada sus infinitas ansias de vivir, su inagotable capacidad física y su acerada espiritualidad.

Hasta que un día sucedió lo inevitable: al hombre de la gran fuerza moral y física que fue el Padre Vílchez le fallaron las piernas y con ellas se debilitaba

una porción significativa de su inquebrantable vida interior. Los años hicieron mella en su cuerpo que comenzó a inclinarse. Debió ser muy duro para el Padre Vilchez constatar cómo el tiempo lo vencía; él, que siempre fue un triunfador, veía declinar ante su vista, sin poder evitarlo, el arrojo del cual se ufanaba. Se aferró, entonces, a una “andadera”. Montado sobre esa estructura metálica cumplía las exigencias cotidianas: iba al banco en donde lo atendían de inmediato; atravesaba calles y avenidas, contando sus chistes colorados; conversando como un ser cualquiera, que impartía la bendición hacia los cuatro puntos cardinales de su amado San Francisco.

Aquella sombra viviente daba la sensación de estar y no estar; pero un cura de su gallardía no podía aceptar dejarse robar el alma por la adversidad; esa perversa muralla que le merma al hombre la capacidad motora, pero no la firme voluntad de vivir hasta el último instante, él la conoció. Su viva inteligencia siempre lo supo: su voz otrora fuerte y retumbante se fue apagando despaciosamente y hoy es la rémora de los días en que se enfrentaba tanto al éxito como a las horas más angustiantes de la existencia.

Hacía ya tiempo que por su sencillez, humildad y fe en Dios, la Santa Sede, durante el Pontificado de Juan Pablo II, lo exalta a la categoría de Monseñor al cumplir sus Bodas de Oro sacerdotales y, además es designado Capellán de su Santidad Juan Pablo II, mientras él continuaba confundido con la gente de su pueblo como el viejo guerrero, que deja de luchar hasta que expire el último aliento. Aún hoy es el sacerdote titular de la Parroquia Eclesiástica del Santísimo Cristo de San Francisco, y lo seguirá siendo hasta que su corazón deje de palpitar y su alma vuele feliz y airosa, hasta los confines del cielo.

Lo más dramático ocurrió una tarde, de por sí triste y esperada: se anidó en su cerebro el ladrón de la memoria: *la enfermedad de Alzheimer*. El sistema nervioso comenzó a presentar los síntomas inequívocos del terrible mal y, por supuesto, advino el indetenible deterioro. Empezó a borrarse *el libro de su vida*. Le robó su identidad. El elixir esencial de la existencia se le ha ido diluyendo, como se diluye el agua entre los dedos. Hoy observamos en él la cara de un ser humano surcada de pliegues, de ojos penetrantes y su voz es casi un murmullo; esa voz que tanto clamó al Cristo Redentor por los desventurados se niega a exhalar el último aliento. Mientras tanto, su indoblegable corazón construye su nuevo mundo: incomprensible y eterno.



**Monseñor Luis Guillermo Vilchez en uno de sus momentos de gloria cuando impartía la bendición a sus feligreses.**

## Capítulo primero

### *Nacimiento, crecimiento y ordenación sacerdotal*



Fachada de antiguas casas del Distrito Miranda, escenario de la niñez y juventud del Pbro. Luis Guillermo Vílchez Soto.

#### **Nacimiento e infancia**

**E**l 24 de abril de 1924, al despuntar el alba, sobre una cama grande de una alumbrada habitación de la modesta casa de adobe, piso de cemento y techo de zinc, en el poblado de El Caimito del Municipio Miranda, Josefa Soto de Vílchez, mujer recia, mordiéndose una sábana para paliar el rictus de dolor, luchaba por traer al mun-

do una nueva criatura. La asistía Dolores León, la partera del pueblo. Se sabía que el futuro neonato se hallaba desubicado en el vientre de la madre, y que el instante de ver el mundo nuevo, no era el más oportuno. Desiderio Sebastián Vílchez y el resto de la familia observaban aquel momento difícil, que traducía pocas esperanzas de supervivencia para el futuro ser: Luis Guillermo, nombre que, con mucha antelación, le aguardaba.

Un paisaje de bosques secos, viento hostil y silbante que bajaba de las colinas y las lomas, fueron testigos del dolor de la madre, de su sopor y de la entereza del padre al observar, estoicamente, aquel momento tan dramático; de las ansias del futuro ser que luchaba en el vientre de la madre por salir y ver la luz del sol, recibir la primera nalgada y emitir su primer llanto: llanto de luz, de alegría y de euforia contenida. Por fin, un copioso sudor, envuelto en sangre uterina, emergió cubriendo al cuerpecito del tamaño de una minga de carne humana, de un pedazo de amor, de una oración entrecortada, de una esperanza convertida en sedosa realidad.

El recién nacido, de haber venido al mundo durante la época en la que hoy se vive o de haber existido cerca un centro hospitalario, seguro hubiese sido resguardado en una incubadora para cuidar su precaria salud de los elementos patógenos; pero en aquellos lejanos días, el desarrollo de la ciencia y de la tecnología ginecológica aún estaba en pañales, o no era aplicable en esos poblados carentes, las más de las veces, de una adecuada asistencia médica especializada. A nadie, sin embargo, le falta ni Dios ni la ayuda humana para subsistir; así fue como Luis Guillermo, amparado por el auxilio divino y los cuidados del médico residente de El Caimito, además del afecto de sus amados padres, pudo superar tan difícil trance.

Antonio Leocadio Peraza era un joven que se había graduado de médico cirujano en la Universidad del Zulia y cumplía sus pasantías en ese pequeño poblado del Distrito Miranda. Se trataba de un hombre circunspecto; no hablaba jamás de su vida privada; era soltero, no se le conocía compañera y, cuando no atendía a sus pacientes, se dirigía a la cantina para gastar el menguado dinero que ganaba por sus honorarios profesionales. Era atento, cortés y responsable. Su cuerpo atlético, cabello entrecano, nariz perfilada, piel de hicaco y ojos vivos, eran objeto de una especial atracción de parte de las mujeres que se desvivían por él; sin embargo su seriedad era notoria y su reputación profesional pasaba toda prueba. Eran los tiempos en que los médicos cumplían sus pasantías en zonas suburbanas, generalmente alejadas de los grandes centros poblados. Procedía de la ciudad de Maracaibo y regresó a ella, luego de cumplir una incuestionable labor en El Caimito.

Luis Guillermo inspiró, desde chico, notoria simpatía y se diferenció de sus hermanos que se convirtieron en pescadores, siguiendo la tradición de los antepasados. El protagonista de esta historia miraba otros caminos, otras veredas, otro sol, otra luna, otro cielo, en los que encontrase la luz radiante que alumbrase sus latentes y hermosas inquietudes. A pesar de haber nacido en condiciones difíciles, Luis Guillermo creció normalmente y se caracterizó desde la infancia por su extrema delgadez; era despierto, de ojos pequeños y vivos; se expresaba con claridad y su inteligencia era reconocida, sobre todo cuando ayudaba a su madre Josefa Soto en las labores de enseñanza. Esta experiencia fue para él, única e inolvidable; la recordaba con esa emoción con que se añoran las cosas que dejan un palpito en el corazón, una huella imborrable en el alma.

### **No quiso ser pescador**

La gente de El Caimito, pueblo de sol y de noches apacibles, observaba como aquel niño, diminuto, inquieto y ágil, ayudaba a su madre, Doña Josefa, en sus rudimentarias tareas pedagógicas; quien además cocinaba, planchaba y ayudaba a su marido en las labores de pesquería. Se notaba en ella, a través de sus facciones indígenas, suma tranquilidad y paciencia. De estatura pequeña, cabello negro, lacio, recogido, de hablar pausado y con esas características caídas del léxico zuliano, la dibujaban como una mujer de pueblo: hacendosa y sumisa, aunque recia en el trabajo y exigente, además de tolerante y respetuosa en el crecimiento de sus hijos: Jesús María, Desiderio, Sebastián, Candelaria, Carmen Iria y Luis Guillermo. Aún no había aflorado a este mundo José Jesús. El pequeño Luis Guillermo desde un taburete, en el que regularmente se sentaba, la observaba de cuando en cuando, con esa dulce admiración de niño, que abre bocanadas de esperanzas a través de sus ojos extendidos y de su risa pícaro y burlona.

Muy temprano, Doña Josefa, adornados sus grandes ojos con unos lentes de carey pequeñitos acomodados sobre su nariz, esperaba en el solar de la casa a los veinte niños a quienes enseñaba las primeras letras, amén de la suma, la resta, la multiplicación y la división; y de ofrecerles útiles consejos sobre los deberes en el hogar, el trato con sus mayores, el amor a los símbolos patrios y a los seres vivientes. Eran los tiempos tan recordados de las maestras de esos poblados lejanos, nacidas para enseñar y amar, para vivir y recordar, para educar con la palabra y el corazón y a castigar con la palmeta. Doña Josefa de Vílchez fue una de esas matronas. La razón de su existencia eran su esposo, hijos y los alumnos que la amaban como a una segunda madre. Pedro Luis, el discípulo más pequeñito, era huérfano y encontró en

su maestra no sólo al ser adorable que le enseñaba cómo deletrear su nombre, sino al ser amable que le ofrecía el cariño materno que el destino le había negado.

Luis Guillermo había asimilado las diarias lecciones de su progenitora y muy pronto se convirtió en su ayudante. Los niños como él tendría unos seis años para ese entonces; fueron a la vez sus compañeros y sus alumnos. Doña Josefa confiaba en el desempeño de aquella criatura, pues a pesar de su corta edad, era serio, tolerante, organizado y dejaba al descubierto, tras el sonido de su voz agradable y directa, el liderazgo que jamás lo abandonó. Ese momento, es muy probable, en que asumía responsabilidades mayores a la capacidad de un niño de su tamaño y edad, marcó para siempre el laborioso futuro que le esperaba.

## **Al principio fue un ser incomprendido**

Luis Guillermo fue creciendo al ritmo de su formación intelectual y doméstica. Tendría unos diez años cuando fue conquistado por la religión católica. Al experimentar muy profundo este sentimiento, decidió transmitírselo a sus padres Don Desiderio Sebastián y Doña Josefa y también a sus hermanos. A la sazón ya había nacido el menor, José Jesús. Se reunió con ellos porque los observaba inconformes con la inclinación de no hacerse pescador. A su edad ya debía saber nadar, embarcarse en uno de los cayucos de la familia y traer suficiente pescado para la venta y el consumo diario del hogar. Intereses muy diferentes a la pesquería se arremolinaban en su ser. Valores espirituales: el catolicismo, la ayuda al prójimo, la verdad, la justicia social, la libertad y, sobre todo el servir a Dios, se habían internalizado en su mente y en su corazón.

Padre, madre, hermanos míos, los he reunido para manifestarles el deseo de hacerme sacerdote, les dijo con seguridad y extrema sinceridad, sin titubear, sin mostrar un dejo de tristeza, sólo él escuchaba los fuertes y vigorosos impulsos de su conciencia.

“Mañana muy temprano hablaré con el cura párroco para que me indique los pasos a seguir para convertir mis aspiraciones en patente realidad. He tomado esta decisión porque Dios me llama, el cielo me reclama y yo estoy dispuesto a cumplir esta vocación tan fuerte, que se ha adueñado de mi alma”.

Un mutismo largo e inexpresivo se apoderó de los miembros de la familia que no llegaban a comprender las razones de tan sorpresiva decisión. Era muy difícil para unos seres arraigados a costumbres inveteradas, aceptar que uno de sus miembros corriese una aventura por ellos desconocida. Al final debieron acceder a la petición de Luis Guillermo, cuyo servicio a Dios se acrecentaba con el correr de los meses.

Se creía poseedor de los requisitos que le permitirían alcanzar su objetivo: sabía que sólo los varones pueden ser admitidos en los seminarios; que poseía la recta intención hacia el sacerdocio, que le sobraba voluntad para hacerlo; se creía dueño de la capacidad moral, espiritual e intelectual exigida; que tenía buena salud física y mental, a pesar de su delgadez; que sabía dominar su cuerpo y su mente para el logro del celibato y que había cumplido todos los sacramentos para el logro del camino que lo conduciría hacia Dios: bautismo, confesión, comunión y confirmación.

Los domingos iba a misa. Se confesaba y comulgaba. Un día, en que el sol radiante penetraba a través de los grandes ventanales de la vieja iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, se acercó al clérigo Eliodoro Núñez, cura de su parroquia, y le dijo estas palabras: “Padre, deseo manifestarle algo que se halla alojado en lo más hondo de me ser: yo aspiro hablar como usted lo hace, con claridad y persuasión; quiero, desde este púlpito, dirigirme al pueblo santo de Dios y expresar sus palabras que conllevan al logro de la paz, la justicia y al servicio de nuestro Señor Jesucristo”.

Amoroso y conmovido, el cura le puso la mano derecha sobre la cabeza y le dijo: “Hijo mío, Dios te guarde de todos los males de esta tierra; Dios bendiga el día que naciste; quiero decirte iluminado con el nombre de nuestro Señor, que si tú deseas hablar como yo hablo, utilizar hábitos como los míos, dirigirte a la feligresía desde ese púlpito; debes ser sacerdote de la iglesia católica....El niño, de rodillas, exclamó entusiasmado: ¡entonces, Padre Núñez, seré sacerdote!”.

Ese histórico momento selló la vida de Luis Guillermo Vilchez. Con el apoyo de la maestra y madrina, Josefa de Bull, su vida comenzaba a dar un viraje de ciento ochenta grados. Sus padres y hermanos no sólo aceptaron su decisión de hacerse cura, sino que lo alentaron a preparar el viaje hacia el futuro deseado, cargado de expectativas y grandes esperanzas.

Luis Guillermo recordaba, durante esos expectantes momentos, los consejos que el Padre Eliodoro Núñez le ofreció, un día después de haberlo encomendado a Dios por su decisión de hacerse clérigo: “el comprender los términos vocación y discernimiento pueden ayudarte. La vocación, de acuerdo a la Iglesia, es un llamado. Todos debemos responder al llamado de la santidad, pero cada persona es llamada de diferente forma. Unos son llamados a la vida religiosa, al sacerdocio, a vivir solteros o al matrimonio.”

“El discernimiento es un largo proceso que lleva a entender la voluntad de Dios. Para obtener esto necesitarás mucha paciencia y mucha oración.” También le dijo el Padre Núñez: “La oración es un elemento esencial para obtener este discernimien-

to. Asiste a misa diariamente y confiesa tus pecados también. Lee la vida de algún santo de tu preferencia para encontrar un ejemplo a seguir y concluyó el Cura: ten siempre en mente los dos votos de un sacerdote católico: Celibato y obediencia. Si estás en una orden, tus votos serán: obediencia, castidad y pobreza.”

### **El Padre Vílchez y la patria chica**

Luis Guillermo fue durante la niñez, juventud y adultez, sumamente delgado; tenía el porte de un hombre apuesto, de normal estatura, cabello negrísimo, de lentes muy finos y viva mirada. Fue brillante en los estudios, dedicado a la lectura de autores extranjeros y venezolanos. Ningún hecho relevante, ninguna noticia trascendente, era extraña a su natural inquietud de saber. Daba la impresión de ser como una antena que todo lo capta con suma rapidez, amén de su reconocida claridad mental. Su lugar de origen, el Distrito Miranda, fue cuna de figuras relevantes de la vida nacional: de Ana María Campos, heroína y mártir de la independencia de Venezuela; nacida en Los Puertos de Altagracia, que se enfrentó al último Gobernador español Francisco Tomás Morales, de quien predijo “si no capitula, monda”, por lo cual fue detenida y azotada en la vía pública, montada sobre un asno que recorrió las calles de la ciudad de Maracaibo.



**El joven Luis Guillermo Vílchez Soto, en vísperas de ingresar al Seminario de la ciudad de Maracaibo. (Foto propiedad de la familia Vílchez Soto).**

También de Domitila Flores, heroína nacida igualmente en Los Puertos de Altagracia<sup>1</sup>; de José Escolástico Andrade, Jefe militar de la independencia, nacido por coincidencia en Los Puertos de Altagracia, el 18 de enero de 1782, y murió en Maracaibo el 22 de Agosto de 1876<sup>2</sup>; de José Antonio Chávez, autor de la música del himno del estado Zulia<sup>3</sup> y de León de Febres Cordero (1797-1872)<sup>4</sup>, militar y político venezolano, oriundos todos de Los Puertos de Altagracia, y de Gabriel Bracho, pintor afamado, nacido también en la capital de ese Distrito.

Como puede apreciarse todos ellos vieron por vez primera la vida en la histórica población de Los Puertos de Altagracia. Sólo Luis Guillermo Vélchez habría de darle renombre, en todo el país, al sonoro gentilicio de su tierra chica: El Caimito, que aunque desaparecido del mapa geopolítico del país, sigue allí, como una referencia, conservando intactos, en las entrañas, tantos recuerdos.

Los libros y los escasos periódicos que eran llevados a El Caimito, encontraban en el joven Luis Guillermo, ya de 14 años de edad, a un lector acucioso, a un individuo crítico. La historia, la literatura, las ciencias, las artes, y muy especialmente las historias sagradas, merecían la atención de su mente insaciable. El Caimito era una zona árida, de árboles hermosos como el dividivi y el cují; las carreteras de arena unían los diversos fundos esparcidos por ese territorio que sería, al correr los años, el asiento de unas de las instalaciones petroquímicas más grandes de América: El Tablazo, que hoy tiene estampado el nombre de Ana María Campos. Precisamente en ese señero lugar estaba la modesta vivienda que sirvió de albergue a la familia Vélchez Soto. Por ello, ante la desaparición del pueblo de El Caimito, en los últimos años de la década de 1960, la familia emigra hacia el Municipio San Francisco para reencontrarse no sólo con el hijo o con el hermano, sino con el niño hecho todo un hombre de Dios, que había convertido sus sueños en hermosas realidades; visionarias aspiraciones que el tiempo y el esfuerzo patentizaban felizmente.

## **El camino hacia Dios**

Luis Guillermo estaba decidido a hacerse sacerdote. Fue tal su empeño y vocación que muy pronto encontró ayuda de la familia, de su madrina y de amigos para poder responder aquel llamado del Señor, a la súplica del Espíritu Santo para que se hiciese cura. Durante toda la semana el pueblo de El Caimito se preparó para

---

1 <http://elblogdemaracaibo.blogspot.com/2012/02/personajes-de-los-puertos-de-htagracia.html>

2 *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Empresas Polar, 1997.

3 <http://elblogdemaracaibo.blogspot.com/2012/02/personajes-de-los-puertos-de-htagracia.html>

4 *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Empresas Polar, 1997.

la despedida de uno de sus hijos predilectos; era una alegría contagiosa la que se respiraba en cada habitante de esa comunidad; era un gran orgullo que del seno de ese pueblo olvidado emergiese la figura de un sacerdote; era la primera vez que tal hecho ocurría y por lo tanto debía de ser celebrado con alegría y alborozo.

Y así ocurrió: las casas se iluminaron, en las ventanas fueron colocadas cartulinas contentivas de hermosos mensajes de despedida; el campanario de la iglesia del Padre Eliodoro Núñez retumbaba como nunca; las muchachas se vistieron con sus mejores galas, y los caballeros sacaron de los escaparates sus trajes. Mientras tanto la familia Vílchez Soto expresaba un llanto contenido; mezcla de alegría y de tristeza. Luis Guillermo se peinó, se puso gomina, y en un arrebato de emoción dijo al pueblo que lo vitoreaba: “Me voy contento”, no sólo porque voy a estudiar lo que mi alma quiere; sino porque he recibido de ustedes las mejores muestras de cariño y de afecto; no los olvidaré, un abrazo a mis amigos, a mis padres, a mis hermanos a quienes quiero y aprecio de verdad; ojalá Dios, Nuestro Señor ilumine mis pasos para culminar con éxito esta carrera y poder officiar en mi pueblo sagrado mi primera misa.....hasta luego, amigos.....” Un centenar de cayucos, en los que la gente se agolpaba, despidieron al viajero.

Luis Guillermo Vílchez Soto ingresó al Seminario Diocesano de Maracaibo, el 27 de Septiembre de 1937; tenía exactamente 14 años de edad, y egresó algunos años después, luego de superar el dolor que la causó la muerte de su padre. Obtuvo en ese Seminario óptimas calificaciones. Dentro de ese recinto en el que la quietud impera y la mente solitaria juega con los recuerdos; en las que las noches, de gris espeso, hace que el corazón lllore por dentro, el joven seminarista recordaba mucho a su padre Desiderio Sebastián, que en un principio se opuso a que él siguiese el camino de los ángeles del cielo, pero que, al final, se convirtió en su principal aliado, al comprender que su cuerpo no estaba construido para las luchas contra las embravecidas aguas del Lago o del mar; que su debilidad corporal no le permitían sostener la red o estar de pie, manteniendo un equilibrio inaudito y manejar, al mismo tiempo, el anzuelo, que estaba muy lejos en sus intenciones de quitarle la vida a un pez. Pensaba en su madre amada, a quien tanto ayudó en sus labores escolares y domésticas; añoraba los juegos con sus hermanos y hermanas a quienes tanta quería. Esos pequeños grandes detalles, le cerraban los ojos hasta rendirse en un sueño apacible y reparador.

## **Se iniciaba la etapa consagratoria del sacerdocio**

En el amanecer del 25 de Septiembre de 1941, cuando el país empezaba a salir de la barbarie gomecista, y el gobierno del General Isaías Medina Angarita abría las compuertas de la democracia, Luis Guillermo emprende el viaje para cumplir

la segunda etapa de sus estudios eclesiásticos. Caracas, una ciudad bulliciosa y aún de techos rojos, lo recibe con los brazos abiertos. Cuando iba en el autobús que lo condujo hacia esa metrópoli, observaba por la ventana que daba a su asiento el maravilloso verdor de la vegetación variada y exuberante, las iguanas que saltaban los montes, los campesinos montados sobre mulas llevando las frutas y legumbres desde los campos benditos de la Patria, hacia los poblados y ciudades opulentas.



Seminario de Caracas en donde Luis Guillermo Vilchez culminó sus estudios eclesiásticos.

Muchos pueblos que él jamás había visto pasaron ante sus sorprendidos ojos; era como un pentagrama de luces multicolores y, un sol radiante iluminaba sus lentes pequeños que el estudio y la debilidad visual le habían obligado a usar. Estaba maravillado de su país, de las riquezas del subsuelo, de los balancines que bajaban y subían en una tarea monótona. Esos balancines, él lo comprendía así, extraían el petróleo de la tierra dura, en las capas subterráneas, para bien o para mal del país. Su mente iba almacenando objetos, rostros de seres humanos como él, paisajes ignorados, hasta que el colector de la unidad que le sirvió, por horas, de vitrina y de almohada, anunciaba la llegada a la capital.

Caminando con lentitud, midiendo cada paso, pero seguro de sí mismo, toca la puerta principal del Seminario Interdiocesano de Caracas, que hasta 1927 se llamaba Seminario Metropolitano y que se le cambia la denominación por Decreto

de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades. El 5 de julio de 1980 el Consejo Nacional de Universidades lo eleva a la categoría de Instituto Universitario. Para beneplácito de la Iglesia venezolana el 17 del mismo mes, el entonces Presidente de la República, Dr. Luis Herrera Campins, autoriza al Seminario Santa Rosa de Lima para que funcione también como Instituto Universitario.

Lo recibe un joven alto, de nariz aguileña, brazos largos y manos que no sabía lo que significaba el trabajo rudo. Era un seminarista que con una leve sonrisa le ofrece los buenos días. Lo hace pasar a la oficina del Rector que amablemente lo invita a sentarse frente a él. El despacho de quien sería por siete años su amigo y mentor, estaba decorado de madera cobriza. Los muebles antiguos y la lámpara central, grande y construida de bronce, junto al escritorio fino y elegante, le ofrecían un aspecto señorial a aquel lugar que hablaba de lo adusto y exigente del ambiente físico, y del aire de seriedad que debía imperar en todos los recintos de aquel edificio enorme, que contrastaba con las casas pequeñas y sencillas de su pueblo de origen.

— ¿Luis Guillermo Vílchez Soto nacido en El Caimito, distrito Miranda del estado Zulia?, plantea a manera de pregunta el Rector.

— Sí, responde sin inmutarse el nuevo seminarista.

— Sus notas del Seminario Diocesano de Maracaibo son excelentes ¿Será capaz de lograrlo aquí? interroga nuevamente Monseñor Luis María Uzcátegui.

El novel estudiante sonríe, y mirando fijamente a la primera autoridad del Seminario, contesta: “trataré de alcanzar esa meta con el favor de Dios”.

— Nuestro lema se basa en el amor a la Iglesia, la disciplina, la concordia, el respeto, el trabajo y fundamentalmente el estudio, explica el Rector.

— Comprendo, asienta el recién llegado, porque una institución que forma los portadores del mensaje de Cristo debe basar su funcionamiento en normas éticas. Sin embargo, permítame hacerle una observación pues olvidó una regla muy importante señor.

— ¿Cuál? pregunta sorprendido Monseñor Uzcátegui.

— Amar al prójimo como a ti mismo.

— Es verdad, disculpe, aunque lo hice a propósito para precisar su reacción.

El seminarista Jesús Calderón, fiel compañero de cuarto y quien sería amigo de toda la vida, le muestra cuanto formaba parte de aquella construcción gigantesca, de hermosa arquitectura, de fachada antiquísima. Por lo contrario su cuarto era suma-

mente sencillo: dos camas individuales, un baño, una mesita de noche y sobre ésta una biblia grande, de color rojo, con marcos dorados; además de un pequeño altar en el que resaltaba la imagen del Nazareno sacrificado sobre una cruz, que en nada se parecía a los dos maderos cruzados sobre los que fueron clavados los miembros superiores e inferiores del Cristo real y auténtico que conoce la historia universal.

Muy temprano del día siguiente, un timbre fuerte y sonoro, que se dejaba escuchar hasta en los rincones más apartados del Seminario, llamaba a la clase inaugural. Sentados en la sala principal de conferencias, detrás de un mesón enorme tallado en madera color caoba, acomodados sobre los que llaman sillones académicos ataviados con sus mejores trajes eclesiales y con una seriedad pasmosa, se hallaban las autoridades de esa institución católica: el Rector quien la presidía, el Vicerrector y los Directores espirituales. El invitado especial fue el Arzobispo de la Arquidiócesis de Caracas, Monseñor Felipe Rincón González. Toda una ceremonia que valía la pena vivirla. Recordarla. Contarla.

Los nuevos estudiantes, muy serios también, estaban acomodados en hileras de diez sillas, en tres cuerpos, que dejaban amplios pasillos al descubierto. Pasaban de cien y provenían de diversas partes del país. La gran mayoría vivía en las grandes ciudades y poblados; se contaban con los dedos de la mano los que venían de pueblos o caseríos, uno de ellos era el seminarista Vélchez, quien al responder a la lista de asistentes expresó: “Me llamo Luis Guillermo Vélchez Soto y vivo con mi familia en El Caimito, Distrito Miranda, del estado Zulia”. Algunos se miraron como inquietando algún dato adicional ante el desconocimiento manifiesto de la información aportada por el joven Luis Guillermo; por lo que el mozo zuliano pidió a la mesa directiva le permitiera unos minutos para explicar el significado histórico de su terruño. El Rector le concedió tres minutos para que lo hiciera.

Bien conocidas eran las condiciones oratorias del Padre Vélchez. Aún en la última etapa de su vida activa como cura de San Francisco se ganaba a la feligresía con aquellos sermones llenos de verdad y de vida; daba gusto escucharlo hablar, no sólo por su voz fuerte, sonora y recia. Su importancia se fundamentaba en el raciocinamiento, en la persuasión y en el significado preciso de cada palabra que pronunciaba, de cada idea que exponía.

Pensemos, por un instante, cómo era su léxico y su locución, durante ese tiempo, pleno de fuerza y alborozo juvenil. Veamos: “Señor Rector y demás autoridades de este Seminario, compañeros; todos ustedes conocen o han oído hablar del Zulia, de su riqueza minera, agrícola y pecuaria; en ese Estado se halla el Distrito que lleva el

nombre del Generalísimo Francisco de Miranda; hay muchos poblados. El más importante es el de los Puertos de Altagracia, su capital, pero hay otros como Ancón de Iturre, Bella Vista de La Candelaria y El Caimito, este último es la tierra chica que me vio nacer. Es un pueblo de pescadores. De allí salen el jurel, los camarones, el mero y el carite que alimentan a Caracas y otras ciudades venezolanas; cerca de allí nacieron las heroínas Ana María Campos y Domitila Flores, muy cerca también vieron la luz de la vida los patriotas José Escolástico Andrade y León de Febres Cordero, en fin, El Caimito y mi Distrito Miranda tienen un puesto bien ganado en la historia y en la posteridad". Como respuesta a tan corta, pero brillante exposición, un fuerte y cerrado aplauso estremeció las cuatro paredes de aquel solemne recinto.

La clase inaugural estuvo a cargo del señor Arzobispo de Caracas, Monseñor Felipe Rincón González, sacerdote insigne que se había ganado el afecto de su feligresía y presbiterio por su calidad humana y su forma tan honesta y digna de dirigir a su rebaño. Este grato mensaje de bienvenida estuvo salpicado de interesantes anécdotas, consejos a los nuevos seminaristas y resaltó la importancia de los sacerdotes dentro de la sociedad venezolana, tan apartada de Dios y de su Iglesia.

Hizo mención especial a la intervención del joven Luis Guillermo Vílchez a quien deseó, lo mismo que a sus compañeros, suerte en sus estudios y que la gloria del Señor recayera sobre sus sienes y los convirtiera, después de la larga jornada que emprenderían desde esa hora magnífica, en los portadores de la verdad y de la justicia divina.

## **Los estudios en el Seminario de Caracas**

Luis Guillermo Vílchez Soto, entusiasta y gallardo, seguro de sí mismo, comenzaba, a los 18 años de edad, la segunda etapa de sus estudios eclesiásticos. Su intervención en la memorable jornada de la clase inaugural le había ganado la simpatía de los profesores y compañeros de clases. El camino hacia la gloria de Dios se hallaba despejado, pero la dura batalla estaba por comenzar.

Luis Guillermo fue, desde muy joven, inquieto, de espíritu investigativo y estudioso por demás; nada le era extraño y todo libro o periódico que pasara por su vista, era objeto de su lectura y exégesis. Estas condiciones innatas en él le ayudaron a satisfacer las exigencias de los diseños curriculares, sumamente ambiciosos y completos del Seminario Interdiocesano de Caracas. El temperamento nervioso del joven zuliano, lo hacían exigirse más de lo normal, hasta el punto que varias veces enfermó y tuvo que ser sometido a severos tratamientos médicos. Sólo el deseo de superación, el pensar en su madre y hermanos y en su pueblo, lo mantenían de pie,

deseoso de superar cualquier escollo, por grande que fuese, que limitara sus ansias de hacerse portador del mensaje de Cristo.

Su proverbial lucidez mental, clara inteligencia y su facilidad de palabra le ayudaron a distinguirse en materias como: Teología, Sagradas Escrituras, Pastoral Social, Historia de la Iglesia, Cristología, Antropología Teológica, Teología Pastoral y Derecho Canónico; además de otras asignaturas que llamaron poderosamente su atención. Los días y las noches pasaban con lentitud, en muchas de ellas, melancólico, evocaba los días en que jugaba con sus hermanos: Jesús María, Desiderio, Sebastián, Candelaria, Carmen Iria y José Jesús, en los parajes de arena fina de El Caimito; sobre sus lomas y entre los bosques desérticos, en los que la sombra generosa de los altos cujjes y dividivis mitigaba el fuerte calor, que como brasa, quemaba sus espaldas.

Los niños corrían en procesión por la fresca y extensa orilla de la playa, recogiendo cangrejos con los que se divertían como si fuesen juguetes de la Navidad; almacenaban conchas de caracoles y las reunían, mezclándolas con la tierra húmeda y negruzca. Luis Guillermo, reía junto a quienes convivían en ese hogar adusto bajo la égida de don Desiderio Sebastián Vilchez y Josefa Soto. Eran hermosas evocaciones, momentos de alegría que se vivían en esa tierra hospitalaria; Luis Guillermo era rápido en sus movimientos, ágil, corría y siempre les ganaba a sus hermanos varones; las apuestas consistían en fichas de botella de refrescos que acumulaban debajo de los manglares y demás ambientes bióticos de esas playas, construidas por las manos generosas de la naturaleza.

Los directores espirituales admiraban la disciplina intelectual del joven zuliano; los profesores valoraban su elocuencia, atención a los trabajos tanto individuales como en equipo y a su metódica organización. Aquel muchacho de caminar rápido y erguido, hiperactivo y participativo, sin proponérselo lideraba su grupo de trabajo. Por ello era admirado y aceptado por sus compañeros seminaristas que veían en él a un hermano, a una persona sociable, buen estudiante y a un ser amigable y respetuoso.

Como añadidura a su carismática personalidad, Luis Guillermo amaba la música y el deporte. Estas dos aptitudes le ayudaron a ganarse el afecto y la admiración de sus profesores y compañeros en el Seminario de Caracas. En este primer centro de enseñanza católica de Venezuela, no sólo el pensum de estudio era importante; también se le dedicaba tiempo y espacio a aquellas actividades ligadas a programas de extensión: deportivos y culturales. Su pasión deportiva fue el béisbol, pero cualquier otra disciplina le ha sido familiar. Estimulado por sus ductores y compañeros, organiza un equipo de béisbol que hacía las prácticas en un terreno cedido por la

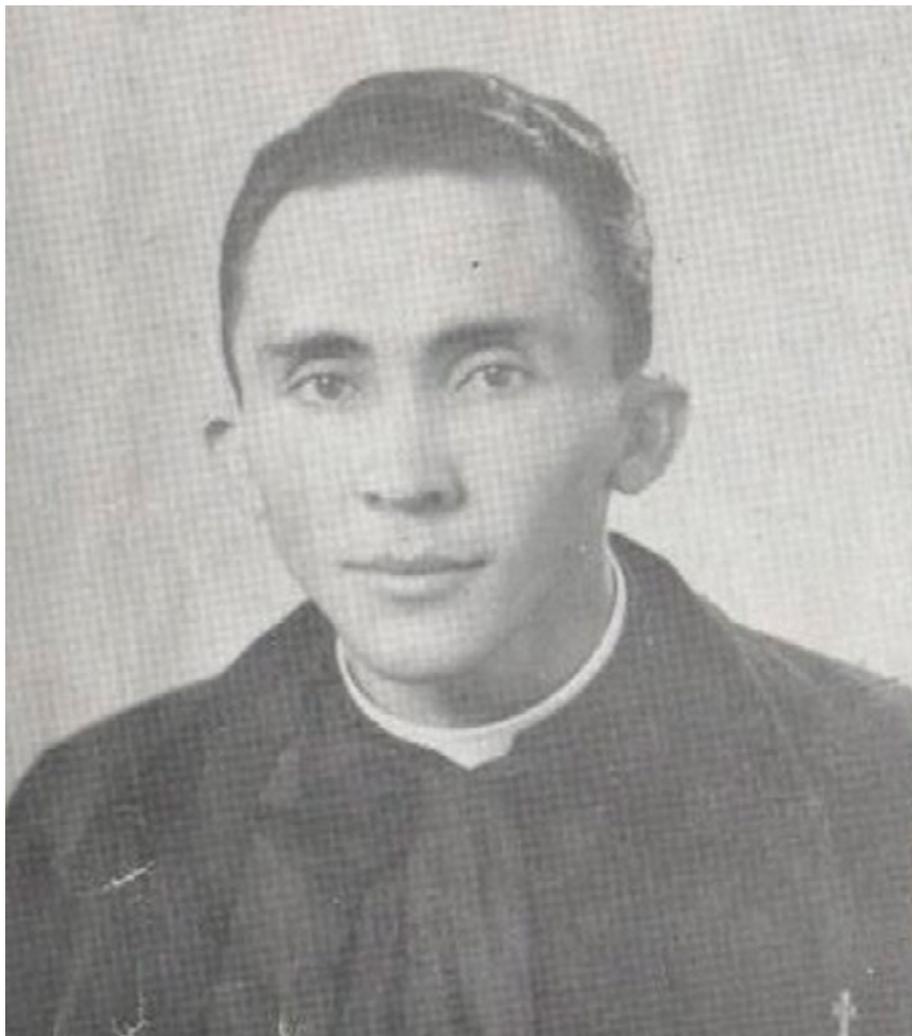
Municipalidad de Caracas. Luis Guillermo se convierte en mánager de ese equipo, categoría “B”; llamado “Los Seminaristas BBC”.

El joven seminarista se hace respetar y, con la ayuda de sus compañeros, logra el éxito acariciado. “Los Seminaristas BBC”, se convierte en un equipo triunfador, realizan varios encuentros con equipos de la Universidad Central de Venezuela y otras instituciones de educación Superior del país y siempre dio muestras de ser una organización ganadora. Los jugadores, todos estudiantes del Seminario de Caracas, se estimulan de tal manera que jóvenes que jamás habían practicado este deporte se convirtieron en estrellas. Luis Guillermo Vílchez alcanza el milagro. Ese hecho tan importante aumenta en el zuliano la pasión por el béisbol. Las autoridades del Seminario de Caracas y la Arquidiócesis de la capital, no escondían el entusiasmo producido por este hecho histórico, que aumentaba de manera considerable la imagen de esa importante institución católica. El Seminarista Vílchez había logrado, sin proponérselo, una fama bien merecida.

Todos ignoraban que no sólo el deporte era el motor que movía la fuerza interior de aquel ser debilucho en apariencia; de ese mozalbete, que en la clase inaugural de su ingreso, había dado muestras de capacidad oratoria y de simpatía personal. La música lo atrajo igualmente y aprendió a amarla con la fuerza espiritual de la que fue capaz, a aprender todo lo concerniente a la teoría, ritmo y métrica y a dominar el instrumento, que le serviría, en el futuro, para darle vida auditiva al ámbito de la Iglesia: su inseparable piano. El futuro clérigo actuó en varios conciertos, bajo la mirada de sus profesores y compañeros que lo convirtieron en un líder. Pasaron los años, siete en total, ya el seminarista había cumplido todas las exigencias de ley para recibir el título correspondiente. Había satisfecho una etapa vital de su camino hacia el sacerdocio. Fue un acto extraordinario aquel en el que recibió de manos del Rector y del Arzobispo de Caracas, el título de Licenciado en Teología. De los cien estudiantes que comenzaron aquella larga y dura etapa de formación cristiana, sólo sesenta culminaron la carrera de manera exitosa. ¡Qué alegría para Luis Guillermo, haber cumplido su meta, el objetivo fundamental de su vida! Se graduó con las más altas calificaciones y fue seleccionado para pronunciar el discurso de Orden en esa fecha memorable.

Era el 26 de julio de 1948. El delgado pero animoso graduando, dijo entre otras frases, las siguientes: “Hace siete años en este memorable recinto juramos estudiar con firmeza, a esforzarnos por alcanzar la bondad de Cristo, a cumplir con las exigencias de este noble Seminario y al final hacernos acreedores del derecho de ser herederos de Nuestro Señor Jesucristo y multiplicar sus santas enseñanzas”. Y agregó:

“dejamos atrás sacrificios, noches de desvelos, de estudio profundo; recibimos de nuestros mentores, hombres de Dios, preclaras enseñanzas; gracias a su lucha constante y a la respuesta, de parte nuestra, a las demandas constante de una carrera tan exigente, en esta noche en que las estrellas bajan del cielo a soñar con nosotros el futuro que nos espera; damos gracias al Señor por colmarnos de fe y de ofrecernos las fuerzas suficientes, para que hoy salgamos por esa puerta, henchidos de emoción, a multiplicar la palabra de Dios y de su Iglesia”.



**Luis Guillermo había concluido sus estudios eclesiásticos y se prestaba a iniciar su indeclinable labor de servicio a Dios. (Foto propiedad de la familia Vélchez Soto).**

## **La llegada a Maracaibo y El Caimito**

Al día siguiente, los 60 nuevos ministros de la Iglesia Católica regresaron a sus hogares. En un autobús de madera, Luis Guillermo volvió con su familia a la tierra amada; luego de 14 horas de viaje la unidad arribó a la parada de la Calle Libertador: el Padre Vílchez venía acompañado de su madre, Doña Josefa Soto, y de sus hermanos, que entusiastas, presenciaron la ceremonia de la graduación. Era la primera vez que salían de su pueblo y por supuesto Caracas y aquel acto memorable, habían llenado de tantas ilusiones sus ojos, acostumbrados a ver solamente las olas del Lago del Coquivacoa y a contemplar los mismos paisajes.

De allí zarparon a una frágil embarcación que los condujo hasta el Distrito Miranda. Doña Josefa si lo sabía, no así sus hijos, ni mucho menos Luis Guillermo que, prácticamente todo el pueblo, llevando sobre sus hombros pancartas y entonando bellas canciones y gaitas compuestas por los mismos parroquianos que hablaban de los éxitos alcanzados por su vecino en la Capital de la República, los esperaba en la playa contentos y felices, porque uno de sus hijos predilectos volvía convertido en sacerdote.

Siete años son muchos en la vida de una persona joven; por ello observó cambios, que lo conmovieron, en las personas amigas que lo esperaban y en el entorno que su memoria había grabado tan nítidamente y que en ese instante salían a flote. Una joven atractiva le estampó un cálido beso en la mejilla dejándole marcados sus sensuales labios: era su prima María Eugenia, que tenía apenas 11 años cuando se despidió de él en el atracadero de los vaporcitos de Los Puertos de Altagracia.

Su tía Antonia María, que había envejecido prematuramente, lo abrazó con efusión y su primo Juan Ezequiel, ahora de bigote grueso que le ocultaba la boca, lo saludó con gran emotividad; él era su compañero de juegos, de travesuras infantiles.

El terreno rupestre, la arena suave que se colaba entre sus largos dedos, los altos cujies y dividivis que conocían de sus correrías, los caminos de salitre, las piedras hundidas en la tierra seca, los matorrales que ocultaban los inocentes reptiles que su honda certera convertía en papelillos, todo pasó por unos segundos por su memoria.

Ahora se reencontraba con sus ancestros, regresaba el tiempo, reactualizaba momentos inolvidables ya casi inexistentes en su mente. A pesar de no aceptarlo, su vida ahora era otra. Siete años de perseverante estudio, de ver caras nuevas, de tratar con seres diferentes, de vivir otras experiencias, lo habían alejado de la vida monótona por la que había transitado. Su temperamento impulsivo sin embargo estaba allí, intacto, sin experimentar una mella; su viveza, la hiperactividad que había sido

una constante en su tránsito vital, estaba allí, sosegada sólo por la alquimia de sus reflexiones constantes.

## **La Ordenación Sacerdotal**

El 26 de diciembre de 1948 es una fecha histórica para la familia Vélchez Soto, para el pueblo de El Caimito y el Distrito Altagracia. Se ordenaría de sacerdote de Cristo, Luis Guillermo Vélchez, aquel niño que a los diez años de edad, manifestó públicamente su apego a la Iglesia católica. El ser delgado, de ojos vivaces, que se negó a ser pescador; que soportó la resistencia de su familia que nunca estuvo de acuerdo con que Luis Guillermo estudiase la carrera del sacerdocio, pero que al final se impuso su fuerza indomable, el deseo infinito de convertirse en el clérigo que fue: un ser múltiple que la historia de tres distritos: Altagracia, Almirante Padilla y San Francisco, reseñan con el más infinito orgullo.

La Iglesia Catedral de Maracaibo se hallaba repleta de feligreses. Una buena parte había venido en pequeñas barcazas del distrito Miranda. Uno de los oficiantes se puso de pie frente al atril de madera pulida, cuyo fondo estaba iluminado de velas y de santas imágenes. Un gran silencio se adueñó de aquel recinto sagrado y expresó: Está entrando en la Iglesia Catedral, Monseñor Marcos Sergio Godoy. Por favor, pónganse de pie. Empezaba la ceremonia; el joven sacerdote Luis Guillermo, humildemente, se entregó de rodillas al Señor de los Cielos.

Y en un instante inolvidable el Señor Arzobispo, poniendo sus manos entrelazadas sobre la cabeza del nuevo pastor, dijo: “Estimados hijos de Dios; ustedes son testigos de esta ceremonia, de la bendición que recibe esta mañana uno de sus hijos predilectos; estoy seguro que este joven, que sabe de sacrificios, luchas y dolores, sabrá enfrentarse al reto que representa ser un hijo de la Santa Iglesia, de la buena-ventura, y del deber manifiesto de servir cada día de su vida a orientar a su rebaño, a ser guía de una sociedad sacudida por la maldad y la injusticia, a llevar el bien en donde reinan el dolor y la desesperanza.”

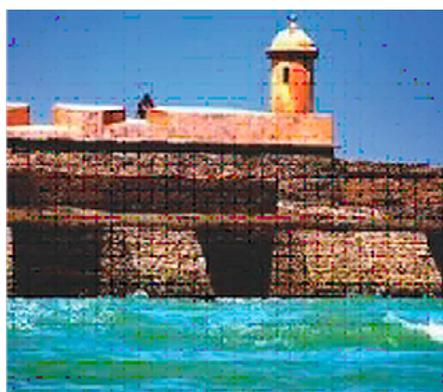
El Pbro. Luis Guillermo Vélchez, visiblemente emocionado, respondió con una leve y respetuosa inclinación de cabeza a aquellas palabras afortunadas de Monseñor Marcos Sergio Godoy. Comenzaba para él un camino duro, pero el mismo tiempo afortunado, que debería recorrer por más de sesenta y cinco años. La primera misa la ofició en Los Puertos de Altagracia, Capital del Distrito Miranda el 26 de Diciembre de 1948. Luego fue designado Cura Párroco de Isla de Toas, por cinco meses y allí trabajó a favor de su feligresía de 1948 a 1953.



**Luis Guillermo Vílchez recordaba las correrías con sus amigos por las playas de su tierra amada, el distrito Miranda.**

## Capítulo segundo

### *Su permanencia en Isla de Toas*



A la izquierda, un aspecto de Isla de Toas, y a la derecha el Castillo San Carlos, que fue construido con la piedra caliza que se extrae de las minas de esa isla.

Fue todo un acontecimiento público y religioso la misa inaugural del Pbro. Luis Guillermo Vílchez, en Los Puertos de Altagracia; aquel hombre trigüeño, de cabeza pequeña en la que sobresalían sus ojos negros como el azabache, rodeados de unos lentes muy finos, enchapados en oro, hizo vibrar de la emoción a cientos de feligreses que acudieron, al son de las campanas manuales de la iglesia, a presenciar el evento, en que uno de sus hijos oficiaba por vez primera una misa. Todas las naves de la vetusta iglesia se hallaban colmadas de hombres, mujeres y niños que observaban la Santa eucaristía, oficiada por el joven carismático, soñador; de notoria elocuencia.

Su oratoria brillante, contrastaba con las misas que escuchaban aquellos lugareños de labios de curas europeos, muchos de ellos ancianos, que llenaban las vacantes de los clérigos nuestros. Por supuesto hubo algunos curas extranjeros que dejaron huellas en esos pueblos acosados por la pobreza y el abandono más cruel, amén del centralismo infame que arrinconaba a las ciudades, pueblos y caseríos de la provincia venezolana. El Padre Vílchez proyectaba la imagen del sacerdote latino, vенеzo-

lano, zuliano, en la más profunda esencia. Se trataba de un cura diferente: de hablar inteligente, fuerte, altisonante y hasta chistoso. Representaba, al mismo tiempo, un estímulo en ese ambiente político y social tan desolador. Era una voz nueva, cargada de vigor emotivo que abría surcos cultivadores de la más sentida esperanza de miles de pobladores que se sentían huérfanos de apoyo institucional. Eran días muy duros los que se vivían en Venezuela, un país rural que aún no había sanado las cicatrices que dejó el movimiento político de 1945 y los que se iniciaron en el 48 con la caída del gobierno del insigne novelista Rómulo Gallegos.

Ahora emigraría hacia el distrito Almirante Padilla, en donde lo esperaba su primera curia; su primer deber, su primera obligación, como miembro de la Iglesia católica. Esta situación, sin duda, lo angustiaba; significaba el primer reto existencial más promisorio; por ello su nerviosismo era evidente y algunas lágrimas se dejaron rodar por su rostro de hombre joven, muy delgado sí, pero lleno de fuerza anímica y de grandes expectativas. De sus clases de historia patria, durante sus años en la educación media, recordaba la trayectoria del militar, cuyo nombre ostenta la tierra que marcaría el inicio de su tarea evangelizadora: José Prudencio Padilla, nacido en Ríohacha, Colombia, el 19 de marzo de 1784 y muerto en Bogotá, el 2 de octubre de 1828. Fue prócer de la independencia de Colombia y de Venezuela. Se trata del héroe naval durante la Campaña de Independencia liderada por Simón Bolívar, creador de la Armada Nacional de Colombia y primer Almirante de la Gran Colombia. Su nombre resonó en muchos campos de batalla.



**El Almirante José Prudencio Padilla, héroe colombiano, nacido en Ríohacha.**

El 19 de julio de 1823 fue investido con los cargos de comandante general del Tercer Departamento de la Marina y de la Escuadra de Operaciones contra el Zulia, con la que realizó una brillante labor que culminó el 24 de julio de 1823, en la batalla naval del Lago de Maracaibo, en la que fue despedazada y humillada la escuadra española, y que derivó en la capitulación del mariscal de campo, Francisco Tomás Morales, el 3 de agosto siguiente.<sup>5</sup>

## **El viaje con destino a isla de Toas**

Recostado sobre la proa de la endeble embarcación que lo conduciría al primer deber eclesial, el Padre Vilchez se sumergió en los años dorados de su infancia. De El Caimito se alejaba al hoy municipio insular Padilla, ubicado en la entrada del Lago de Maracaibo, reservorio de agua dulce, transparente y limpio. Se trata de un territorio insular compuesto por las islas que se encuentran en el límite entre el Lago de Maracaibo y el Golfo de Venezuela. Al mirar esa hermosa bahía recordaba lo que había leído en sus libros: que el primer mineral explotado en el estado Zulia fue la piedra caliza de la Isla de Toas y que ahora este territorio sería el centro de su vida sacerdotal por cinco meses, pero que presentía sería mucho más larga en el tiempo y positiva en los resultados. Su memoria exteriorizaba el episodio en que, precisamente por la abundancia de piedra caliza, las autoridades españolas por Real Cédula de 1591, le ordenaron a los alcaldes ordinarios Rodrigo de Arguelles y Gaspar de Párraga ofrecieran información sobre el área lacustre. En ese informe, se menciona la existencia de este tipo especial de piedra, buena para edificar fortalezas muy resistentes. El joven cura recordaba que durante ese largo período colonial, se edificaron obras importantes en las ciudades de Maracaibo y Coro y en Los Andes; muestra de ello son: el Castillo San Carlos, Castilletes, Barra Grande, el torreón de Zapara, la Catedral de Maracaibo, el Convento, la Iglesia Cristo de Aranza y la Casa de Morales.

El joven cura fue un estudioso de la historia de sus antepasados y de la tierra que pisaba; por ello al acercarse a Isla de Toas, sus conocimientos le hablaron del pretérito de estas comarcas. Recordaba el contenido del decreto del Dr. Raimundo Andueza Palacio del 3 de mayo de 1890: que declara al Zulia y Falcón en posesión de sus respectivas soberanías. Y que, en decreto del 7 de julio de ese año incorpora al Zulia las islas de Toas y San Carlos, confiándoles una organización civil. El 15 de julio de 1890, el Presidente del Estado Zulia, Ramón Ayala, los integra al distrito Mara. Luego la historia, muy posterior a la que revivía en esos momentos el clérigo, ya en 1985, esta tierra insular se constituye en municipio autónomo con el nombre del prócer de la independencia colombiana y venezolana, almirante José Prudencio Padilla.

5 *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Empresas Polar, 1997.

Ese distrito aislado del resto del estado, con vida propia y con grandes potencialidades turísticas, está integrado por las islas de: Zapara, Toas, San Carlos, Providencia, Pescadores, Los Pájaros, Maraca, San Bernardo, Sabaneta de Montiel y los Tortuguillos. Hoy día la principal fuente de ingresos de este Municipio la constituyen los yacimientos minerales de la Isla de Toas, tales como las de las salinas de El Toro y Aracho, yacimientos de lignito sulfurosos, arcillas de explotación en el sector sur y un pequeño yacimiento de mineral cuprífero. Además de la actividad turística con un ferry que hace un recorrido por las islas del municipio saliendo de Maracaibo; además de una abundante actividad pesquera.

### **Dos islas muy particulares**

El Padre Vílchez, sin embargo, carecía de la información suficiente como para hacerse una imagen completa de esa zona, formada por islas, que se intercomunicaban por diminutas embarcaciones, construidas por los lugareños. Don Desiderio, su padre, algunos años antes de morir y estando él muy pequeño, le contaba que conocía una zona de pescadores, enclavada cerca de la entrada del Lago; en las entrañas mismas de este estuario y que en una, conocida como de Toas, existían muchas toneladas de piedra caliza que era llevada, en gabarras, hasta un puente gigantesco, ubicado en la Fábrica de cementos Mara, en San Francisco y cuyo dueño era un señor alto, caraqueño y rico, que se llamaba Eugenio Mendoza.



**Eugenio Mendoza contemplando la fachada de Cementos Mara donde era procesada la piedra caliza traída desde Isla de Toas.**

Y también le hablaba de la Isla de Providencia en la que aislaban, de manera compulsiva, la mayoría de las veces, a los enfermos de lepra provenientes de los diferentes distritos del estado Zulia. La lepra es una enfermedad infecciosa, de evolución crónica, producida por la multiplicación en el organismo humano, de un microbio cercano al bacilo de la tuberculosis: el bacilo de la lepra o *Microbacterium leprae*, descubierto en 1873 por el médico noruego A. Hansen, por ello también se le denomina bacilo de Hansen. Existían tres tipos de lepra: la *tuberculoide* que se manifestaba por manchas o placas en la piel, generalmente única o en número muy reducido; la lepra *lepromatosa* que provocaban en el enfermo manchas de color brillante, difíciles de definir en sus bordes, que se extendían por todo el cuerpo y el tipo de lepra *borderline*, que se exteriorizaba por manchas y placas poliformas, de bordes poco nítidos, que podían generar ulceraciones o provocar lesiones que se extendían a la cara, manos y pies.



Jacinto Convit, el sabio inventor de la vacuna de la lepra. Sus aportes ayudaron a eliminar del Zulia ese terrible mal y a que pasara a la historia la Isla de Providencia.

Un médico, amigo de la casa de los Vilchez Soto, de nombre Antonio Bermúdez, egresado de la Universidad del Zulia (hombre muy estudioso especializado en Dermatología), dado que el joven Luis Guillermo se mostró interesado por conocer más sobre este terrible mal, le hizo saber que algunas condiciones favorecen su propagación: hábitat insano, carencias alimentarias, higiene insuficiente y debilitación del organismo por parásitos y otras enfermedades. La transmisión, le explicó, se produce por contacto continuo con el enfermo aunque para infectarse, el organismo receptor debe estar debilitado inmunológicamente.

Esta isla fue una solución que el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, que así se llamaba esa dependencia desde la época del General Gómez, hasta muy entrados los años setenta, encontró en estos distantes lugares para apartar del resto de la sociedad a aquellas personas contagiadas de este mal. Allí los pacientes tenían lo indispensable para vivir hasta que Dios los llamara a su seno. Fueron construidas instalaciones apropiadas, médicos que iban y venían de Maracaibo en lanchas, aunque había algunos residentes; medicamentos, rudimentarios sitios de recreación y una Iglesia. Luis Guillermo, que desde muy niño fue un ser sensible, reaccionó frente a aquellos relatos que le produjeron un fuerte impacto en su corazón y se propuso ayudar espiritualmente a esas personas. Y así lo hizo durante cinco años, hasta que la Diócesis de Maracaibo lo envió para la Curia de la Parroquia eclesiástica del Santísimo Cristo de San Francisco, en el municipio foráneo, del mismo nombre.

La existencia y efectos devastadores de la lepra afectaron sobremanera al Padre Vilchez durante su estancia, de cinco años, en isla de Toas; pero él estaba al tanto de los avances que el doctor Jacinto Convit estaba logrando en sus investigaciones contra el terrible mal; pues además de los remedios ya conocidos, se comenzó a aplicar a los leprosos el compuesto de *sulfota* y *clofazimina*, que demostró ser un medicamento eficaz contra ese lacerante mal. Cuando este tratamiento hubo alcanzado altos niveles de eficiencia, se procedió al cierre de las leproserías de todo el país, entre ellas la de la Isla de Providencia, en la cual, en muchas ocasiones, los enfermos eran encerrados y vejados en su condición humana.

Culminaba así un capítulo negro en la historia de las enfermedades dermatológicas en nuestro país, pues se controla la lepra y otras enfermedades endémicas. Luego de este éxito que llenó de gloria al doctor Convit y a la medicina venezolana nació el Instituto de Dermatología, que posteriormente se llamó Instituto de Biomedicina de Caracas, el cual dirige el sabio desde 1972, y es, desde el 2 de julio de 1973, la sede del Centro de Investigación y Adiestramiento sobre Lepra y Enfermedades afines de la Organización Panamericana y Mundial de la Salud.

Allí, después de mucho esfuerzo conjunto y continuo, surgió la vacuna contra la lepra, que sirvió de base para la vacuna contra la *Leishmaniasis*, que se trata de una enfermedad *zoonótica*, causada por un protozoo, del género *Leishmania* y transmitido por la picadura de moscas del género *phlotomus*; las manifestaciones clínicas van, desde las úlceras cutáneas que cicatrizan espontáneamente, hasta formas fatales en las cuales se presenta inflamación severa del hígado y el bazo.

## **Los isleños lo esperaban con un gran entusiasmo**

El Padre Vélchez, acompañado de su hermano mayor Jesús María, sentados sobre una silla larga, de madera pulida, contemplaba el chapoteo de los marullos, cuyas cimas parecían saltar hacia dentro de la pequeña nave, tal como hoy día se observa, en los audiovisuales de tercera dimensión. El clérigo iba pensando en los felices instantes del ayer, encubriendo de esa manera el temor que siempre la había producido el contacto con las aguas del Lago; no así Jesús María, que fuerte, recio e imperturbable, observaba el subir y bajar de las olas y al mismo tiempo dejaba colar entre sus gruesos dedos el fluir del agua, que se transformaba en un arco iris, al recibir los rayos inclementes del sol radiante del mediodía.

Una familia extranjera, turistas posiblemente, los acompañaba: un hombre de piel muy blanca, alto y delgado, cabello canoso y nariz perfilada, que debía ser el esposo de la señora y el padre o padrastro de los dos niños, observaba con un dejo de curiosidad al sacerdote; la mujer, de buena apariencia, de cabello rubio y ojos azulados, entrelazaba con su mano izquierda la del hombre y su mano derecha, de piel visiblemente delicada, descansaba sobre las piernas del niño de ocho años, aproximadamente, y de una niña encantadora, de menor edad. Un silencio de tumba acompañó los primeros minutos de la travesía. El Padre Vélchez continuaba callado y melancólico, extraño en él que en todo instante fue una persona extremadamente comunicativa y alegre, mientras que Jesús María continuaba jugando con los hilos de agua, cercanos a la proa, de aquella embarcación piloteada por un hombre de mediana edad, de fuerte contextura, de barba de tres días y una gorra multicolor que hacía juego con su franela a rayas, que dejaba al descubierto unos brazos fornidos, resultado de su lucha constante con el trabajo rudo en esos lugares del Zulia, en donde la vida era cruel y temeraria.

El otro tripulante se veía demacrado, producto del duro fragor de los años y de su existencia, entregada al licor y a las mujeres de mal vivir; nariz aguileña, de ojos pequeños, cejas espesas y orejas grandes, que si fuese visto de noche, hubiese dado la sensación de ser un búho o algo así; pero a pesar de todo iba silbando la canción del marinero: triste y candorosa. Estaba sentado sobre uno de los bordes de la popa, seguramente se trataba de un buen nadador. Lo cierto era que con la excepción de Jesús María, acostumbrado a las lides del Lago, todos los demás dependían de la astucia y la experiencia de estos dos gladiadores de las profundidades de ese estuario ancho y extenso.

Mientras tanto el extranjero conversaba con su esposa en un léxico casi incomprensible; pues mezclaban palabras castellanas con italianas, pero ellos se enten-

dían. El niño jugaba con un carrito de madera que rayaba la pulida tabla de cedro que servía de asiento. Los padres no le ponían atención, no así el Padre Vílchez que le hacía piruetas con sus brillantes ojos negros para que caminara con el carrito de ruedas puntiagudas, sobre el piso de la pequeña lancha a motor y no sobre el asiento. El niño se reía burlonamente del clérigo, hasta que el papá se levantó cabizbajo para no tropezar con el techo machihembrado de la nave, con el fin de quitarle el carrito al pequeño; y lo logró después de un leve forcejeo con el menudo diablillo.

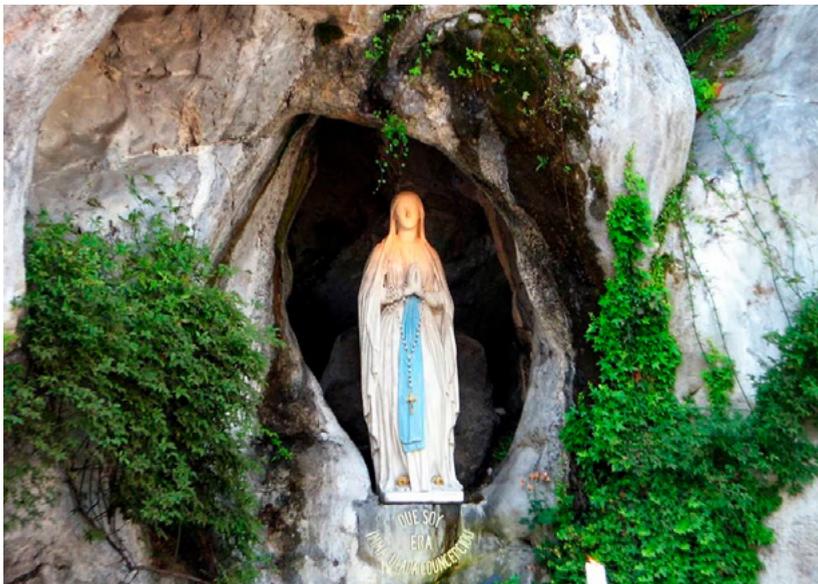
Al verse sin su juguete el pequeño cerró sus ojos azules muy pícaros, y echó a llorar, con tanta fuerza, que el capitán de la embarcación dijo con voz ronca: “¡Qué se calle ese muchacho, por favor!” La madre actuó entonces y, con infinita dulzura, le echó los brazos. Se calmó por fin el muchachito; entre tanto su hermanita, de dulce mansedumbre, pelo amarillo ensortijado y débil cuerpecito jugaba con una muñeca de trapo bastante usada, de cabeza machucada y pelo rizado.

Faltaba muy poco para llegar al atracadero de “La Isla”, como popularmente le decían los lugareños a su tierra desolada, en la que el polvillo de la piedra caliza cubría la mitad del territorio. Potentes excavadoras extraían de la tierra seca piedras grandes y pequeñas, que iban arrumando en unos camiones enormes, cuyas ruedas, por la altura, impedían la visión de los trabajadores cuya piel, color ceniza, debía ser expuesta al contacto del agua limpia, de cuando en cuando, para reducir la contaminación que aquel elemento extraño les producía. Los pasajeros, que se estaban levantando de sus asientos, vieron infinidad de nubes de humo en el cielo y escucharon los estruendos de varias bombas fiesteras. La pequeña nave se fue acercando al atracadero. Mientras que la gente expectante, con ropa de vivos colores, levantaba brazos, sombreros y pañuelos; viva señal de la alegría que reinaba en el lugar. En el centro estaban, en actitud solemne, las autoridades de la Isla: el Jefe Civil, su esposa y el resto de la familia; el Jefe de la Policía y, agolpados, en un grupo heterogéneo, cientos de personas: hombres, mujeres y chamacos que fueron a recibir a su nuevo pastor. El tripulante parecido a un búho, colocó firme y presuroso una tabla gruesa que cubría el espacio entre la pequeña embarcación y el muelle.

Para mayor emoción el Padre Vílchez no saltó primero; él, con ese respeto y consideración que le merecían sus semejantes, prefirió que comenzaran a pasar los menores custodiados por sus padres: primero cruzó la tabla la niña abrazada con su muñeca, pero en los brazos de su fornido progenitor; luego la doña, ayudada por Jesús María, superó con agilidad aquel pequeño espacio tenebroso. Ella cubría, con su adorable cuerpo, al del niño travieso que mientras bajaba le hizo una mueca burlona al Padre

Vilchez. El sacerdote le sonrió, se arremangó la sotana y le mostró el puño derecho. Faltaba por bajar, de la temblorosa embarcación, el nuevo líder de la Iglesia católica de la Isla. El clérigo levantó sus delgados brazos, se quitó el sombrero negro de amplias alas que cubría su negra cabellera y dijo: ¡Aquí vengo para servir al Señor de los Cielos y a todos ustedes amigos míos, feligreses de esta Parroquia! Y, con esa agilidad del buen deportista que fue, atravesó sin ningún problema aquella tabla de madera gruesa.

El Padre Vilchez lucía una sotana negra, zapatos negros pulidos, un sombrero de anchas alas y un bolsito de cuero grabado con su nombre, en el que traía una pequeña biblia y el rosario, bañado en oro, que se había ganado por su comportamiento y excelencia en el Seminario de Caracas. Iniciaba el recorrido de un anchuroso camino, de una historia cristiana llena de logros, sacrificios y desvelos. Él lo sabía, pues luego de saludar al Jefe Civil, a su esposa y al resto de personalidades allí presentes se apretujó, con emotividad, las manos levantadas, como expresión del más hermoso saludo a aquella masa humana que le ofrecía tan cálido afecto; le echó la bendición, pronunció un breve discurso y se persignó mirando el frontispicio de su primera Iglesia: la de Virgen de Nuestra Señora de Lourdes. Se arrodilló luego en plena vía pública, y dio gracias al cielo por haberle permitido llegar hasta esa Isla, en la que sólo debía permanecer cinco meses, pero que Dios quiso se desbordaran los contenidos inmensos de su corazón sobre ese suelo bendito, durante un lustro.



**La Virgen de Lourdes, patrona de Isla de Toas, frente a cuyo altar el Padre Vilchez juró suprema obediencia al Cristo Creador.**

La advocación católica de Nuestra Señora de Lourdes, hace referencia a las 18 apariciones de la Virgen María, que Bernadette Soubirous (1844-1897) afirmó haber presenciado en la gruta de Massabielle, a orillas del río Gave, en las afueras de la población de Lourdes, Francia, en las estribaciones de los Pirineos, en 1858. El Papa Pío IX autorizó al Obispo local para que permitiera la veneración de la Virgen María en Lourdes en 1862, unos diecisiete años antes de la muerte de Bernadette, la cual fue proclamada santa por Pío XI el 8 de Diciembre de 1933. Desde entonces, la veneración de la Virgen María como Nuestra Señora de Lourdes, ha sido motivo de gran júbilo, y su santuario es uno de los más visitados del mundo.

La simpatía del nuevo ministro de la Iglesia católica era proverbial: llamó a la juventud de la Isla a servir a Dios, no sólo asistiendo a las misas o a cumplir otros deberes cristianos, la invitó también a participar en muchas actividades que él organizaba. De la noche a la mañana creó el coro de la iglesia de la Virgen de Lourdes, que entonaba por las tardes, durante las misas, hermosos cánticos. Su afición por la música, que lo había hecho tan conocido durante sus estudios en los seminarios de Maracaibo y Caracas, la aprovechó para fundar en Isla de Toas la escuela de música sacra, de gaitas y villancicos, que inundó ese territorio de jóvenes estudiantes de primaria y educación media, que aprendieron a tocar diferentes instrumentos musicales y a aprender solfeo.

El pueblo agradecido acudía regularmente a la Iglesia a escuchar las misas que el Padre Luis Guillermo Vílchez oficiaba y que constituían, no solamente un cántico al Señor de los Cielos, sino también un ejemplo de oratoria clara y precisa de aquel cura que llegó a la Isla a fortalecer los cimientos de la fe católica, y a enseñar a su feligresía que todo propósito puede ser alcanzado si existe la voluntad suficiente y el sacrificio exigido.

Fundó varias asociaciones religiosas, en especial la de la Virgen de Lourdes, que se hizo tan famosa dada su organización y la calidad de los eventos que presentaba cada año. La lucidez de estos actos católicos, elevaron el ánimo de los habitantes de ese pueblo, en donde reinaba el desapego a las obras de Dios. El flaco cura, de lentes finos, transparentes, no se encerró en los breves confines de su Iglesia a cumplir con las tareas elementales de un sacerdote; también los escenarios públicos recibieron la obra y la bendición de este hombre de Cristo, de trato alegre y ocurrente. Se oficiaba, cada año el día de la Santa Patrona, una misa en honor a la Virgen. Se hicieron muy populares estos festejos; las calles de la Isla de Toas se bañaban de banderas blancas y azules; la gente se ponía ropa nueva o lavaba y planchaba lo usado el año

anterior, pero que les quedaba impecable y los niños se montaban en los columpios que el Jefe Civil mandaba colocar en sitios estratégicos.

Al concluir la ceremonia bulliciosas retretas multiplicaban la alegría de esos años inolvidables en la placita vieja; mientras que una procesión de lanchas y cayucos surcaban el límpido Lago de Maracaibo, que encabezaba la Virgen de Lourdes, los fieles y el Padre Luis Guillermo Vélchez Soto. Se hicieron tan populares estas festividades, que habitantes de Maracaibo, San Francisco y otros poblados vecinos, compartían con los isleños estos momentos de religiosidad, alegría y sosiego. Los periódicos reseñaban estas fiestas, mientras que en algunas casas los tocadiscos y los discos de larga duración ayudaban a aumentar la vistosidad de esas añoradas actividades religiosas.

## **El deporte halló en él a un líder**

Una de las pasiones del Pbro. Luis Guillermo Vélchez fue el deporte, que empezó a amar desde niño. En El Caimito, mientras sus hermanos andaban de pesca, él jugaba con una pelota de goma que lanzaba contra la pared de la cerca alta de su vivienda. De allí debió nacer lo que fue su puesto, además de ser el guía, en los equipos que formó: el de lanzador. Al lado de la actividad religiosa y la música, fomentó en Isla de Toas el béisbol y el fútbol. La prensa de esa época recogió con mucha amplitud la importante labor que el Pbro. Vélchez llevaba a cabo en su parroquia. Por ejemplo, el diario Panorama, el tercer lunes de febrero de 1950, inserta una interesante entrevista realizada por la periodista Rosa Chacín, quien conversó en su visita al centro de Maracaibo, con este cura apasionado por su trabajo clerical, deportivo y musical.

“Gran entusiasmo reina en Isla de Toas - escribe la reportera - porque se está organizando, con la entusiasta animación del Padre Luis G. Vélchez, una Cruzada Católica Infantil. Este sacerdote que tiene en el deporte una de sus principales fuentes de preocupación, se ufana actualmente en el entrenamiento de cuatro equipos de béisbol en la categoría infantil y tres de fútbol de la misma clase, con el propósito de la campaña que se iniciará dentro de algunos días”.

Y agrega: “ayer lo sorprendimos en la adquisición de algunos artículos de sports, necesarios para sus pupilos. Estaba de visita por breves horas en la ciudad y aprovechaba la ocasión para hablar de sus proyectos. Allá en la Isla de Lourdes lo esperaban en horas de la tarde para continuar los ensayos reglamentarios. El entusiasmo es desbordante, y como primera figura está el popular sacerdote.”

Continúa el relato: “Ya sabemos que el Padre Vílchez es el primer animador de las divisas del *Círculo Rojo* y del *Incas*. Los triunfos de estos dos equipos en varias regiones del estado se han registrado ampliamente. Pero como el distinguido deportista cree que ya esos conjuntos están formados, él se ha dedicado con su característico afán a estructurar nuevos prospectos que puedan seguir la ruta de los grandes”.

Agrega el diario *Panorama*: “*Círculo Rojo* e *Incas* únicamente tienen que ser vigilados — decía ayer el Padre Vílchez — para que sigan cosechando triunfos. Ahora lo primordial es ayudar a los muchachos que también desean abrirse paso en el deporte. A estos pequeños atletas es a quienes debemos amparar con solícito empeño, para conquistar los éxitos que anhelan sus ilusiones. Son muchos los aspirantes. Hasta ahora he organizado tres equipos: *Ayacucho*, *Sucre* y *Miranda*. Estamos preparando otro. Los tres primeros conjuntos empezarán muy pronto una competencia que formará parte de la *Cruzada Católica Infantil*”.

¿Béisbol, nada más?

Dijo el Padre Vílchez que tiene en formación tres equipos de balompié infantil que causarán sensación en los círculos deportivos zulianos. Son todos jovencitos aplicados que dentro de muy breve tiempo estarán en condiciones de medirse con los más acreditados equipos de “*Costa Firme*”.

— ¿Qué distintivos llevan?

— *San José*, *San Luis* y *Deportivo Lourdes*.

— Ya tienen sus respectivos uniformes y tan pronto se concluyan los detalles de organización empezaremos las actividades respectivas.

Y concluye la interesante nota el diario *Panorama* de Maracaibo: “El Padre Vílchez regresó al mediodía de ayer a su residencia de *Isla de Toas*. Allá en la acogedora isla de *Nuestra Señora de Lourdes*, en donde él está cumpliendo una noble misión deportiva que enaltece y dignifica su fervor por estar al servicio de Dios y de todos sus feligreses”.

Unos meses después, en diciembre concretamente, se realizó en la *Isla de Lourdes* un evento que llevó el nombre del Pbro. Luis Guillermo Vílchez y que el periódico *El Brillante*, de fecha 7 de diciembre de 1950, recoge, en una nota del reportero Henry Linares, de esta manera: “Este torneo comenzará muy pronto y participarán en el mismo seis equipos: cinco de la ciudad de Maracaibo y el representativo de *Isla de Toas*, “*Círculo Rojo*”, al efecto cada conjunto participante designó un delegado para la constitución del *Comité Organizador*.”

La presidencia la ejercerá el distinguido deportista Luis G. Vilchez, Cura Párroco de la Isla y el principal animador del Círculo Rojo. Los clubes que participarán, continúa la nota, además del combinado isleño son: Sastrería La Marabina, Estrellas del Milagro, Indios del Caguas, Piratas y Nicaragua. Todos pertenecen a la segunda categoría y disponen de un material humano de regular calidad, comprobada en diferentes certámenes en los cuales han dirimido supremacías. Los partidos se escenificarán en Maracaibo y tendrán como escenario un terreno ubicado en la barriada de Santa Rosa, que lleva por nombre “La Deportiva”.

La vida de Luis Guillermo Vilchez, signada durante estos cinco años por el éxito, estaba por culminar. El nombramiento de cura de la Parroquia de Nuestra señora de Lourdes, que señalaba la duración de cinco meses, para honra de su historia eclesiástica, se extendió por cinco años. Fue un lustro, en que cada instante significó un acto de entrega absoluta a su vida cristiana.

Su hermano Jesús María, que lo acompañó durante el primer viaje a la Isla y que había permanecido a su lado dos meses, se comunicaba con él constantemente, lo mismo que el resto de sus hermanos. Doña Josefa, viuda desde los primeros años en que estudiaba en el Seminario de Maracaibo, era el soporte fundamental de su existencia, pero aún vivía con la familia en El Caimito, Distrito Miranda. Sin embargo la comunicación telefónica con ella era constante; la amó desde que sus ojos infantiles supieran de la vida misma; y luego ella guió sus pasos, con esa sabiduría que alienta a las madres santas. Ahora la feligresía de Nuestra Señora de Lourdes, le había ganado totalmente el corazón, ese corazón abierto a la conversación directa y espontánea. Y la separación sería de por sí, dura.

La gente lo admiraba, pues no sólo era el sacerdote, que cada tarde oficiaba la misa en el altar de la Iglesia; era mucho más, su hiperactividad lo llevó a convertirse en el líder de Isla de Toas: era el cura, el hombre de Dios y el ser que dirigía la cultura, la educación, la práctica de la música y el deporte en sus diferentes manifestaciones. Fue el sacerdote múltiple, conocido en todos los lugares del Zulia.

Pero además era el amigo, el hermano de personas que al principio lo rechazaban porque practicaban otros credos; él lo sabía, pero poco a poco se fue ganando el cariño de todos ellas. Los enfermos recibían de él permanentes visitas, y su Iglesia se transformó en el sitio predilecto de ese pueblo de seres humildes, pero grandes en dignidad, sencillez y amor propio.

Por ello el dejar su Parroquia le dolió en su yo más profundo. La despedida fue como una ruptura casi espiritual, entre un pueblo emocionado por la obra cumplida

por este cura universal y su propia existencia; pero la obediencia es esencial dentro de la Iglesia Católica y la comprensión permite aliviar los ecos tristes de la separación entre los hombres.

El Padre Vílchez recibió una orden irrevocable de Monseñor Marcos Sergio Godoy. Su nuevo destino se indicaba con claridad en la comunicación leída: la Parroquia del Santísimo Cristo de San Francisco. Corrían los días intermedios del año de 1953.

## Capítulo tercero

### *San Francisco, su segundo destino y su fin*



En San Francisco el padre Vílchez immortalizó su nombre y su obra. La Basílica Menor marca el final de su lucha por una iglesia adecuada a los nuevos tiempos.

### **Llegó en silencio...**

Antes de emprender el viaje a San Francisco, el Padre Vílchez pasó una breve temporada con su familia en El Caimito. En ese extinto poblado están hundidas sus raíces. El Complejo Petroquímico *Ana María Campos* arrasó con el pueblo que lo

vio nacer, crecer y hacerse cura. En lugar del bullicio de las calles, del palabrerío de la gente y del verdor de los dividivis, cujíes y cardones hoy se percibe allí un inmenso vacío. Se repite un eco que retumba sobre cada planta, sobre los distintos elementos que componen esa industria. Pudiese parecer increíble, pero en la atmósfera de lo que fue el pueblo de El Caimito, a pesar de los años transcurridos, se percibe el recuerdo de los seres que allí vivieron, que lucharon por la sobrevivencia y por dejar, en su tránsito vital, una huella inocultable. Persiste, sin duda, la memoria de un pueblo pequeño, pescador y humilde, cuyos momentos estelares se van repitiendo, de generación a generación; de las familias que un día de ese lugar partieron, en la búsqueda de otros ambientes en donde crecer y multiplicarse.



**El Padre Vílchez, en plena juventud, en los primeros años de su labor sacerdotal, en el Municipio San Francisco. (De la colección de José Luis Castellano).**

En la madrugada del 23 de julio de 1953, su madre Josefa Soto, y hermanos Jesús María, Candelaria, Sebastián, Desiderio, Carmen Iria y José Jesús lo despiden en la parada de autobuses de Los Puertos de Altagracia. Llega al municipio foráneo de San Francisco, como a las tres de la tarde de ese mismo día. Pocas personas lo esperaban; eran, sin embargo, los ciudadanos más representativos del Municipio. Se pensaba que un río humano estaría presto a saludarlo, a estrecharle la mano con fuerza y amor al flaco y popular cura, que venía de cumplir, con mucho entusiasmo, una reconocida labor religiosa, deportiva y cultural en Isla de Toas.

En el fondo de su ser era esto último lo que él anhelaba: ser aplaudido y visto con la admiración como todos veían al Padre Vilchez en los diversos lugares en los que su sotana y sus zapatos negros brillantes llegaban. Vistiendo, impecablemente, a un cuerpo escaso de carnes pero con un corazón presto a servir al prójimo con la alegría propia de su carismática personalidad. Pero el joven sacerdote, preparado a enfrentar todo tipo de adversidades, no se inmutó: se arrodilló, frente al altar de la Iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco, y pidió a Dios le permitiese llevar cristianamente la obra misionera que le tocaría cumplir en esta Curia.



**Un aspecto de la calle principal de San Francisco, algunos años antes de que llegase a esta tierra el Pbro. Luis Guillermo Vilchez Soto. (De la colección de José Luis Castellano).**

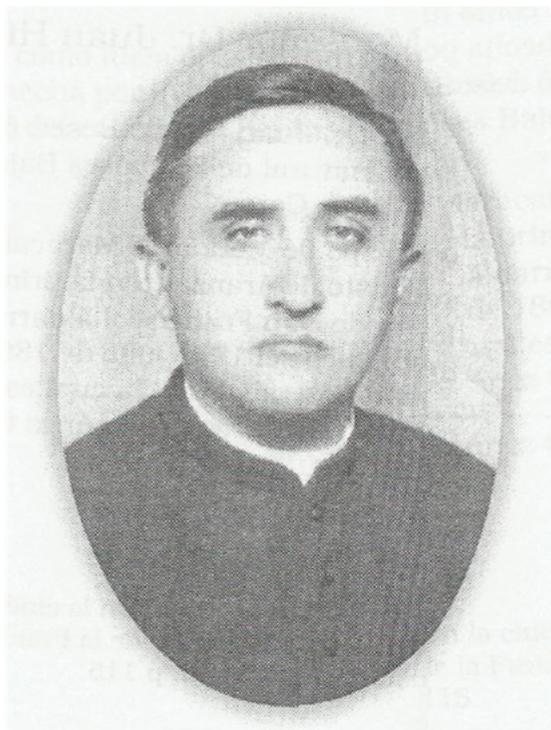
Indagando la razón por la cual el recibimiento del Padre Vílchez en San Francisco no fue el esperado, una reseña de Emilio Strauss, William Fuenmayor, José Romero y Nixón Molina, nos ofrecen la respuesta: “El Padre Vílchez llega a San Francisco para sustituir al Padre Ángel Ríos. Desde sus comienzos intenta entablar relaciones con las familias de la comunidad, lo que no le fue fácil. Los habitantes lo rechazaban porque creían que él era el causante de la salida del Padre Ríos. No obstante el Padre Vílchez insiste en vincularse con el pueblo y, el propio 24 de julio de 1953, protesta por la forma engañosa como el gobierno pone en servicio el acueducto del pueblo. Su protesta, junto con la Comunidad, logra que en el año de 1955 se le dote al Municipio de un nuevo acueducto, el cual aún está en servicio”. Este hecho evidenció, desde el umbral de su presencia en esta tierra, el carácter indomable del hijo predilecto, que fue después, del Municipio San Francisco.



**Nuestro Prelado, pronunciando uno de sus discursos en la Plaza Urdaneta. (Foto archivo del Colegio “Gran Mariscal de Ayacucho”)**

Una selecta comisión de servidoras de la Iglesia le anunció al Padre Vilchez, en el preciso momento en que se encontraba orando de pie frente al altar de sus imágenes veneradas, que un grupo de ciudadanos lo esperaba en la Plaza Urdaneta. Allí estaban reunidos el Padre Ángel Ríos Carvajal, cura saliente; Darío Morillo, prefecto del Municipio; los señores Ramón Gotera, José Carruyo y Antonio Benito Albornoz; los grupos de apostolado de la Parroquia del Santísimo Cristo de San Francisco: La Santísima Trinidad, Las Hijas de María y Corazón de Jesús. Eran las cuatro de la tarde calurosa del 23 de julio de 1953. En nombre de los presentes habló Eucaris Albornoz, perteneciente a una de las familias más queridas de la Parroquia.

Su discurso fue breve pero brillante; dijo entre otras frases las siguientes: “Querido Padre Ríos, usted ha trabajado con denuedo por esta Parroquia; nadie puede ignorar su devoción por las obras de la iglesia, el amor a los pobres y su entrega al servicio de una feligresía que tanto lo ama. Pero la superioridad lo ha designado a cumplir otro compromiso eclesial y la Iglesia, en mucho es obediencia. Hoy lo despedimos con honores y reconocimiento”. (nutridos aplausos).



**Imagen del recordado párroco Ríos Carvajal, a quien el Padre Vilchez sustituye en la curia del Santísimo Cristo de San Francisco, en 1953.**

“Y a usted, Padre Luis Guillermo Vílchez Soto, le damos la más calurosa de las bienvenidas; con todo el respeto y los méritos que su investidura, de nuevo clérigo de esta Parroquia merece. Sabemos de su empeñosa tarea litúrgica en Isla de Toas; esperamos que esa importante labor la continúe aquí. Todos estamos prestos a ayudarle”. (nutridos aplausos).

El nuevo cura, luego de saludar a los presentes y agradecerle a Eucaris Albornoz sus palabras, atravesó junto al Padre Ríos, solemnemente, el pasillo principal de la vieja iglesia de la Parroquia y sostuvo una entrevista con su compañero del presbiterio zuliano. El recordado sacerdote, Ríos Carvajal, atento y cortés lo abrazó, deseándole todo tipo de suerte en la inmensa tarea que el destino le deparaba. Le aguardaban sesenta años de vida espiritual y cívica, entregada a la grandeza de esta población.

El Padre Ríos, como la mayoría de su feligresía le llamaba, había cumplido, durante varios años, una valiosa labor al frente de su rebaño; se le recuerda, muy especialmente, por la creación de las sociedades religiosas: la de la Santísima Trinidad, dirigida por Carmen Díaz, una de las mujeres más católicas y amadas de San Francisco, que murió vistiendo el sencillo vestido de ese grupo de apostolado; además de Las Hijas de María y del Corazón de Jesús.

El apreciado sacerdote por las tardes se sentaba, frente a su modesta iglesia, a saludar a los transeúntes que le pedían su bendición. Se trataba de un prelado muy querido y respetado por su seriedad y don de gentes.

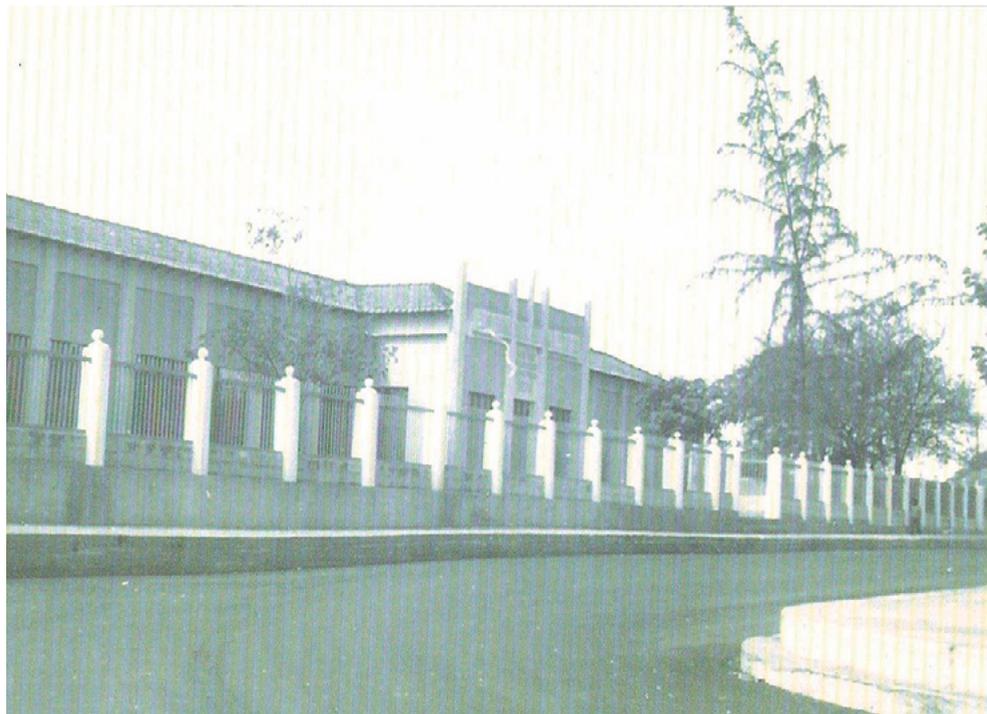
Físicamente era de mediana estatura, cabeza redonda, ceño adusto, nariz gruesa, ojos muy negros; dueño de una poblada cabellera, adornada por un mechón blanco, que destacaba su agradable y noble personalidad.

### **El San Francisco que el Padre Vílchez encontró**



**Fachada de la Iglesia de San Francisco (1950).**

Cuando el Padre Luis Guillermo Vilchez llegó a San Francisco, las carreteras eran de arena, sólo la vía principal estaba asfaltada; una colectividad huérfana de los más elementales servicios públicos; sólo un médico rural atendía a cientos de pacientes en dos casas blancas, gemelas, ubicadas en la única avenida, frente a la parada de los autobuses de madera. La educación se limitaba a dos instituciones: un colegio para varones, el Gran Mariscal de Ayacucho, fundado por el doctor Jesús Enrique Lossada, entre 1936 y 1937 y, el de hembras, Juana de Ávila.



A su llegada a San Francisco en 1953, sólo el Colegio Gran Mariscal de Ayacucho (en la gráfica) y el Colegio Jesús Muñoz Tébar, formaban a los niños de San Francisco.

El señor Juan Borrego, rechoncho, ojos muy despiertos, grueso, vestido de azul y ajustada a su cabeza una gorra militar del mismo color, era el Director del Ayacucho y Clara de Borrego, su cónyuge, una mujer distinguida por su porte y calidad humana, dirigía el Colegio Juana de Ávila. Entre ambos organizaban vistosos desfiles con bandas marciales a cuya cabeza se destacaba la presencia de hermosas chicas, de falda corta, que manejaban la batuta con destreza y vistosidad; además de actos culturales, a la usanza militar como era característico en los Colegios de esa época y que se escenificaban en el espacio central de la plaza de Urdaneta.

Algunos años más tarde la Escuela Juana de Ávila, fue transformada en una institución de educación mixta, distinguida con el nombre del gran venezolano *Jesús Muñoz Tébar*. Se vivían los momentos más cruentos de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez.

Ya el gocho Elio Rosales había instalado el Cepillado de San Francisco, Román Ferrer tenía la carpintería, el señor Emiro Bracho regentaba su farmacia; el señor Zuly era dueño del Aserradero Anauco, Edecio Socorro había construido La Bodega, la familia Petit vendía los famosos pastelitos en la esquina frente a la Iglesia, el pueblo de El Bajo era famoso por sus barbacoas, Edecio Camarillo componía versos, décimas y gaitas que comenzaron a tararear los jovencitos de entonces; los ferrys boats aún existían, las piraguas y vapores surcaban raudos las transparentes aguas del Lago de Maracaibo, la Corea de Huntington se había apoderado del Caserío La Guajira, y a San Francisco lo unía a Maracaibo la carretera vieja que bajaba, paralela a la playa, pasando por el jardín Josefina.



Aspecto de la calle principal del barrio San Ramón (1950).

### **Testigo de la transformación de San Francisco**

Con el nombre de San Francisco era conocido el territorio que ocupa la actual parroquia del mismo nombre y la parroquia El Bajo, que constituían una hilera de caseríos, más o menos densos, que arrancando desde la actual plaza de Las Bandejas, se extendían hasta Bajo Grande: El Bebedero, El Perú, La Punta, San Benito,

El Paraíso y El Bajo, que le ofrecían a esta porción de territorio zuliano, contornos geográficos, económicos, religiosos, sociales y culturales de características similares. Eran grupos familiares de gran raigambre social y de acendrada estirpe, que se fueron formando y multiplicando con el correr de los años.

Ello explica que sus apellidos hayan pasado de generación en generación, como el mejor de los testimonios de la fuerte coherencia emotiva que los unía. Por ello lo que hoy denominamos San Francisco histórico, en el que están hundidos los orígenes de este Municipio, persista una singular cercanía entre la gente, como si aún fuese aquel pueblo pequeño que el Padre Vilchez encontró en el año de 1953. Muy diferente a lo que ocurre en el resto de las parroquias en las que los ciudadanos, la mayoría de las veces, viven circunscritos a sus hogares.



**El Padre Vilchez bendice la moderna calle principal de San Francisco, en el año de 1966. Presiden el acto Raúl Leoni, Presidente de la nación y Doña Menca de Leoni. Entre los que observan el acto se encuentra el ministro Sucre Figarella.**

Ello justifica también que para el año 1953 existiese en esa zona sólo una Iglesia: la del Santísimo Cristo de San Francisco y una capilla en El Bajo atendida por el mismo cura párroco. Podría asomarse la hipótesis de que estas dos parroquias nacieron y se desarrollaron en antiguos hatos vecinos, cuyos habitantes se unieron por la sangre y la cercanía territorial, como se ha venido explicando.

Desde el final del caserío el Perú, hacia el norte, hasta la actual circunvalación dos en un lapso históricamente breve, se cimentaron las bases de la Parroquia Francisco Ochoa. Primero se formaron los barrios El Manzanillo y Corazón de Jesús, justamente paralelos a la avenida principal. Luego, debido a una circunstancia muy especial, que debería ser analizada por los estudiosos de la historia urbana, nació, como un volcán en erupción, tras cruentas y sucesivas invasiones, en terrenos de la Compañía Shell de Venezuela, el barrio Sierra Maestra; lideradas por hombres como Adán Sthormes y Luis Sergio Pérez. Su nombre fue inspirado en la Revolución cubana. Se trata de un sector sui géneris, cuyos habitantes no se sienten identificados con San Francisco, sino con Sierra Maestra. Lo dicen en sus tertulias, como si este espacio se tratase de una isla providencial, centro de un conjunto heterogéneo de sectores diversos; muy particulares en sus costumbres: única, rica en comercio, en actividad humana y dotada de todos los servicios.

Hoy esa zona próspera se ha poblado también de escuelas, liceos, y de una Universidad; amén del desarrollo médico sanitario que ha experimentado. En la feliz ocasión en que el doctor Rafael Caldera, durante su primer gobierno, vino al Zulia, a reunirse con los habitantes de Sierra Maestra, Manzanillo y Corazón de Jesús con el objetivo de normalizar la tenencia de sus tierras; su despierta percepción lo indujo a denominar, a Sierra Maestra, Ciudad Satélite, porque debió observar, el desarrollo considerable y autónomo de este sector del Municipio San Francisco. Al tratar este tema con el sacerdote José Palmar, opinó que para el Presidente de todos los venezolanos constituyó un acto de fe de su gobierno en el respeto al derecho a la propiedad privada. Este hecho que ofrecía seguridad jurídica a los poseedores de las viviendas construidas sobre tierras baldías, terminó de impulsar el incontenible progreso de Sierra Maestra y sectores circunvecinos. El cura párroco de la parroquia eclesiástica Nuestra Señora de Guadalupe, el Pbro. Juan Jesús Esparza, fue testigo de excepción de este acto tan trascendente para los parroquianos de Francisco Ochoa.

Sierra Maestra es un ejemplo de desarrollo armónico y autónomo en el Zulia. De allí que la nueva parroquia, por las razones históricas explicadas, no se siente unida a lo que se denomina el San Francisco viejo. Características muy específicas los separan. Todos estos movimientos urbanísticos se iniciaron en la década de 1950.

Paralelamente se fueron originando, por sucesivas oleadas migratorias de El Saladillo, cuyas casas, en su gran mayoría, habían sido expropiadas para dar paso a la transformación urbanística del centro urbano de Maracaibo; de los Andes, de otras zonas del país y del exterior, especialmente de Colombia, las parroquias Domitila Flores y

Marcial Hernández, que poseen una historia humana parecida, aunque un desarrollo comercial e industrial distinto, y cuya complejidad demográfica dista mucho del San Francisco Viejo y de los sectores que conforman la parroquia Francisco Ochoa.

San Francisco es hoy un municipio diverso y complejo, integrado por cinco parroquias; muy distantes desde el punto de vista humano, social y cultural: San Francisco y El Bajo están unidas por el cordón umbilical de la misma historia, similares costumbres e igual desarrollo, mientras que Francisco Ochoa, dado el origen violento y peculiaridades de sus barrios, se diferencian de las de San Francisco y El Bajo e igualmente de las parroquias Domitila Flores y Marcial Hernández.

En la misma época en que se conformó el llamado San Francisco Viejo, una amplia franja de pequeños caseríos crecieron paralelos a la carretera de Perijá, que con el correr de los años formaron la parroquia Los Cortijos, que incluye a sectores antiguos como Jobo Bajo y Jobo Alto. Cuando el Padre Vélchez llegó a San Francisco, esta parroquia era un islote en el monte entre los municipios Rosario de Perijá y San Francisco. Recientes desarrollos urbanísticos como: El Caujaro, Ciudadela Rafael Caldera, Los Samanes y Villa Sur, la han acercado a la Parroquia Domitila Flores.

Hoy San Francisco no es como el del año 1953, cuando el Socio llegó a este municipio: una región rica en zonas arbóreas. Hoy impacta por ser una ciudad integrada, sólida, densa, en donde ya no quedan muchos espacios libres para la recreación y el descanso. Los ambientes naturales han sido demolidos por el progreso y, el oxígeno puro que se respiraba de norte a sur y del este al oeste, se ha disipado casi totalmente.

Sin embargo ese vacío existencial lo llenan, a medias, los movimientos incesantes de los cocoteros que aún perviven en algunas playas porque la mayoría han sido ocupadas por industrias de la pesquería. Desapareció aquella leyenda que las playas de San Francisco le quitaban el asma a cualquiera y por eso los médicos recomendaban a sus pacientes venir a temperar al sur de la ciudad cosmopolita. Ya no escuchamos el hermoso vals “A San Francisco”, de Adelina Valbuena, que nos habla de las bondades ambientales de esta tierra.

En esta bulliciosa época lo que se observa es un pentagrama de carreteras, en donde no cabe un vehículo más, en el que reina la asfixia y la salud se deteriora. El oxígeno ha sido desplazado por el monóxido de carbono que emiten los miles de automóviles, vehículos pesados y demás entes rodantes. Mientras que las pujantes zonas urbanizadas les han robado a los ciudadanos los espacios vitales, tan necesarios en una ciudad tan calurosa como ésta.

De 1953 hasta la actualidad, han transcurrido sesenta años. El Padre Vílchez pudo vivir a plenitud todos estos cambios, hasta hace año y medio, cuando, sin avisarle, el rostro de la enfermedad de Alzheimer cubrió de nubes su memoria. Él como ser informado que siempre fue, sabía que ya no era sólo la Iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco la que existía, sino muchas más, diseminadas en distintas parroquias y diferentes barrios, en que los nuevos portadores del mensaje de Cristo, vinieron a llenar de fe y esperanza a las emergentes feligresías.

## El San Francisco viejo de hoy

Es indudable que el conglomerado humano que *El Curita* encontró, al llegar a La Punta, se multiplicó en el transcurso de los años: barrios muy pobres, de la noche a la mañana se transformaron en barrios consolidados; gigantescos desarrollos habitacionales fueron levantados en donde solo había monte y arena; industrias y nuevos comercios cubrieron los espacios que el tiempo les había reservado y con todo ello el San Francisco viejo o histórico se superpobló hasta llegar a ser la parroquia que es en la actualidad. Hoy día los centros urbanísticos Coromoto y San Francisco son colmenas gigantescas, en los que se han conjugado los sectores habitacionales con el asiento de centros comerciales, y de otras categorías que han súperpoblado estos sectores.

En el Perú, en donde, en 1945, fue levantada la fábrica de Cementos Mara, en terrenos alejados de los centros poblados, pero que posteriormente debido a una evidente carencia de planificación urbana fue construida, muy cerca de esta importante fábrica, la Urbanización San Francisco, durante los gobiernos de Raúl Leoni y el primero de Rafael Caldera. Esta anarquía urbana creó un problema de carácter ambiental debido al polvillo del cemento, que cubre los espacios de la atmósfera de esta populosa urbanización. Para ese entonces ya existía la Urbanización Coromoto, una de las más antiguas de la zona metropolitana de Maracaibo. Luego fueron construidas San Felipe, Ciudad El Sol y otros sectores urbanizados que han saturado la parroquia capital, la más antigua del Municipio San Francisco.

En el ámbito de ese progreso urbano, los centros educativos también se multiplicaron y con ellos la formación de miles y miles de estudiantes que hasta 1959 debían emigrar a Maracaibo a cursar la educación secundaria. Han emergido nuevos centros de enseñanza de educación primaria y media. Nació el Instituto Universitario San Francisco. Ha sido, sin lugar a ninguna duda, una transformación rápida y profunda, la que ha experimentado la parroquia San Francisco.

## **El nuevo cura. Un gran cultor gaitero**

El nuevo cura se ganó de inmediato el afecto y la admiración de los habitantes de San Francisco porque supo identificarse con su juventud decidida a prestarle el mayor apoyo para que este clérigo, de figura delgada, de andar intranquilo, portando espejuelos finos y pequeños; de hablar fuerte, matizado de un léxico rico y convincente; de chistes picantes, pudiese llevar adelante la inmensa tarea cristiana que sembró para la perpetuidad en el corazón de ese pueblo, hasta esa época callado y detenido en el tiempo.

Como fiel exponente del género folklórico por excelencia del Zulia, el Padre Vélchez fundó las agrupaciones gaiteras: *San Francisco, Los Zagalines, Los Zagales y Las Espiguitas*. Impulsó famosas gaitas, dos de ellas son verdaderamente hermosas: La Bandera, que resultó ser gaita del año, con letra de Adelmo Rincón Urdaneta y música de Euro Morán y *Un Siglo de Amor*.

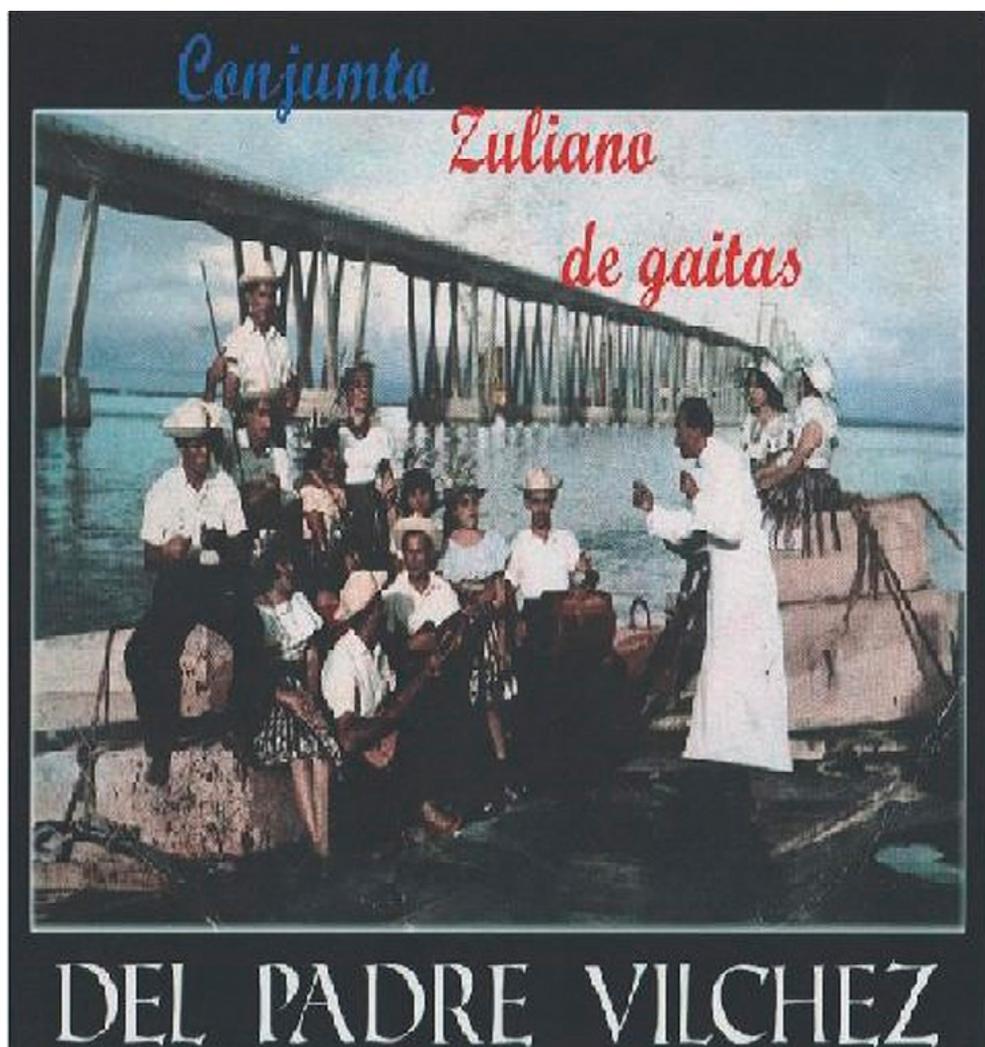
La última formada por expresivos versos y singular estribillo que con tan profunda devoción compusiera el clérigo para honrar la memoria de su madre cuando le faltaba un año para cumplir un siglo de vida: son estas dos gaitas las que con mayor fuerza ha incorporado el sacerdote gaitero al acervo musical folklórico del Zulia. Son ricas en matices; como expresiones musicales autóctonas han sido consagradas por la crítica especializada. El cura de San Francisco fue director gaitero, profundo en los textos de sus composiciones y talentoso en la organización y conducción de los conjuntos que le dieron fama.

## **El conjunto San Francisco del Padre Vélchez**

Corría la segunda mitad de la década de 1950. El Padre Vélchez se había mudado de la casa del barrio El Perú, de Eduardo Leal, a la propiedad de Alexander Bermúdez y finalmente a la casa alta, ubicada diagonalmente al local de venta de cepillados de Elio Rosales, de la familia Coronel. En esta última se reunía con los feligreses, sobre todo jóvenes que admiraban su carismática personalidad y escuchaban sus instructivos coloquios. En la madrugada del 23 de julio de 1956, día de su cumpleaños, cuenta el maestro Alberto Vélchez que su hermana Altagracia Vélchez invitó a sus amigas Eucaris Albornoz, Valentina, Bernarda, Betina y Victoria Díaz y Eneida Albornoz para que junto a ella le cantaran una serenata a su tío, que en apenas tres años se había ganado el cariño del pueblo de San Francisco.

Se sabía que la música constituía un predilecto atractivo del nuevo cura. Por ello, el Padre Vélchez se levantó emocionado y dijo desde la alcoba: “Ustedes cantan como los ángeles”, y las invitó a que integraran la Coral de su Iglesia y formaran el conjunto

gaitero que denominó *San Francisco*, cuya creación rondaba en su mente desde hacía algún tiempo. Aquello fue algo festivo y muy emotivo, afirma el docente Vílchez.



Carátula de uno de los discos del conjunto de gaitas *San Francisco del Padre Vílchez*.

Otros jóvenes de los barrios La Punta, San Benito, El Perú y El Bajo, se animaron ante la propuesta hecha por el nuevo cura de San Francisco y se sumaron a la recién fundada agrupación gaitera. Unos cantarían mientras que otros tocarían los instrumentos. Hervía en esta juventud la llama votiva de la ilusión y la ambición de destacarse en el futuro inmediato. ¿Quiénes fueron estos jóvenes? Alberto Vílchez recuerda algunos nombres: Isidro Fuenmayor, solista y cuatrista; José Luis Caste-

llano “Cuerpito”, cuatrista; Simón Guerra (ferrero); Rubia, María y Carmencita Olivares, solistas; Sémida Isambert, Susana Vilchez y el propio Alberto que actuó como solista. Se encontraba entre ellos Romer Bracho, que se distinguió por su caballerosidad y por ser un gran colaborador del Liceo Diocesano San Francisco.



**Altagracia Vilchez (La Alondra de Occidente), solista principal del conjunto *San Francisco del Padre Vilchez*. (Revista Lumbre, de 1962).**

Este fue el primer grupo gaitero, según nos informa Alberto Vilchez, que llevó el nombre de *Conjunto San Francisco del Padre Vilchez*, el original. Actuaba en las festividades de la Iglesia, en reuniones sociales, pero casi nunca salió a cantar en lugares distintos a su estado. Sin embargo los embargaba una visible euforia y el público

de San Francisco, Maracaibo y la Costa Oriental del Lago aplaudían sus hermosas gaitas, vistosos uniformes, el sonido armonioso de sus instrumentos y las afinadas voces de estos noveles gaiteros.

Los más destacados fueron Isidro Fuenmayor y Altagracia Vílchez, figuras emblemáticas de este querido y recordado conjunto de San Francisco. Muchas de sus gaitas las compuso Edecio Camarillo, el Padre Vílchez, Adelmo Rincón Urdaneta y los mismos integrantes del conjunto. Comenzaba de esta manera la brillante trayectoria gaitera de Monseñor Luis Guillermo Vílchez Soto. El propio cura de la Iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco, dirigía y motivaba con su palabra y movimientos musicales a aquella juventud ansiosa de fama.



**El gran Isidro Fuenmayor y José Luis Castellano “Cuerpito”, durante una de las tantas presentaciones del conjunto gaitero *San Francisco del Padre Vílchez*.**

Con el correr de los años el conjunto *San Francisco* fue evolucionando favorablemente. Continuaban en la agrupación Isidro Fuenmayor y Altagracia Vilchez. Isidro, con su inseparable cuatro y su cantar popular y varonil y Altagracia, con su voz clamorosa, llamada por su gracia y talento *La Alondra de Occidente*. Seguía en el furro Simón Guerra; se sumaron nuevas figuras que el tiempo se encargó de hacerlas brillar en el firmamento artístico, como Leovigildo Soto, Exia Araujo, Blanquita y Augusto Morales; Arsenio Quintero, Nerio Araujo “El Pavito”; Néstor Romero, Guillermo Parra, Emiro Morán y Euro Morán, entre otros.

Destacada actuación tuvo este conjunto, durante varios años, que compitió en gallarda lid con la agrupación *El Saladillo*, en los encuentros gaiteros que el Padre Vilchez y sus colaboradores organizaban periódicamente frente al frontispicio de la iglesia. El pueblo de San Francisco tuvo el honor de ver de cerca y de escuchar la voz recia del Monumental de la Gaita, Ricardo Aguirre en una tarima interpretando las gaitas que lo hicieron tan famoso como: *la Pica Pica*, de su autoría; *La Parrandera*, de Eurípides Romero; *La Flor de la Habana*, de Virgilio Carruyo; *Madre*, de Pedro Colina y la gaita que lo ha inmortalizado: *La Grey Zuliana*.

Conservo como una reliquia esas imágenes. Para ese entonces habíamos fundado el conjunto *Los Caciques*, que participó en los eventos organizados por la Curia de San Francisco, junto a *Los Típicos del Perú*, y clasificó en varios certámenes patrocinados por Industrias Pampero, en Ondas del Lago televisión, bajo la animación de Guillermo Barrera. Entre los integrantes de Los Caciques estuvieron Fernando Villasmil, Felipe Méndez, José de los Santos Méndez, Alirio Méndez, José de los Santos Méndez Guerra “Tamaría”; Ángel Soto “Angüito”, Nelson Bracho, Omer Sánchez, Jorge León, Euclides Albornoz, Edgar Villasmil, Nectario Navarro “Tito”, Victoria Díaz, Betina Díaz, Rosa Méndez y Bernarda Díaz.

El conjunto gaitero *San Francisco*, se hizo famoso bajo la dirección del Padre Luis Guillermo Vilchez Soto. Actuó en diversos escenarios del Zulia y del resto de Venezuela. Empresas importantes del Zulia contrataban sus servicios, entre ellas La Texaco Oil Co, Cementos Mara, Renault, y actuaba también en sitios públicos, como La Hoyada de Maracaibo. En Caracas actuó en *La Gran Revista del Jueves*. Dos gaitas bastaron para catapultar a la fama al Conjunto San Francisco del Padre Vilchez: La Mujer Maracaibera, grabada en 1962, cantada por el dúo gaitero más famoso que haya tenido el municipio: Altagracia Vilchez e Isidro Fuenmayor y cuya letra inmortalizó a Adelmo Rincón Urdaneta (Arufa). Y la otra, *Nuestra Bandera*, Gaita del Año, música de Euro Morán, interpretada por él mismo y letra del Adelmo Rincón Urdaneta.

Fue larga y fructífera la vida artística del conjunto *San Francisco del Padre Vílchez*. En los últimos años Altagracia Vílchez, *La Alondra de Occidente*, se separó de él para dedicarse a la difusión de la música popular venezolana. El timbre de su voz escapaba como un río tumultuoso de sus labios encarnados, exaltando a la canción nativa, a la gaita y al pasillo. Era de baja estatura, grande de corazón e inmensa en los amores vividos. En la radio su vocalización encendida, el temple de sus nervios de acero para cantarle al amigo o al desconocido, el trepidar de sus cuerdas vocales cual guitarra de hermosos tonos revestida, la gracia de su cuerpo altivo y su vestir multicolor colmaban la escena de alegría y de acento pueblerino.

Le cantó no sólo a la mujer maracaibera, a la Virgen Chinita, al amor y a los inmensos llanos que por las tardes suspiran como el rosal florecido. Su voz melodiosa, limpia y profunda y la correcta dicción de su lenguaje, llenaban los escenarios que la oyeron cantar y expresar sus sentimientos escondidos. Recuerdo su abundante cabello ensortijado, cayendo cual río de luz en la blancura de su piel color de armiño. Rememoro sus ojos encendidos, que se confundían con el sol radiante del mediodía. Sus movimientos eran ágiles cual las gaviotas que, en raudo vuelo, surcaban el cielo infinito.

Así era, así cantaba Altagracia Vílchez. Ya al final de la vida artística del conjunto que le dio tanta fama volvió a él para grabar, junto a su inseparable amigo, Isidro Fuenmayor, del resto de sus compañeros y bajo la conducción de su tío, el cura párroco de San Francisco, un disco de larga duración, que cerraría con broche de oro no sólo la actuación del conjunto que la impulsó a la fama, sino de ella misma. Ese disco se llamó *Reaparición de la Década*, en el que una de sus gaitas más hermosas se llamó *Mi Compañera*.

Monseñor Luis Guillermo Vílchez era un hombre de grandes decisiones; y una tarde, tal vez luego de reflexionar frente al altar de su iglesia, decide liberar a los gaiteros mayores para que sigan sus propios rumbos, para él recomenzar el suyo. Deja a su lado a los gaiteros viejos, más responsables y juiciosos, para que lo ayudasen a reclutar niños talentosos con el objeto de conformar un conjunto infantil que debía llamarse de otra manera, pero que el error de un reportero lo convirtió en *Los Zagalines*. Comenzaba de esa manera, pensada y consultada con Dios, otra etapa en la vida gaitera de este cura, nacido para renovar y renovarse constantemente.

## Los Zagalines del Padre Vílchez

Con la visión de un admirado sacerdote, más de cuatro décadas de historia avalan la tradición y el talento de *Los Zagalines*; conjunto gaitero infantil que representó con furor al Zulia, más allá de las fronteras de Venezuela, dirigidos por Monseñor Luis Guillermo Vílchez Soto. Fue en 1972, en los estudios de Fonográfica del Zulia,

por las calles de la avenida 9, de la capital zuliana, hace 41 años este 2013, cuando la voz de Xiomara Quiroz, dio el primer paso de la agrupación, al dar vida al tema *Con Dios y la Patria*, nombre igualmente del álbum con el que debutaron en la escena.

“Realizamos una producción discográfica grabada con el sello cultura, como se les llamaba a los discos independientes. Para ese entonces ya veníamos presentándonos en vivo en las fiestas parroquiales de San Francisco y en la iglesia del Santísimo Cristo, conocida como la del Padre Vílchez, cuando nos convertimos en la sensación gaitera”, recordó Santiago Soto, cuatrista y fundador del conjunto. *A Los Zagalines*, lo han integrado figuras como Daniel Méndez, Erick, Xiomara, Yumín y Enrique Quiroz, Magda y Merly Guerra, Franklin Paz, Nelly Ávila y Luis Germán Briceño, “El Catire Machete”; Valmore Albornoz, Ángel Fuenmayor, Santiago Soto y Orlando Vílchez, entre otros.



**En quietud emotiva, el Pbro. Luis Guillermo Vílchez con los ojos cerrados, escucha a Danielito Méndez, en los inicios de su carrera en los *Zagalines*. Al fondo observan Óscar García G. y Alexis Albornoz.**

*Panorama* fue el primer medio que publicó una nota del grupo. Luis Guillermo Sánchez, quien tenía la columna de farándula en ese periódico, tenía en su equipo a Orlando Bohórquez. Él se equivocó en una letra, y escribió Zagalines en lugar de Zagalinos, que era el nombre original. Al Padre Vílchez le pareció agradable fonéticamente y así quedó, agregó Soto. Desde entonces se han convertido en un referente del género autóctono zuliano, en voces como la del Catire Machete y temas como Bodas de Plata, de la autoría de Ramón Rincón, en la garganta de Daniel Méndez; El niño de la voz azul, como lo calificara Monseñor Gustavo Ocando Yamarte; Ironía con Enrique Quiroz; Quédate con Nosotros y Yo Soy el Pueblo, que se convirtieron en grandes éxitos.

“Nuestro principio siempre ha sido la iglesia católica y el amor que sentimos por nuestro gentilicio. Aplicamos el arte de enseñar y seguimos las directrices del Padre Vílchez”, explicó Orlando Vílchez, tamborero fundador del grupo y su actual director. El talento y dedicación del grupo los llevó a esparcir su calidad por latinoamérica, cuando codeados con grandes de la época como Guaco, acompañaron al boxeador zuliano Betulio González en su segunda pelea con Miguel Canto, en México, el 24 de mayo de 1975.

*Zagalines* mantuvo una gran popularidad, desde su fundación, en 1971, hasta su cambio evolutivo en 1976, cuando la mayoría de sus integrantes pasaron a formar el conjunto Los Zagales del Padre Vílchez. En la actualidad *Los Zagalines* constituyen una entidad formadora de nuevos gaiteros. Una escuela para noveles talentos, además de continuar como grupo en las temporadas. Pertenecen a la Fundación Padre Vílchez (Fundapavil). En este municipio sureño, *Los Zagalines* son recordados, entre tantas e importantes actividades, por sus presentaciones en el centro familiar Don Pancho, donde tocaban los viernes y sábados por la noche y los domingos por las tardes.

## Los Zagales del Padre Vílchez

En el año de 1976, con la finalización de las actuaciones de *Los Zagalines del Padre Vílchez* del ambiente gaitero, se funda el 24 de abril de 1977 el conjunto *Los Zagales del Padre Vílchez*, con varios integrantes de *Los Zagalines* y se le denomina así, por ser adultos. El término Zagales se refiere a los pastores que cuidan los rebaños. Los integrantes fundadores fueron la inolvidable Magda Guerra, solista; Merly Guerra, solista; Danielito Méndez, solista; Ángel Fuenmayor, bajo; Wolfgang Fuenmayor, tambora; Fernando Fuenmayor, furro; Venancio Bracho, charrasca; Alberto León, cuatro; y Ramón Gotera, cuatro.

*Los Zagales* se proyectan para esa época como una de las agrupaciones gaiteras más consolidadas e incursionaron en diversos géneros musicales (gaitas, aguinaldos, tangos, boleros, guarachas, música mexicana y llanera) siendo el segundo de los conjuntos gaiteros fundados y dirigidos por el Pbro. Luis Guillermo Vilchez en llevar nuestra identidad folklórica fuera del país, como lo ratifica la temporada 1979-1980 en la que realizaron una productiva gira por Centroamérica e Islas del Caribe.



El conjunto los *Zagales del Padre Vilchez*, temporada 1979-1980.

Como se recordará, *Los Zagalines del Padre Vilchez* habían hecho lo propio al viajar junto al conjunto Guaco a México, en la ocasión de la segunda pelea entre el boxeador zuliano Betulio González y Miguel Canto, el 24 de mayo de 1975. En la capital de ese país este conjunto formado por gaiteros, en su mayoría del municipio San Francisco, pusieron muy en alto el gentilicio nacional.

Conservamos en nuestro archivo personal dos discos larga duración de Los Zagales, cuando eran artistas exclusivos de la Corporación de Desarrollo de la Región Zuliana (Corpozulia).

El primero de la temporada 1978 contiene por su lado A, entre otras, las composiciones *Labrador*, que es una serenata gaitera, letra y música del Dr. Carlos Narváz

Malavé y *Abolengo*, una gaita, letra del Padre Vílchez y música de Ángel Fuenmayor y Daniel Méndez. Por el lado B, contiene, entre otras, *Zagaleando*, letra y música de Eurípides Romero; *Triple Campeón*, letra y música de Bernardo Bracho y Al Papa, letra del Padre Vílchez y música de Ramón Rincón.

En un álbum estéticamente elaborado con fotografías autóctonas y compuesto por dos discos de larga duración del año 1979, patrocinado por Corpozulia, titulado *Gaitas y Aguinaldos*, rico en composiciones de este conjunto. Aparecen, en el lado A, *Rapsodia Gaitera*, letra y música de Jairo Gil, cantada por Daniel Méndez; *Agonía*, un lamento gaitero, letra y música de Miguel Ordóñez, solista Merly Guerra; *Sirenas de mi Lago*, letra del Padre Vílchez y música de Miguel Ordóñez, cantada por Magda Guerra.

El lado B de ese disco número 1 recoge la gaita *Canta Cantor*, letra y música de Miguel Ordóñez, interpretada también por Magda Guerra; *Ocaso de una Casta*, letra del Padre Vílchez, música de Miguel Ordóñez y el intérprete es Alberto León; *Mavieja*, una sinfonía gaitera, letra del Padre Vílchez y música de Ángel Fuenmayor, solista Daniel Méndez; *El Barrio de los Poetas*, letra y música de Jairo Gil y cantada por Daniel Méndez y *Vetas de Oro*, letra del Padre Vílchez, música de Ángel Fuenmayor y como solista actúa Merly Guerra.

En el lado A, del segundo disco, brillan en el firmamento zuliano los aguinaldos con sabor a pascua de Navidad y con ritmos alegres como genuina expresión del alma maracucha. Es un bello manajo de aguinaldos zulianos que ofrece a toda Venezuela el conjunto *Los Zagales del Padre Vílchez* como una encomiable manifestación de enaltecimiento al niño en ese Año Internacional de 1979.

Contiene, lado A: *No Brilla una Estrella*, letra y música de Miguel Ordóñez y canta Magda Guerra; *Sonar de Campanas*, letra y música de Simón García, intérprete Daniel Méndez; *Parranda en Belén*, letra del Padre Vílchez y música de Ángel Fuenmayor, canta Merly Guerra; *Ofrenda*, letra del Padre Vílchez y música de Ángel Fuenmayor, intérprete Alberto León y *Potpurri* de Aguinaldos, letra de varios compositores y como solistas actúa Daniel Méndez junto a Magda y Merly Guerra.

El lado B se nutre de las siguientes composiciones: *Nació para Nosotros*, letra del Padre Vílchez, música de Ángel Fuenmayor y solista Alberto León; *El Pesebre de Canchancha*, letra y música de Miguel Ordóñez, solista Merly Guerra; Llanto en el Continente, se trata de una pieza especial negroide, letra del Padre Vílchez, música de Ordóñez, Fuenmayor y Vílchez, solistas: Daniel, Alberto, Magda y Merly; *Recuerdos Pascueros*, letra del Padre Vílchez, música de Miguel Ordóñez, solista

Magda Guerra y *Corramos Muchachos*, letra del Padre Vilchez, música con derechos en depósito e intérprete Magda Guerra. Es importante señalar que tanto en el disco de 1978 como en los dos que conforman el álbum de 1979 actuó como técnico de grabación, Luis Benítez.

Es indudable que *Los Zagales del Padre Vilchez* hicieron historia dentro del interesante mundo de la gaita zuliana. Muchas de sus composiciones, como lo hemos evidenciado, se ganaron la admiración de mucha gente.

Pero hay un hecho singular que los distingue en el empleo de la instrumentación del folklore regional. El Padre Vilchez y Jairo Gil, junto a ese grupo de jóvenes gaiteros, se atrevieron a interpretar una gaita con orquesta.

Treinta y tres años después esta idea novedosa para ese entonces, se ha convertido en una evidente realidad. La gaita se llama *La Reina del Folklore*, del autor Jairo Gil. Se señalaba en ese entonces en el disco larga duración de 1980, que “no se trata de un mero capricho de una agrupación gaitera que quiere iniciarse por senderos distintos de su ruta tradicionalista; sino un imperativo, un honor que debe hacerse a un compositor que anida en su alma de poeta un ansia permanente de llevar nuestra gaita a un Festival Regional con miras a la conquista de un lugar prominente para nuestro folklore gaitero”.

Al correr algunos años, dentro de la fila de *Los Zagales* incursionaron brillantemente Leandro Lenin (+), Eroy Chacín, Luis Germán Briceño, Enrique Quiroz, Jaime Indriago, Freddy Guanipa, Eddy Méndez, Elvis Cano, Elvis Prieto, Reny Guerra, Mirla Guerra, Alirio Vicuña, Chuchí Bermúdez, Douglas Ochoa y José “Cheo” Fernández, entre otros. En el año 1988, *Los Zagales del Padre Vilchez*, salen del ambiente gaitero para darle paso a una nueva generación, y así se funda la agrupación infantil *Las Espiguitas del Padre Vilchez*, en 1988.

*Los Zagales* tienen un receso de 16 años fuera de la gaita y reaparecen en el año 2004, con el apoyo del Padre Vilchez y de la mano de su sobrina Priscarlina Vilchez y de Germán Delgado, repitiendo la hazaña de 1979 al ganar ese año el “Virgilio Carruyo” con la gaita *Canción de Bronce*, tal como lo hicieron con *Rapsodia Gaitera*, en la voz de Daniel Méndez, en el citado año de 1979.

## Las Espiguitas del Padre Vilchez

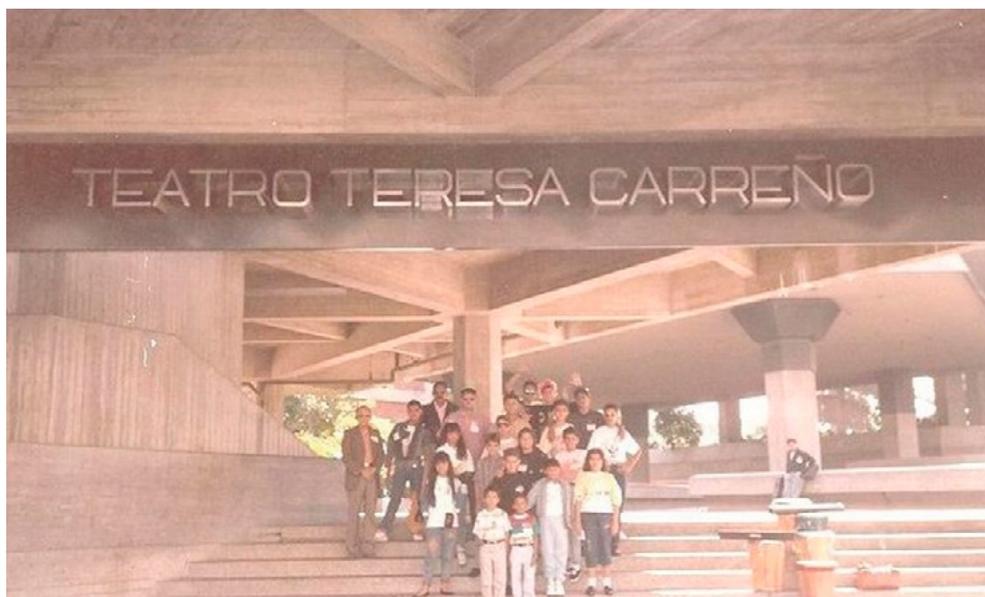
Llegó a nuestras manos, no hace tanto, su primer disco larga duración. El de 1988. Esa fecha histórica marcó su inicio. Había desaparecido por razones de edad *Los Zagales del Padre Vilchez* y nacía otro conjunto que habría de darle glorias a

San Francisco, al Zulia y a nuestro apreciado mentor el Pbro. Luis Guillermo Vílchez Soto. Fueron *Las Espiguitas Gaiteras del Padre Vílchez* que al siguiente año se presentaron con su nombre definitivo: *Las Espiguitas del Padre Vílchez*. Los integrantes fundadores fueron Timmy Santana (cuatro), Eduardo Cabrera (cuatro), Nelson Almarza (tambora), José Urdaneta (tambora), Arturo Vílchez (tambora), Alexander Gómez (furro), Marcos Ramírez (furro), Adolfo Montero (furro), Neyli Soto (charrasca), Alvaro Urdaneta (charrasca), María Quintero (maracas). Solistas: Dennys González, Nerio Martínez, Dervis Montiel, Orángel Hernández, Mónica Soto y Heydi Soto, y como coristas: Rosángela Hernández, Nayvel García y Rita González. El primer equipo dirigente estuvo conformado, además del Pbro. Vílchez, por Chaviro Fuenmayor, asesor de armonía; Alfredo Chacín, asesor de percusión; Niovanis Bravo, asesor de voces; Mario Hernández, asesor de ensayo y Mariana Quintero, responsable del diseño gráfico de esa primera edición discográfica. El Director musical fue Timmy Santana; representante Dervis Montiel (padre); técnico de grabación Richard Goitía. El disco fue grabado en Niños Cantores Estudio y el fotógrafo fue Hernán Bermúdez.



La agrupación gaitera *Las Espiguitas del Padre Vílchez* acompañada de su líder, el Padre Luis Guillermo Vílchez Soto.

Hace 25 años se definían los objetivos de esta agrupación gaitera infantil, que se mantuvo hasta 1998, fecha de su desaparición por motivos relacionados con el crecimiento biológico y espiritual de sus integrantes. “Este grupo gaitero de niños, nacido en el año de 1988 como un incentivo para despertar en el alma de los niños zulianos una marcada inclinación por el conocimiento, amor, práctica y difusión de la gaita zuliana. No nace para establecer competencia con grupos o que ya lo fueron o que vendrán. El Zulia necesita gaiteros natos que remienden las hendeduras que le han hecho a la histórica originalidad de su gaita. LAS ESPIGUITAS conllevan esa finalidad. Y termina algo así como una sentencia que el tiempo se encargó de abonarla: DE NIÑOS PARA NIÑOS.”

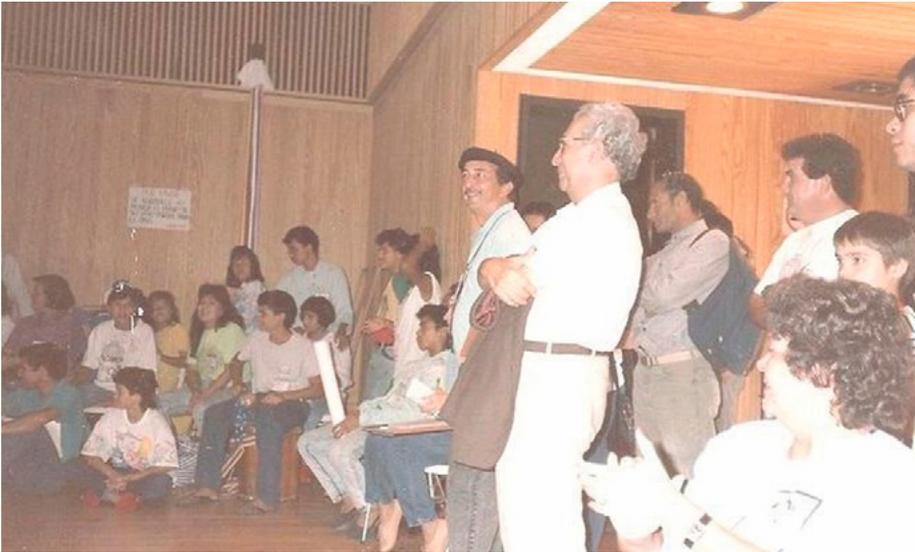


Frente al teatro Teresa Carreño, el orgullo musical gaitero del Municipio San Francisco:  
*Las Espiguitas del Padre Vélchez.*

Sus doce primeras composiciones fueron éstas, con la especificación de sus autores y solistas: *Corona Empañada*, letra y música de Niovanis Bravo, solista Dennys González; *Bajada de la Chiquinquirá*, letra del Padre Vélchez, música de Isidro Fuenmayor y solista Mónica Soto; *Parranda Antañona*, letra y música de Timmy Santana, solista Nerio Martínez; *Tiempos de Volantín*, letra y música de Jaime Indriago y solista Dennys González; *Homenaje de los Zagalines*, letra del Padre Vélchez, música de Timmy Santana y como solista actúa Dervis Montiel; *Nobleza de un Niño*, letra y música de Niovanis Bravo y solista Dervis Montiel. Las otras seis

son: *No le Deforméis su Canto*, letra y música de Jack Pérez, solista Dervis Montiel; *El Rancho de ma'buela*, letra y música de Jaime Indriago, solista Heydi Soto; *Chiquinquirá, Gaita y Socio*, letra y música de Jack Pérez, solista Dannys González; *Nuestra Enseñanza*, letra y música de Mario Hernández, solistas Mónica Soto y Orángel Hernández; *Patria y Libertad*, letra y música de Euro Morillo, como solista Nerio Martínez, y *Agradecimiento*, letra del Padre Vilchez, música de Niovanis Bravo y los solistas fueron Dennys González y Dervis Montiel.

Bianca Báez entra como solista de las *Espiguitas del Padre Vilchez*, en la temporada gaitera siguiente (1989). Su paso por este conjunto infantil (se le ve en sus grandes ojos y bellas pupilas), la llena de muchas satisfacciones; uno lo nota cuando la escucha hablar de esos años en que tan común le fueron los más cotizados escenarios de San Francisco, Maracaibo y todo el país. Estuvo en el conjunto buena parte de su niñez, entre 1989 y 1998. Fue testigo de excepción de esa hermosa historia de *Las Espiguitas del Padre Vilchez*, que la llena de tanto orgullo. En ese año se desempeñaba como director musical Ángel Fuenmayor, el popular Pancho, que ha tenido una larga y exitosa carrera artística en todos los conjuntos gaiteros fundados por el cura párroco del Santísimo Cristo de San Francisco. Magda Guerra fue su primera esposa, una de las solistas más populares y queridas que pasaron a fortalecer ese tejido de luminarias que fueron *Los Zagales del Padre Vilchez*, y cuya muerte prematura fue muy sentida por el pueblo de San Francisco.



Rafael Briceño, excelente actor venezolano y Miguel Delgado Estévez, organizador del evento, cuando observaban la actuación del conjunto gaitero *Las Espiguitas* en la Sala Ríos Reina, del teatro Teresa Carreño.

¿El más grato recuerdo de Bianca Báez? Cuando actuó con *Las Espiguitas del Padre Vilchez*, en la Sala Ríos Reina, del famoso teatro Teresa Carreño, en Caracas, año de 1990. Era la primera vez en la historia que una agrupación gaitera del Zulia actuaba en ese prestigioso escenario. El “opening” lo escenificaron dos grandes de la música y del teatro venezolano: Simón Díaz y Rafael Briceño. Nos cuenta Bianca que el Tío Simón mostró una atracción muy especial por Monseñor Luis Guillermo Vilchez. Y le expresó, con esa forma tan suya de tratar a sus congéneres: ¡Me asombra que un cura dirija un conjunto de gaitas! ¡Y lo haga tan bien con los niños! por lo que el *Socio* le respondió: “me alegra escuchar esas palabras de una gloria de la Venezuela grande y generosa”. Un efusivo abrazo, que el público frenético aplaudió, selló aquel momento.



Bianca Báez, detalla su trayectoria con las *Espiguitas del Padre Vilchez* (Foto de Nelson Fuenmayor).

“Estaba plena la Sala Ríos Reina. Estuvieron presentes el Ex Presidente Carlos Andrés Pérez, su Gabinete ejecutivo y demás altas autoridades, de la Venezuela de la época”. Pero Bianca refiere, además, que *Las espiguitas del Padre Vilchez*, tenían en la capital de la República como representante a Nelson Chacín, un hombre dinámico; lamentablemente fallecido y quien les organizó un reconocimiento público en la Plaza del Gaitero, que destaca en el centro un monumento alusivo a la memoria del gaitero Mayor, Ricardo Aguirre González. Para Bianca Báez, en su vida gaitera obtuvo mucha experiencia. Recordamos de ella que *Fundagaita* organiza un festival para elegir la solista del año 1992. Participaron las más distinguidas intérpretes de la gaita zuliana, entre ellas Nancy de Fernández y Gladys Vera. Bianca Báez estaba

a la zaga. El Padre Vílchez le había escrito a su pupila la gaita *Anhelo*, con música del recordado amigo Ángel César Villasmil. Fue interesante aquel evento en que la voz femenina se elevaba al reino de las galaxias. Todas iban dejando un pedazo de su corazón en cada actuación. Se pensaba que la experiencia y la fama de las solistas de mayor renombre se impusieran al final de la jornada; pero, para gloria de la gaita del municipio San Francisco, fue Bianca Báez la ganadora con su gaita *Anhelo*. La representante de *Las Espiguitas del Padre Vílchez* le puso el alma a su gaita y allí estuvo el inesperado resultado.

Nuestra entrevistada recuerda que en 1993, con motivo de ser nombrado Arzobispo de Maracaibo Monseñor Ovidio Pérez Morales, el Padre Vílchez le escribió una gaita titulada *Bienvenido Monseñor*; y quiso que Bianca la cantara, y así fue. Fueron 11 años de vida artística de este afamado conjunto de gaita infantil por el que pasaron más de cien integrantes; porque cada año la mayoría de sus gaiteros eran renovados.

¿A quiénes recuerda? “A varios. Raúl Fernández, mi primo y buen solista, que después actuó con el conjunto gaitero del Banco Occidental de Descuento y actualmente está con *El Tren Gaitero*; José Ferrer, actual integrante del *Gran Coquivacoa* de Neguito Borjas; Jorge Polanco, destacado cuatrista que actúa al lado de Oscar D’León y a tantos otros”. Hoy Bianca Báez está dedicada al magisterio, en el que con su matizada voz complementa sus ratos de ocio y de ambiciosas esperanzas.

Uno de los años más fructíferos de *Las Espiguitas del Padre Vílchez* fue el de 1991. El año siguiente sería, como ya lo hemos anotado, el de su consagración. Entre las composiciones musicales de este año, destacan: *Canto a la Chinita*, letra y música de José Fernández; *El Guararé*, letra y música de W. Romero y L. Zuleta; solista Bianca Báez; *Maracaibo Colonial*, letra y música de N. Medero, solista Luis Guillermo León; *Qué le Cuento a Bolívar*, letra y música de A. Pachano, solista Bianca Báez; *El Cocotero*, letra y música de Jaime Indriago, solista Luis Guillermo León y *Gocemos La Tradición*, letra y música de E. Romero, solista Kelvin Bucobo. Los instrumentos fueron manejados por: Ramir Salazar (cuatro), Josué Ojeda (piano), Ángel Fuenmayor Blanco (teclado), Ángel Andrés Fuenmayor (bajo); Arturo Vílchez, Leonel Gil y Ender Méndez (tamboras); Marcos Ramírez y Luigi Sulbarán (furros); Neylí Soto y Álvaro Urdaneta (charrascas); Dennys González (corista); niños atracción: Marco Antonio Gudiño (tamborero, 7 años) y Luis Guillermo Bracho (charrasquero, 8 años); Ángel Fuenmayor Blanco (director musical y arreglista); Enrique Quiroz (diseño de carátula). Disco grabado en Fonográfica del Zulia.

## **El deporte, su pasión**

El Padre Vélchez al llegar a San Francisco se hospedó en una humilde casa de una sola planta, propiedad de Eduardo Leal en el barrio El Perú. De allí iba a la iglesia y venía de ella en una bicicleta Raleigh, muy de moda en esa época.

Esto nos lo cuenta Leonerío Prieto, ex jugador de béisbol amateur y amigo de muchos años. Tal hecho causó asombro en el pueblo porque era la primera vez que veían a un sacerdote desplazarse en esa forma; lo que ignoraban era que se trataba de una persona muy especial, un deportista cabal, extrovertido y sin complejo alguno.

“Es bueno aclarar que antes que el Padre Vélchez viniese a San Francisco aquí ya se jugaba béisbol, lo que podría llamarse béisbol sabanero, sin la organización que luego alcanzó”.

Se hacían torneos en varios sitios. Primero en un terreno de El Bebedero, propiedad de Fermín Corzo; en el estadio La Silva, de Wilmer Soto. Y en el Campesino, situado en el Bajo. También se jugaba béisbol en otros estadios rústicos, como el del Cienegüito y el de los montes de Rivera, propiedad de Romer Ángel Rivera. Este espacioso parque que constituyó un gran pulmón vegetal fue lamentablemente arrasado por el hombre para darle paso al Barrio Mavieja.

Cinco equipos de la categoría B: Santa Teresa, Deportivo El Perú, El Campesino, Estrella Roja, Rancho Alegre y Doble Punto, entre otros, integrados por jóvenes apasionados por un deporte que comenzaba a echar raíces en el Municipio San Francisco, dirimían supremacía en esas sabanas de sol y de tierra árida.

Ese fue el germen de la historia deportiva brillante que luego se vivió. Ese fue el tiempo de Omar “Chueco” Cano, que tantas historias guardó en la memoria.

Él fue el cronista del béisbol, en cuyas fuentes se alimentó Leonerío Prieto, para reactualizar este pasado tan hermoso. Los estadios mencionados, sobre todo el Campesino y el de La Silva, que tenían amplias tribunas, fueron testigos de brillantes y coloridos certámenes con la presencia de gran cantidad de aficionados.

Bellas muchachas salían de muchos hogares humildes convertidas en madrinas a engalanar, con su escultural presencia, los equipos de sus respectivos sectores. Eran los tiempos en los que el béisbol drenó el entusiasmo de los hijos de este municipio, que apuraban las horas para ver jugar a sus equipos favoritos.

Fue así como se creó una rivalidad muy grande, por ejemplo, entre El Doble Punto, de La Punta y El Santa Teresa, del Perú.

En el Padre Vélchez hervía, con fuerza indomable, la sangre beisbolera. En cuanto llegó a San Francisco, reunió, en la casa del Perú, a un grupo de muchachos, entre

quienes se hallaba nuestro informante, Leonerio Pieta, que contaba apenas con 13 años de edad; además de Benito Valbuena, Gumersindo Prieto, Rafael Chourio, Cirilo Vílchez y Olegario Vílchez, que sumados a otros que fueron reclutados, en cuestión de días formaron un equipo juvenil llamado *Círculo Rojo*, remedo del equipo de béisbol que tantas hazañas logró bajo la dirección del Padre Vílchez en Isla de Toas. Lo dotó de uniformes y de los implementos necesarios.

Luego vinieron los entrenamientos y los triunfos de este equipo frente a otros de su categoría. Pero fue efímera esta primera etapa del béisbol que el Socio trató de concretar en San Francisco.

Buscaba ampliar su horizonte, al que jamás dejó de observar con ojos escrutadores, procurando superar un peldaño en cada suspiro de su agitada y provechosa existencia.



El Padre Vílchez fue un gran lanzador de béisbol y de softbol; obsérvese su soltura y agilidad.

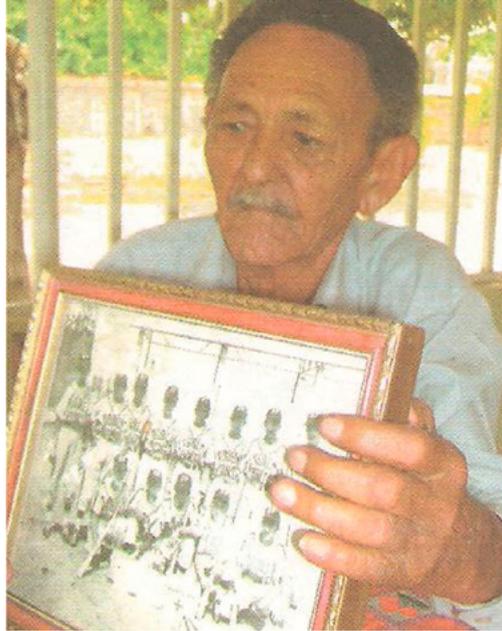
La ambición del Padre Vilchez por lograr metas superiores en el terreno que fuese no tuvo límites. Si había seis equipos o más de la categoría B, en San Francisco, uno debía ser dirigido por él. Y puso la mira en el Doble Punto. Según Luis Soto, jugador del mismo y a quien nadie distingue por ese nombre de pila, sino por el de *Chubasquito*, la denominación de Doble Punto se debe a que el propietario de una fábrica de confeccionar ropa, conocida con esa rúbrica, ubicada en Las Veritas y cuyo propietario fue Lubí Herrera, les había regalado la tela para elaborar los uniformes. El nombre de Doble Punto jamás fue cambiado.



El aguerrido conjunto de béisbol, Doble Punto, clase B; en cuclillas, el tercero, de izquierda a derecha, es Luis “Chubasquito” Soto.

Cuenta *Chubasquito* que los integrantes del equipo, en su mayoría muchachos sin trabajo, se multaban para comprar las pelotas, los guantes; cada pelota costaba diez bolívares, además de los bates. “Hacíamos un verdadero sacrificio con el fin de jugar. Hasta que una tarde se nos acercó el Padre Vilchez y nos ofreció todo lo que necesitaríamos. Sólo nos exigió, nada más ni nada menos, que disciplina, trabajo, entusiasmo y mucha fe tanto en el campo de juego, como fuera de él. Como es lógico aceptamos la oferta de aquel sacerdote, de sotana blanca y con un crucifijo muy grande en el corazón, que no le daba una palomita a nadie, porque hablaba hasta por los codos y nos convenció; nosotros sólo decíamos sí, sí, sí. El Padre Vilchez importó de los Estados Unidos uniformes de pana, medias, camisas y todos los implementos de un completo equipo de béisbol. Nos convertimos en un trabuco porque los jugadores se animaron.

De la noche a la mañana nos hicimos los campeones de San Francisco”, habla emocionado *Chubasquito*. “Nuestro gran rival fue el equipo Santa Teresa, del Perú, en el que jugaba una de las figuras más reconocidas del béisbol local, Régulo Parra, que no aceptó jugar con nosotros porque él era el jugador insignia del equipo contrario”.



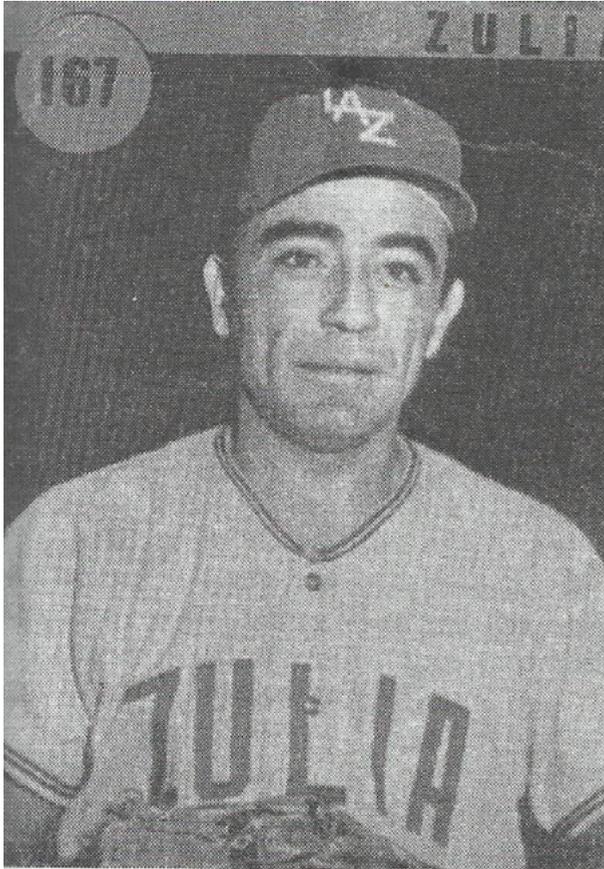
Luis Soto, alias *Chubasquito*.

El Padre Vílchez, —afirma *Chubasquito*, se interesó por nosotros, por nuestras familias. “Fue algo así como un padre, muy exigente, pero al pasar los años nos hemos percatado que de no haber sido así, el Doble Punto no hubiese sido el equipo que fue: presentable, disciplinado, aguerrido y ganador. Muchas veces les conseguía trabajo a los mejores jugadores. En la fábrica de Cementos Mara trabajaron varios. Era muy emprendedor, diligente; se reunía con nosotros, nos aconsejaba y hasta nos regañaba”.

Le preguntamos si recuerda alguna anécdota del *Curita* y responde - no sé si se podrá escribir esto porque se trata de un cura de la iglesia, pero.... pero qué, -insisto- “Una vez el pitcher de nosotros, me voy a reservar el nombre, iba perdiendo el juego; el Padre Vílchez decidió cambiarlo, y cuando se acercaba el mánager a cumplir la orden del Padre, dijo algunas palabras obscenas en el box y además ofendió al Padre Vílchez.....el socio le contestó, no recuerdo lo que le dijo, pero lo que pasó después alarmó a todo el mundo, porque el pitcher salidor le dijo al Padre Vílchez que no lo golpeaba porque era un cura, y él respetaba la sotana”.

¿Qué pasó después? “Que el padre Vilchez, ni corto ni perezoso, se quitó la sotana....la gente que estaba allí evitó males mayores. Así actuaba el Padre con mucha decisión; el jugador nuestro fue expulsado de la Liga. Cuando llegamos a la casa del Socio, lamentó lo ocurrido y hasta lloró...”

Refiere Luis Soto que el Doble Punto tuvo una vida larga y exitosa. “De la categoría B, -en la que yo jugué-, se pasó a la categoría A y después a AA. El Padre Vilchez fue un gran dirigente; incorporaba a los mejores jugadores. Otro equipo que organizó y dirigió con gran decisión y arrojo fue “El Frente Juvenil A”, en 1960, en el que destacaron muchos jóvenes, especialmente Nelson Castellano (Caneca) que jugó por varios años en los equipos de ligas menores, de Los Mellizos de Minessota, y Gumercindo Prieto. Este equipo se enfrentó a El Hielo El Toro, Lotería del Zulia y otros.”



**Nelson Castellano “Caneca”, el primer jugador de San Francisco, que participó en las Ligas Menores con los Mellizos de Minessota. Jugó con el equipo “El Frente Juvenil de San Francisco”, junto a Gumersindo Prieto y otras promesas de esos tiempos.**

El Doble Punto AA, dirigido por el inmortal José Carrao Bracho, obtuvo el subcampeonato nacional de béisbol aficionado. Sin caer en exageraciones, puede decirse que aunque Luis *Chubasquito* Soto, jugó solamente con el Doble Punto, categoría B, su vida estuvo ligada a esa divisa en las tres categorías; porque jamás faltaba a un juego, era un apostador empedernido y anotaba todo lo interesante que veía, por eso algunos lo llaman el *Cronista del Doble Punto*.



El Padre Vílchez, rodeado por los jugadores del equipo de béisbol Doble Punto AA. En la esquina izquierda se observa la presencia de José “Carrao” Bracho, el mánager y gloria del béisbol venezolano (colección de José Luis Castellano).

Le pedimos a *Chubasquito* que nos dé los nombres de los jugadores de ese equipo de béisbol, en sus tres categorías, y él, muy amablemente lo hace. Sus ochenta y tantos años de vida no le han restado ni un ápice del empuje, de la fuerza espiritual de su juventud, cuando jugaba con similar entusiasmo, propio de su agradable personalidad, en el equipo Doble Punto B. Dice sentirse bien, a pesar de la extrema delgadez de su cuerpo, que no muestra ni un signo de dolor, ni de fatiga, ni de cansancio. Ni el cabello le ha encanecido. Da gusto conversar con un ser humano así, construido de amor y de vida, de fuerza, de alma y de espíritu.

El equipo Doble Punto B estuvo integrado por Leví Soto, Vicencio Villasmil, Gonzalo González, Jesús “Bagre” Urdaneta, Omar Socorro, Omar Rojas, Oswaldo Hernández, Marcos Carbonell, Gonzalo González (mánager); Humberto Soto, Luis “Chueco” Cano; Luis “Chubasquito” Soto; Adalberto Valbuena, Gilberto Valbuena y Luis “Chabeto” Urdaneta.

El Doble Punto “A” lo conformaron Audio Prieto, Oswaldo Hernández, Omar Rojas, Humberto Soto, Ángel Enrique Soto (Rico); Luis “Chabeto” Urdaneta, Jorge Párraga, Roberto Zambrano (padre), “Chaboche”, Hernán Gotera, Valmore Guerra y el “Toco” León. El mánager fue Adolfo González.

Así como Luis *Chubasquito* Soto nos contó una anécdota del Padre Vélchez cuando dirigía al Doble Punto clase B, el Cronista de San Francisco, Jesús *Chucho* Cano, nos cuenta otra en la ocasión en que el Doble Punto categoría A se enfrentó, en el estadio Alejandro Borges, al peligroso Bimba Kilovatio.

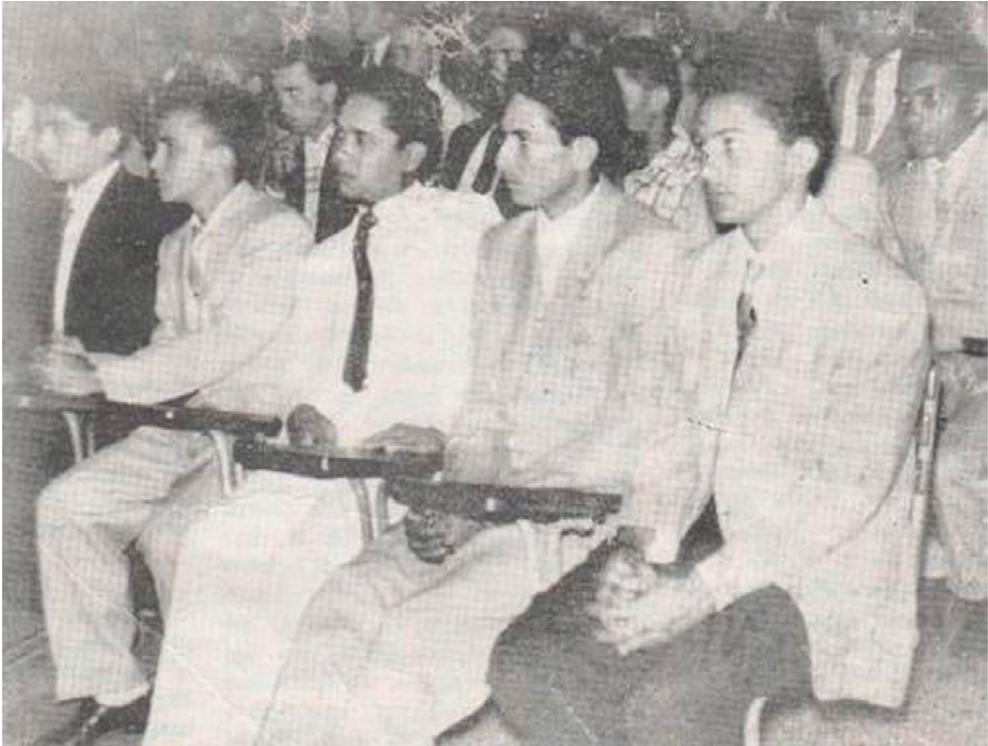
-¿Qué fue lo que pasó *Chucho*? el Cronista, que es hombre serio, se ríe con picardía y nos dice: “iban por el tercer inning, actuaba como mánager del Doble Punto, una de las glorias del béisbol venezolano Adolfo González. Ganaba el equipo de San Francisco 5 a 0. Y el Padre Vélchez le pide a Adolfo que le dé la bola para lanzar él. Se niega el mánager. Sigue el juego, estamos en el cuarto inning y el score sigue igual. El Socio le pide la bola otra vez a Adolfo y éste se niega, pero ahora le explica al Padre Vélchez, que por cierto era un gran lanzador: Padre quédese tranquilo, qué ocurre, cómo voy a sacar a nuestro mejor pitcher, si va lanzando un juego sin carreras con solo dos hits y no hemos llegado al quinto inning.”

¿Qué ocurrió después, amigo?- el Padre Vélchez no insistió más, pero al concluir el juego ganado por el Doble Punto, Adolfo intrigado pregunta, Padre, ¿por qué quería lanzarle al Bimba Kilovatio?. Amigo, no quise decírtelo, en el dogout, pero la Compañía de Electricidad, dueña de ese equipo, tiene sin luz a Iglesia y a la Casa Parroquial y yo quería ganarles ese juego.....

El Doble Punto AA, equipo subcampeón de Venezuela estuvo conformado por José “Carrao” Bracho (mánager), Audio Prieto, Ángel Enrique Soto (Rico), Guillermo Romero Nava, Nolberto Valbuena (Kareto); Néstor Soto (Bolilla), Rafael Emilio Prieto, Jorge Párraga, Iván Fernández, José Nava (Caimito). Vale la pena destacar que en ese campeonato, en el que el Doble Punto obtuvo el subcampeonato nacional, el campeón bate fue el zuliano Darío Arias. Según *Chubasquito* los tres mejores peloteros que tuvo el Doble Punto AA, fueron Audio Prieto (jugaba todas las posiciones, especialmente pitcher); Omar Rojas (receptor) y Adalberto Valbuena (jugaba en los jardines).

## El ejercicio del periodismo no le fue ajeno

El Padre Vílchez fundó, ayudado por el Frente Juvenil, el tabloide *Lumbre* y el programa radial *Juventud en Marcha*, e igualmente, en 1960 fundó y presidió el Frente Juvenil de San Francisco, organización civil, sin fines de lucro que tantas obras importantes impulsó en el Municipio. Su tren ejecutivo estuvo conformado por el Pbro. Luis Guillermo Vílchez, quien lo presidió; Julio Fernández, primer Vicepresidente; Jesús Castro, segundo Vicepresidente; Francisco Carruyo, Tesorero; Luis Ramón Cano, Primer Secretario; Leonardo Parra, Segundo Secretario; Norge Gotera, Administrador y, como Presidente Honorario el Obispo de Maracaibo Monseñor Dr. José Rafael Pulido Méndez; como asesores aparecen Amasilis Gotera, Edecio Camarillo, Jacobo Montero y Jesús Gotera. Estuvo formado por una juventud pujante integrada por estudiantes, obreros, empresarios, artesanos y cultores del arte en sus distintas manifestaciones.



Miembros del Frente Juvenil de San Francisco, durante un acto cultural que se escenificó en el teatrino del Liceo Diocesano San Francisco.

Esta fuerza arrolladora de lucha y sentido social, trabajó, de manera encomiable, por alcanzar un mejor nivel de vida para los habitantes de esta población. Frutos

del Frente Juvenil fueron la creación del Liceo Arquidiocesano San Francisco, la carretera La Punta- El Bajo, la fundación del grupo teatral Sombras y los primeros medios de comunicación social de esta población: el programa radial *Juventud en Marcha* que se transmitía por la antigua Voz de La Fe, y los primeras publicaciones vecinales del Zulia, *Lumbre* y *El Municipal*



Anita Camarillo, la niña locutora del programa *Juventud en Marcha*, que se transmitía por la vieja emisora La Voz de la Fe, creado por el Frente Juvenil de San Francisco. (Revista *Lumbre* de 1962).

Jóvenes incorporados de lleno a un servicio social infatigable, se veían presurosos por las calles de arena y sol del Municipio San Francisco, buscando noticias, denuncias de los vecinos para difundirlas, con sus respectivas gráficas en los tabloides *Lumbre* y *El Municipal*, editados en los viejos talleres del diario católico *La Columna*, de Mara-

caibo. ¡Qué maravillosos fueron esos años que sin ser periodistas hicimos buen periodismo! La falta de preparación en las Ciencias de la Comunicación la suplíamos con la profunda aspiración de hacer las cosas bien; al lado de un cura incansable, de quijotescos arranques y desmedido coraje. Nada ni nadie podía contener aquella fuerza humana, formada por cientos de muchachos y un sacerdote, que logró publicar, por más de dos años, dos ediciones al mes de este periódico y una revista full color cada año.

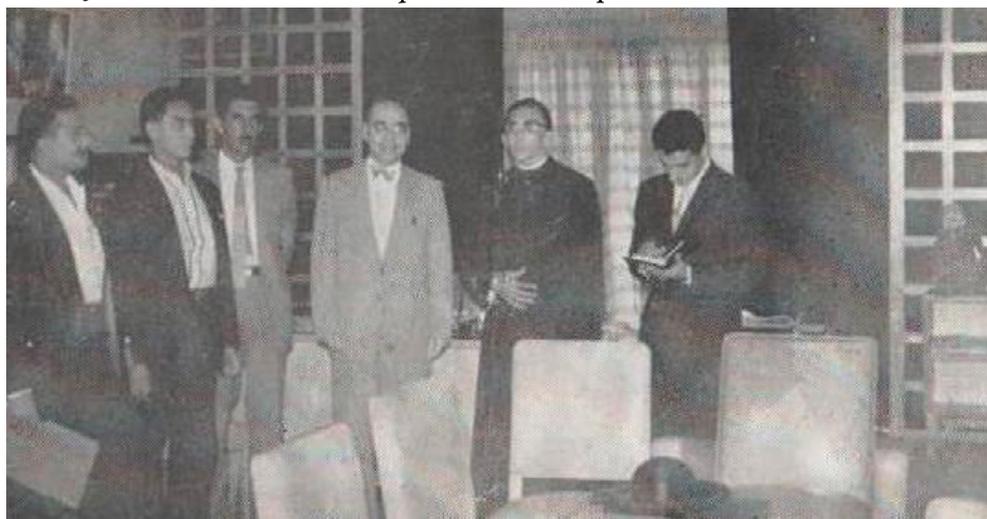


Portada de la revista *Lumbre*, publicación de circulación anual, primer medio de comunicación social impreso del municipio San Francisco.

El Padre Vilchez escribió dos notas en este periódico, fundado por él y dirigido por Julio Fernández, ambas referidas a la tardanza del gobierno nacional en construir la carretera San Francisco – El Bajo. La primera es un reclamo por la obra y la segunda

un agradecimiento por haberla construido. Veamos la primera: “.....ni el recuerdo constante de esta necesidad, ni la misma necesidad en sí urgente, ni mucho menos la obligación que tienen los gobernantes de procurar la prosperidad de sus súbditos, fueron motivos suficientes para hacer ceder esta terquedad injusta de ejecutar el decreto consabido y darle a San Francisco lo que tanto le hace falta: la carretera hasta El Bajo”.

La segunda dice: “Hoy ha resonado de nuevo en la cumbre del montón de esperanzas venezolanas, el clarín pregonero de una definitiva realidad; ya era hora de soltar las esposas del sufrido esclavo y darle libertad al prisionero lacerado y ha sido precisamente el Frente Juvenil de San Francisco el que ha recibido la primicia de esta hermosa realidad”.



**El Padre Vilchez encabeza una delegación del Frente Juvenil de San Francisco, que se entrevistó con el ministro de Sanidad para la época, Arnoldo José Gabaldón, en solicitud de un Hospital para San Francisco y mejoras médico-sanitarias para nuestro Municipio.**

## **La obra educativa sin precedentes**

Pero la fundación del primer Instituto de Educación Media del Municipio San Francisco en 1959 el “Liceo Diocesano San Francisco”, constituye una de las obras de mayor proyección colectiva del Padre Luis Guillermo Víchez. Su creación constituyó una bendición para un pueblo rural que emergía de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, en el que abundaban las necesidades, pero igualmente inmensas expectativas de progreso. El Liceo del Padre Vilchez, como se le conoce, incentivó el apareamiento de otras instituciones de educación media que iluminan con su lumbre a la ciudad que es hoy este municipio. El tiempo andado ha sido corto pero lleno de éxitos y de abundantes esperanzas en el horizonte

Al empuje del Padre Vílchez y a la tesonera tarea del Frente Juvenil de San Francisco se debe, en mucho, la construcción de la obra maravillosa del Liceo que ostenta el mismo nombre del suelo fértil en el que fue sembrado; pero es obligante, por moral y por mérito, hablar de la circunstancia especial en la idea de su aparecimiento. Veamos.

En el año de 1959 llegó a San Francisco un hombre apremiado por una angustiante ilusión. Procedía de la República de Colombia. Se trataba de un batallador incansable e insistente. Portaba debajo de su hombro un proyecto que de tanto hojearlo se volvió amarillento. Allí estaban los planos; los objetivos y las líneas centrales de la creación de un liceo. Era Carlos Peñuela, eficiente profesor de Matemática. De contextura fuerte, elegantemente vestido: camisa siempre blanca y traje oscuro; trigüeño, de ojos saltones, gestos inocultables. Se notaba, sólo al verlo, que estábamos frente a un ser humano inconforme, acosado por la ansiedad, que luchaba por concretar una idea, una esperanza.



**Fachada del Liceo San Francisco, fundado en 1959, que contribuyó enormemente a la formación de los primeros bachilleres y maestras de esta población.**

Se trataba de un ser solitario que buscaba con apremio un árbol frondoso bajo cuya sombra cobijarse. No conocía a nadie en el Zulia. Deambulando se encontró en el caserío El Perú a las hermanas Lugo y con ellas entabló una sincera amistad. Sobre todo con Rita, maestra inolvidable, que además de enseñar en el salón de clases escribía reportajes en el diario Panorama, a través de los cuales denunciaba las carencias de estos caseríos y resaltaba el talante de su gente. El profesor Peñuela, a pesar de la ayuda moral que le prestaron las hermanas Lugo, no encontró la manera de viabilizar su proyecto.

El líder indiscutible para esa época era el Pbro. Luis Guillermo Vélchez, desde 1953, año en que llegó a esta tierra. Peñuela halló en el cura de San Francisco no sólo apoyo moral, sino la seguridad de que el proyecto se convirtiera en una palpable realidad y así fue. El Párroco del Santísimo Cristo de San Francisco, aprovechando su investidura, carisma y acceso a los organismos oficiales al igual que a los medios de comunicación social, le dio visos de realidad a la propuesta. Por supuesto el Padre Vélchez, experto planificador e impulsor de incontables obras sociales, amplió y lideró el proyecto inicial del profesor colombiano.

Los escasos pupitres que trajo el profesor Peñuela se multiplicaron. Se gestionaron y lograron los permisos requeridos por el Ministerio de Educación. Se utilizaron la propia casa del Padre Vélchez y la de su hermana Carmen Iria para el funcionamiento del Liceo y las actividades se iniciaron el primero de septiembre de 1959. Fue numerosa la inscripción pues la fundación del Liceo San Francisco vino a llenar un gran vacío en la educación media de esa época. El Padre Vélchez funge de fundador y Director y ocupa la subdirección el profesor Carlos Peñuela, además de profesor de matemática.

A posteriori se ensambló la actual estructura de metal con su terreno propio. Se había consolidado, sin duda, la gigantesca obra educativa del hombre que muriera posteriormente en un accidente de tránsito en su nativa Colombia. Desapareció físicamente un quijote, pero quedó enraizada en el Municipio San Francisco el producto de su idea.

El terreno lo donó el doctor Pablo Villafañe. En el Campo de Mara había varias casas ensambladas de lata que regaló como un tributo a la obra del Padre Vélchez y al pueblo de San Francisco la Compañía Superior Oil. Company, y cuyas oficinas estaban ubicadas en lo que es hoy PDVSA en el sector San Benito. Las casas fueron desarmadas y traídas por los futuros estudiantes y jóvenes de diversos oficios de este noble pueblo en camiones prestados por personas residenciadas en el Municipio San Francisco. Aquello fue algo extraordinario, espectacular.

Correspondía ahora echar el piso de cemento rústico y montar sobre él el ensamblaje de aquellas pesadas láminas. Nada era imposible. La motivación fue extraordinaria. Un puñado de hombres y mujeres, albañiles, soldadores y el pueblo todo de San Francisco, con el sacerdote Vélchez a la cabeza, emprendieron una labor calificada como la “operación cayapa”, en que cada uno hacía lo que sabía hacer y podía. Así pasaron largos meses donde cada noche, después de concluida la faena, sobre una hoguera se montaba un sancocho, y luego de saciar el hambre y la sed iban a sus casas para las horas del reposo necesario y recomenzar al día siguiente.

Así se construyó el Liceo San Francisco. Esa Institución que permitió que la juventud de San Francisco se hiciese bachiller o maestro y, además ya no tendrían que desplazarse hasta los liceos Rafael María Baralt o Udón Pérez a cursar sus estudios de educación media, imprescindibles para cursar una carrera en la Universidad del Zulia

## Precursor del teatro



Juramentación de los integrantes del grupo teatral *Sombras*, primera organización cultural de este tipo, del San Francisco de entonces.

Al Padre Vílchez nada le era extraño. Transitó todos los caminos con éxito. Al pasar algunos años de su arribo a San Francisco, esta población transitaba, llena de esperanzas y esfuerzos renovados, la década de los años sesenta. El Liceo San Francisco se convirtió en un faro de luz permanente para el cultivo de la educación, la ciencia, la música, la poesía y también el teatro. En el bello escenario que fue construido a un lado de la institución más querida de San Francisco como lo fue su liceo, se presentaban periódicamente actos culturales.

El Frente Juvenil de San Francisco, fundó, bajo la conducción de su directiva presidida por el Padre Vílchez y conformada por Esteban Sánchez, Humberto Castillo, Norge y Jesús Gotera, Alberto Soto y Julio Fernández el grupo de teatro *Sombras* que llegó a escenificar más de treinta obras: unas extraídas del teatro clásico y el resto escritas por sus miembros. Dos de estas: *Vida y Muerte de Simón Bolívar* y *Amor de Madre*, se ganaron el aplauso del público que asistía a estas presentaciones, ávido de cultura.

Durante la escenificación de la primera se destacaban las actuaciones del profesor Esteban Sánchez, autor y actor de la obra; Norma Socorro, que simbolizaba a

la América unida; Pedro Camarillo, la esclavitud; Néstor Bohórquez, el dominio español en América; Ramiro (Gavilo) Ferrer, al Bolívar en su lecho de enfermo; cuyo papel arrancaba muchos aplausos del público por su rostro demacrado y hablar quejumbroso, recordando el eclipse del Padre de la Patria. Valga destacar las condiciones de recitador que poseía Néstor Bohórquez.

En la presentación del cuento *Amor de Madre*, destacaron, entre otros, Amado Olivares Vélchez, Rosita Badell y Lida Leal. Recordamos cómo algunas personas se desmayaban durante la escenificación de este cuento, dada la crudeza de algunas escenas, que no nos percatamos del impacto que provocarían entre el público asistente.

El Padre Vélchez, su ductor, y el grupo de teatro Sombras sembraron una cimiento en tierra fértil. Lamentablemente los años pasaban. Los estudiantes actores que pertenecían al Liceo San Francisco alzaron vuelo hacia la universidad o hacia otros derroteros; lo mismo que sus directores, la mayoría docentes que también emigraron. Al no renovarse el grupo perdió sus energías vitales quedando de él sólo sus recuerdos y sus sombras, como lo significa su propio nominativo.



**El grupo teatral Sombras en la escenificación del cuento *Amor de Madre*. Entre los actores participantes aparecen Liliana Socorro y Amado Vélchez (Foto personal).**

## Capítulo cuarto

### *Una vida y una obra apegada a la fe católica*



Monseñor Vilchez, en sus últimos años de su cristiano ejercicio sacerdotal.

Aunque el Pbro. Luis Guillermo Vilchez Soto fue un ser múltiple, que lo explica lo anteriormente dicho, jamás dejó a un lado su labor religiosa. Luchó en primer lugar para que la vieja Iglesia que encontró, en 1953, fuese demolida y construida en su lugar otra más adecuada a los nuevos tiempos. De esa época existe una anécdota conocida por muchos, pero divulgada por muy pocos.

Se cuenta que una tarde de tedio se hallaba conversando *El Socio* con un grupo de parroquianos frente a la llamada Iglesia del Padre Ríos. Chistoso y alegre como casi siempre fue, hizo el siguiente comentario: “Esta iglesia está muy vieja. ¡No ven sus paredes con huecos y profundas grietas. Sus columnas están débiles! ¡Qué bueno sería que se derrumbara, pero vacía, por supuesto!”

A la semana siguiente apareció la noticia en todos los periódicos de la región y en algunos de la capital: “Se cayó la Iglesia del Municipio San Francisco”. “El suceso ocurrió anoche, después de los oficios religiosos. No hubo víctimas que lamentar”. Muchos parroquianos cuentan entre ellos que el Padre Vilchez pagó un patrol para que la tumbara porque de otra manera, por mucho tiempo se hubiese sostenido, peligrosamente, la Iglesia que durante muchos años administró el Padre Ríos Carvajal.

Durante seis meses las misas y demás actividades católicas se realizaron en el teatrino del Liceo Diocesano San Francisco mientras se construía el nuevo templo. Así pasaron varios años. Posteriormente, la Alcaldía del municipio autónomo San Francisco, bajo la conducción del economista Saady Bijani, erigió una obra fundamental: La llamada Basílica Menor, que junto a la Plaza Bolívar constituye uno de sus principales legados.



Aspecto de una de las procesiones en las que participó el famoso prelado (colección de José Luis Castellano).

El Padre Vílchez, aunque su estilo de cumplir los deberes y obligaciones con la Iglesia cambió en relación con su predecesor, el Pbro. Ríos Carvajal, mantuvo y mejoró las asociaciones religiosas que éste fundó. Se convirtió, como nos refiere Eucaris Albornoz, en el gran consejero espiritual de los habitantes del Municipio San Francisco. En relación a ello, fundó un Consejo Espiritual que se reunía los jueves por la tarde para organizar todas las festividades de la Parroquia.

El Padre Ríos había fundado una Coral que se hizo de justa fama porque se preparó adecuadamente con maestros de música de primera. El Pbro. Vílchez mantuvo esa Coral y la enriqueció con nuevas ideas y fue tan importante su organización y calidad vocálica, que participó en los oficios religiosos de varias iglesias del Estado Zulia. Esa Coral que la denominó "*Coral San Francisco*", la conformaron Eucaris Albornoz, Victoria, Benilda, Bernarda y Betina Díaz; Fanny Rincón, Marilín León, Midexi Leal, Lilia León y Ada Ferrer.

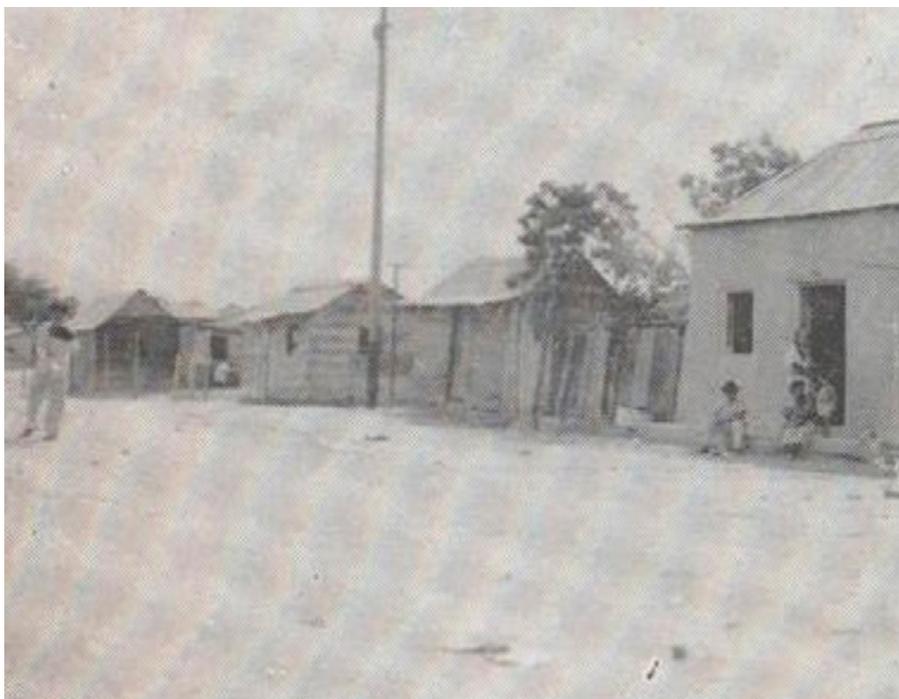
Actuó en la Santa Iglesia Catedral de Maracaibo, Corazón de Jesús e Iglesia de El Jobo, entre otras. Fundó un nuevo grupo de apostolado: Las Esclavas de María, cuya primera presidenta fue Gladys Chourio. Creó, además, la Sociedad de Hombres de la Santísima Trinidad y la Sociedad de Hombres de la Virgen del Carmen.



**El Padre Vílchez, aún en plena capacidad de sus facultades físicas y espirituales, cumple con su tarea cristiana en la Iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco.**

Una de las características fundamentales del párroco de San Francisco era su cautivadora imagen de comunicador social. Entre los años 1987 y 1988 moderó su propio programa de televisión *Catacumba*, en Niños Cantores Televisión. Fue un espacio muy popular por su presencia y los contenidos del mismo. El sacerdote aprovechó inteligentemente este programa que se transmitía una vez por semana, para promocionar la obra de la Iglesia católica y los fundamentos de la Biblia. Por ello dividió su programa en dos partes: la primera consistía en un concurso de preguntas y respuestas relacionadas con temas eclesiásticos y la segunda constituía un análisis suyo sobre los pasajes de la Biblia. Razones de salud lo obligaron a abandonarlo cuando cumplió un año de éxitos.

Es difícil que haya habido un cura en San Francisco cuya palabra haya calado tan hondo como la del Pbro. Luis Guillermo Vilchez. Visitaba las casas en donde había un enfermo para transmitirle resignación y calma. Se preocupaba y se angustiaba por la situación de los pobres y desvalidos.



Calle del antiguo barrio Goajira, hoy San Luis. Revista *Lumbre*, 1962.

Famosa es su atención al barrio La Guajira, allí en donde se inició la Corea de Huntington, que según el doctor Américo Negrette, la trajo un marinero llamado Antonio Justo Doria, quien probablemente era español. Se desempeñaba como capellán de una

goleta que vino de Hamburgo a comprar dividivi para la industria alemana de la tintería. Ahorció los hábitos y se quedó en San Francisco, viviendo con una criolla que le dio muchos hijos. Y nos sembró el desastre; porque nos trajo la inefable herencia.

Con el apoyo de sus colaboradores más inmediatos y con la anuencia de los habitantes de ese populoso sector, preparó una grandiosa procesión que comenzó en las puertas de su amada Iglesia y concluyó en el centro de esa barriada. Allí, en una homilía memorable, eliminó para siempre el nombre de La Guajira con el que se le conocía y le confirió el de San Luis, el Santo de la Juventud, según lo proclamó el Papa Benedicto XIII, título confirmado por Pío XI, el 13 de junio de 1926.

El Padre Vílchez se comunicaba con el pueblo de San Francisco abiertamente, a través de su léxico rico y expresión fácil. Famoso por sus chistes y ocurrencias, la prensa de todo el país le reconocía como un sacerdote singular que se convirtió en una referencia del Zulia para el mundo.

Con el correr de los años hubo la transformación de su lugar de nacimiento, el Distrito Miranda. Las pocas almas que vivían en su pueblo de origen, El Caimito, en el municipio Miranda del Estado Zulia, al hacerse realidad el Proyecto de la Petroquímica de El Tablazo, emigraron hacia distintos lugares del Zulia y de Venezuela. Una de esas familias fue la suya. A la sazón había cerca del Liceo San Francisco un terreno amplio que pertenecía al doctor Pablo Villafañe. La familia del Padre lo adquirió y en este municipio hundieron sus raíces. Cada uno de los hermanos construyó su casa allí, a finales de la década de 1950. Aquí vinieron y aquí se quedaron por siempre. Todos los hermanos, exceptuando a dos, ya murieron: José Jesús y Luis Guillermo. La familia Vílchez Soto hizo de San Francisco su morada y su altar. Ya contaba con su familia y con un pueblo cristiano que estaba dispuesto a ayudarlo a cumplir la obra singular que alcanzó en más de medio siglo.

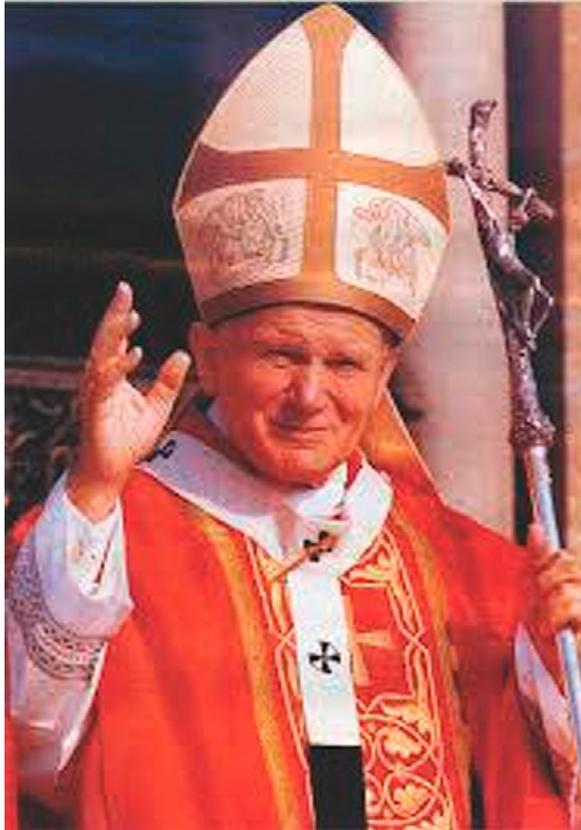
Si hacemos un recuento de las actividades cumplidas por el Pbro. Luis Guillermo Vílchez en Isla de Toas y en San Francisco, sobre todo en esta última población, encontramos una razón de fondo anímica y espiritual que lo impulsó a cumplir tan gigantesca tarea: la evangelización; que ya en su tiempo exigía un trabajo agotador de parte de los responsables de las curias. Fue su preocupación inicial conseguir que las personas capaces de ser cultivadas por su espíritu renovador, ofrecieran su específica contribución a la vida misionera de la curia del Santísimo Cristo de San Francisco. Fue por ello que promovió con indeclinable vocación de servicio diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una verdadera primavera del espíritu.

Su empeño ardientemente misionero a favor del desarrollo de San Francisco tuvo una especial prioridad fundamentada en la validez de la iglesia y por consiguiente para la pastoral parroquial. El Pbro. Luis Guillermo Vilchez empezaba a presenciar y comprender la existencia de una sociedad plural en cuanto a la cultura, lo religioso y lo étnico y muchas veces caracterizada por el llamado *indiferentismo* que tuvo que combatir. Pero él, valientemente, fue trabajando inteligentemente para tratar de cambiar ese statu quo que tenía por delante, que debía tratar y transformar. Y vaya que lo logró en mucho.

El Padre Vilchez se había formado para entender que la evangelización del mundo sólo se logra a partir del redescubrimiento de la identidad personal, social y cultural de los cristianos. ¡Esto significa, sobre todo el redescubrimiento de Jesucristo, Verbo encarnado, único salvador de los hombres! De este convencimiento se desprendió la exigencia de su gran misión en los pueblos en los que le tocó expandir su obra múltiple. Monseñor Vilchez supo de dificultades pastorales, fatiga interior y física por la sobrecarga de trabajo, no siempre compensada con saludables períodos de retiro espiritual y de justo descanso. ¡Cuántas amarguras al constatar más tarde que, con frecuencia, el viento de la secularización aridece el terreno en que se había sembrado con grandes y prolongados esfuerzos! Pero Monseñor Luis Guillermo Vilchez fue un sacerdote de temple acerado y robusto y pudo resistir cualquier embate que atentara sobre su ánimo, que pudiesen llevar al aislamiento; a una especie de depresivo fatalismo, o a un activismo dispersivo. El Padre Vilchez afrontó positivamente los difíciles desafíos de su época y consiguió vivir a plenitud y con alegría su propia identidad como hombre y su siempre generoso empeño pastoral. Ello le facilitó satisfacer tantos quebrantes emocionales que no fueron extraños a su categoría de cura recio y sumamente responsable.

En su quehacer terrenal se conjugaron su gestión como educador, periodista, deportista y gaitero con su extraordinaria obra pastoral. En ocasiones el presbítero puede encontrarse oprimido por un cúmulo de estructuras no siempre necesarias, que terminan por sobrecargarlo, y que tienen consecuencias negativas tanto sobre su estado psicofísico como espiritual y, en consecuencia, repercuten negativamente sobre el mismo ministerio, pero este no fue el caso de la soberbia labor apostólica del Padre Vilchez quien supo delegar funciones, pensar con inteligencia y actuar oportunamente. El Padre encontró en sus superiores, bajo cuya tutela ejerció su ministerio, a unos padres, apreciados colaboradores. Los obispos Marcos Sergio Godoy y José Rafael Pulido Méndez y los Arzobispos Domingo Roa Pérez, Ovidio Pérez Morales y Ubaldo Santana, fueron muy cercanos asesores del desempeño sacerdotal de Monseñor Luis Guillermo Vilchez Soto.

El padre Vílchez amó, con suma devoción, la Santa Eucaristía. Sus alocuciones en la iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco fueron famosas; tanto por los contenidos bíblicos como por la forma en que eran tratados. Su voz fuerte, vibrante y cargada de una gran emotividad, se transformaron en un constante llamado de la reflexión de sus feligreses. La Eucaristía es la fuente la que de todo mana y la meta a lo que todo conduce. Muchos sacerdotes, y el Padre Vílchez no es la excepción, a través de los siglos, han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la propia elección de fidelidad. El Padre Vílchez estaba imbuido de su liderazgo en el Municipio. Asombraba su sencillez. Su vida y obra han llenado sesenta años de vida física y espiritual en este Municipio. Si de verdad amamos el progreso deberíamos amar también a este hombre singular.



**Juan Pablo II lo exalta a la categoría de Monseñor al cumplir sus bodas de oro sacerdotales y además es designado Capellán de su Santidad Juan Pablo II.**

## Epílogo

Los nombres de las personas ilustres, por lo regular, distinguen espacios geográficos y los restos, convertidos en monumentos, después de muertos. Sin embargo hay excepciones a este aserto. Una de ellas es la del cura de San Francisco. El corredor vial que une al caserío La Punta con la Parroquia El Bajo, fue bautizado “Padre Vílchez”, y erigido, en su memoria, una estatua de bronce, de medio cuerpo, frente a la Basílica Menor, cuyo suelo pisó en sus momentos de gloria. El homenaje se lo brindó la Alcaldía de San Francisco, bajo la regencia del economista Omar Prieto Fernández. Fue en octubre de 2009, en ocasión de celebrarse la Semana dedicada a San Francisco de Asís, el Patrono de esta ciudad.

Instituciones públicas y privadas del Zulia y del resto de Venezuela le rindieron diversos homenajes por su empeño y la labor estupenda que pudo realizar, aprovechando la juventud y, sobre todo el carisma que siempre le acompañó. Su obra polifacética fue avalada en todo instante, por la feligresía que lo apoyó a convertir en realidades muchos de sus sueños. El Padre Vílchez está en su lecho de enfermo, impedido de reconocer quién es y lo que significó para San Francisco. Sin embargo hay instantes en que el corazón hace que la memoria se exprese de alguna manera. Cuando ello ocurre este clérigo deberá recordar esta historia muy suya, que llenó sesenta años de trabajo y sacrificio; de la que fue protagonista y que ve extinguirse en el tiempo.

Al comienzo de su tarea cristiana, algunas personas miopes, le criticaban la multiplicidad de tareas que cumplía. San Francisco, para esa época, era un pueblo extremadamente conservador y se manejaba la creencia de que los curas párrocos debían dedicarse exclusivamente a la obra pastoral. Pero él, obviando esas anacrónicas creencias, hizo lo que su corazón le indicaba; y fue tan ardua su tarea tanto dentro de la Iglesia, como fuera de ella, que muy pronto se ganó la simpatía de una parroquia que lo admiró, y que ahora lo observa, con pasmosa incredulidad, debilitarse y extinguirse indeteniblemente.

A pesar de la fama que el cura de la Parroquia del Santísimo Cristo de San Francisco mereció durante su vida activa como ministro de la Iglesia de Cristo, fue un sacerdote sencillo; nos recuerda al señor Bonnet, personaje de la literatura universal, inmortalizado por Honoré de Balzac, en su novela *Un Cura de Aldea*. El señor Bonnet fue uno de esos clérigos que viven y se entregan, con vehemencia, a su apostolado en los pueblos de provincia. Releamos este pasaje: “Demos un paseo – dijo el señor Bonnet a Verónica, paseando a lo largo de aquella terraza desde cuyo extremo se veían los Tascherón - Me pertenece usted, y yo tengo que dar cuenta a Dios de su alma enferma.

Deje que me reponga de mi abatimiento — contestó ella.

Su abatimiento nace de meditaciones funestas repuso vivamente el sacerdote.

Sí — asintió ella, con la sencillez del dolor que ha llegado a un punto en que no se tienen más miramientos.

Ya lo veo, ha caído en el abismo de la indiferencia —observó él —Sé, perfectamente que, si existe un grado de sufrimiento físico en el que el pudor expira, existe también un grado de sufrimiento moral, en que la energía del alma desaparece.

La sencillez del Cura de San Francisco era proverbial; no hace tanto tiempo, el compositor gaitero y decimista, Edecio Camarillo, tenía una venta de café y periódicos en la esquina de La Bodega; un sitio muy popular en el San Francisco Viejo. Todos los días llegaba allí el Padre Vílchez, compraba la prensa, se tomaba un cafe-cito y echaba un chiste, a veces muy colorado; todos reían y él, con esa sonrisa pícaro y burlesca, que lo acompañó toda la vida, decía “Socio” ¡Prepárese; porque mañana le echo otro”.

Todos lo amaban porque el Padre Vílchez era un símbolo en San Francisco. Se reía de su flacura y festejaba que tuviese medio estómago; gesticulaba tanto que cuando hablaba con la voz y con los ojos, que se les veían exactamente como eran, a través de sus lentes transparentes; la cabeza de uno bajaba y subía con la de él. Su voz era un río de frases fuertes y sonoras; hablaba con extrema fluidez y ningún tema le era extraño a su preparación y conocimientos.

Conversaba con la misma facilidad con los pobres que con los hombres más importantes de su tiempo. Con tal de alcanzar los proyectos religiosos, deportivos, educativos, periodísticos y musicales que maduraba su mente, siempre en constante movimiento; habló con presidentes de la república, ministros, gobernadores, hom-

bres importantes de la empresa privada y funcionarios de distintas jerarquías, éstos lo respetaban y lo admiraban. Generalmente no hacía antesala, exceptuando a los presidentes.

Entraba con su comitiva al despacho de la secretaria de un ministro, gobernador o cualquier otra persona encumbrada y le decía: “Dígale, por favor al doctor que aquí está el Padre Vilchez; ¿Lo espera? No. Entonces tendrá que apartar una audiencia; el Cura de San Francisco repetía ¡Dígale al doctor que es el Padre Vilchez!” Ante tanta insistencia la secretaria le transmitía el mensaje a su Jefe; a los pocos minutos el Padre Vilchez y sus acompañantes se hallaban hablando con el hombre o mujer que le solucionaría el problema del Liceo, de su Iglesia o de la feligresía. Así era este sacerdote singular, nacido para trabajar y luchar por el bienestar de su Parroquia. Todos le conocían, y le amaban, con extremo afecto.

Poseía una gran dignidad humana. Jamás se entregó a los mandatos ingratos de la política de los partidos ni a gobernante alguno. Lo suyo era la Iglesia; por ella todo lo daba; era un tribuno que aprovechaba su palabra fácil, directa, su persuasión y dominio de la oratoria para alcanzar las metas que pocos hombres de Dios alcanzaron en los momentos estelares de su gloria. Fue un líder en la concepción genuina de este término.

Su sotana fue por mucho años el símbolo del progreso en San Francisco, y si hoy esa trayectoria vital no es recordada por las nuevas generaciones, es porque la historia de los pueblos es endeble y frágil. Hoy, cuando su mente se haya hundida en la espesura de una enfermedad que ha borrado su propio quehacer terrenal y sus piernas le impiden caminar como lo hacía; no por ello su obra ha corrido la misma suerte: allí está el Liceo San Francisco como ejemplo para patentizar uno de sus logros. Y allá está la Basílica Menor como testimonio de su tesonero trabajo pastoral.

Allí estuvieron sus conjuntos gaiteros, allí quedan las letras y la música de sus gaitas que hablan de su pasión por ese género folklórico; allí quedan las fotos y los testimonios de quienes vivieron los triunfos de su equipo de béisbol aficionado Doble Punto. En cada esquina del viejo San Francisco, aquel que encontró cuando llegó en 1953, hay una gota de su sudor, un recuerdo de su vida clerical y aún se escucha el eco armonioso de sus palabras.

San Francisco, julio de 2013.

El Padre Vílchez, el Curita, el Socio, el hombre múltiple, el ser polifacético cuya fama trascendió los linderos de la región y del país, nos pertenece: es un ícono del progreso y del desarrollo del Municipio San Francisco. A Monseñor Vílchez lo recogerá la historia como el sacerdote que supo, con inteligencia y dedicación constantes, conjugar la religión católica con la educación, el deporte, la gaita y el periodismo. Su obra misionera no se encerró en las paredes santas de su iglesia... Él fue fuente para la juventud que se aglutinó en el Frente Juvenil de San Francisco; creó periódicos, programas de radio y televisión, con el fin de difundir los profundos problemas que agobiaban a sus feligreses. Ha sido un compositor excelso de la gaita zuliana. La finura y estirpe de su lenguaje, la rima de sus versos y estrofas desmenuzan el amor a su progenitora, a la Virgen, al Lago, a la Bandera. Ha sembrado semillas en cada uno de los surcos de su brillante trayectoria, tanto como ser humano y como discípulo de nuestro Señor Jesucristo.

## Fuentes

### Bibliográficas

- Autores varios. *Diccionario de Historia de Venezuela* (2da Ed.). Caracas, Fundación Empresas Polar, 2011.
- BESSON, Juan. *Historia del estado Zulia*. Maracaibo, Ediciones Banco Hipotecario de Zulia, 1973.
- CANO ARAUJO, Jesús. *Ciudad de sueños*. San Francisco. Crónicas y vivencias, 2009.
- FERNÁNDEZ LEÓN, Julio Luis. *El lejano y cercano ayer. Hombres y episodios que enaltecen la vida humana*. Maracaibo, Ediluz, 2009.
- FERNÁNDEZ LEÓN, Julio Luis. *Crónicas de San Francisco. Tomos I y II*. San Francisco, DigitalColor, 2022.
- FERRER PÉREZ, Ada. *Al transcurrir el tiempo surgió San Francisco. De caserío rural a ciudad en desarrollo*. Maracaibo, Ediciones Astro Data, 2006.
- FERRER PÉREZ, Ada. *San Francisco es mi municipio. Rasgos históricos y geográficos*. Maracaibo, Ediciones Astro Data, 2012.
- FUENMAYOR, William. *Atlas del Zulia: Síntesis Socio Histórico Cultural y Geográfica*. Maracaibo, Splanos. 2005
- SALAZAR ZAÍD, Iván José. *Aspectos históricos de San Francisco*. Material inédito. 2006.
- SALAZAR, ZAÍD, Iván José. *Ensayos de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo* (2da Ed.). Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia / Ediciones Clío. 2022.

## **Electrónicas**

<http://elblogdemaracaibo.blogspot.com/2012/02/personajes-de-los-puertos-de-altagracia.html>

## **Hemerográficas**

Lumbre. Revista del Frente Juvenil de San Francisco. 1960.

Orales y escritas diversas.



# FONDO EDITORIAL DE LA ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA



Juan Carlos Morales Manzur  
**Presidente**

Jorge Vidovic López  
**Coordinador**

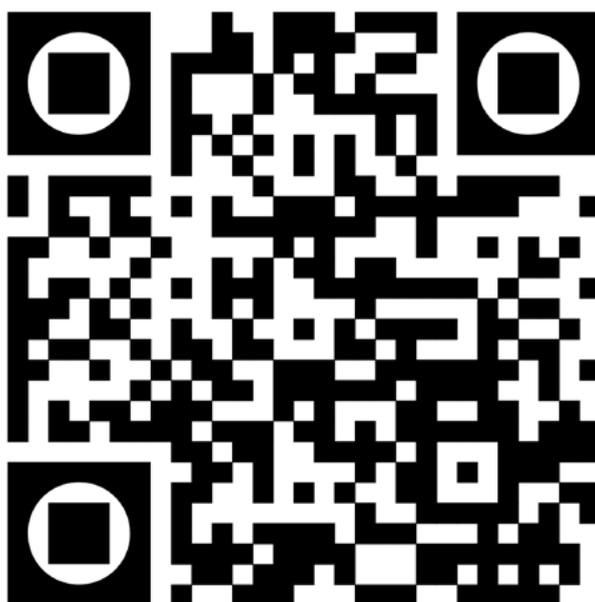
Reyber Parra Contreras  
Édixon Ochoa Barrientos  
Lucrecia Morales García  
**Miembros**



Publicación digital del Fondo Editorial de la  
Academia de Historia del estado Zulia, Centro  
de Estudios Históricos de la Universidad del  
Zulia, Ediciones Clío y Fundación Difusión  
Científica.

Marzo de 2022

Maracaibo, estado Zulia, Venezuela.



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro  
catálogo de publicaciones



Julio Luis Fernández León

# El Padre Vílchez

Una mirada desde su biografía

Se trata de una mirada biográfica, a modo de homenaje, sobre el Padre Luis Guillermo Vílchez Soto, más conocido como el Padre Vílchez y el *Socio*, párroco de la iglesia del Santísimo Cristo de San Francisco, desde una mirada amena, en donde se resalta su vida, obra, y, sobre todo, legado en la comunidad sanfranciscana. Se relata desde los primeros pasos hasta sus últimos días, con una dimensión integradora de cada aspecto en lo que este célebre personaje se destacó. El Padre Vílchez se destacó no solo por su labor evangelizadora en la comunidad sureña, sino también por su legado y obras en lo cultural, social y educativo. Numerosas agrupaciones musicales como Los Zagales y Los Zagalines, son un referente en la cultura popular no solo local sino también regional, lo que le ganó el apodo de *El Curita Gaitero*.



ISBN: 978-980-7984-20-1



9 789807 984201

Academia de Historia del estado Zulia



FONDO EDITORIAL  
ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA